



**INOLVIDABLE
VERANO**

Gabriel Ibáñez

Lectulandia

Sencillo y sumamente atractivo, Aran, puede conseguir cualquier cosa con un chasquido de dedos, excepto aquello que no tiene y tanto ansia, alguien con quien compartir la vida. Resignado a seguir esperando el amor, Aran decide pasar sus vacaciones, un año más, en Santa Cana, un encantador pueblito de la costa levantina.

Con el equipaje cargado en el coche y la ilusión de empezar unas merecidas vacaciones, la vida de Aran dará un giro cuando recoja a un joven autoestopista que le descubrirá quién es realmente.

Recién asumida su verdadera opción sexual, Aran se volcará en los pequeños placeres de la vida del gay soltero y sin compromiso y descubrirá todo un mundo de sexo, hasta ahora, desconocido para él. Sin embargo la nueva realidad de Aran no será bien vista por todos y deberá enfrentarse a la incompreensión de los vecinos de Santa Cana, pero también a otras amenazas inesperadas que pondrán en peligro su vida.

Vive junto a Aran un verano cargado de aventuras, misterio y sexo en el que tampoco faltará el amor, pues en el camino de nuestro guapo protagonista se cruzará un enigmático chico que nos enamorará a todos.

Gabriel Ibáñez es el pseudónimo que utiliza el escritor de *Inolvidable verano* para que disfrutes de un morboso verano que cambiará nuestras vidas. Esta no es su primera novela, pero sí la primera vez que explora el terreno de la literatura erótica con fuertes dosis de pasión, misterio y romanticismo.

Lectulandia

Gabriel Ibáñez

Inolvidable verano

ePub r1.0

Polifemo7 06.03.14

Título original: *Inolvidable verano*

Gabriel Ibáñez, 2012

Editor digital: Polifemo7

Colaborador: Fil0gelos

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

«Para XS, por dar sentido a todo»

I

Aran era un hombre guapo. Deseado y envidiado a partes iguales por hombres y mujeres. Sin embargo no era consciente de su belleza, nunca se había sentido especialmente atractivo. Se veía cada día en el espejo nada más levantarse de la cama y en ese momento no hubiera dado ni un euro por él mismo: los ojos azules hinchados por las pocas horas dormidas, el pelo rubio alborotado como si se hubiera peleado con un inexistente gato y un humor especialmente malo hasta tal punto que era incapaz de pronunciar ninguna palabra si no se había tomado el primer café del día. Por ese motivo no quería que sus conquistas se quedaran a pasar la noche y, si alguna lo hacía, se levantaba primero para adecentarse un poco en el baño antes de que se despertara la chica de turno.

Sin embargo esa mañana, al ver su rostro reflejado en el cristal de la ventana, se encontró particularmente guapo. Había dormido y descansado muy bien, lo cual ayudaba mucho.

Sonrió a su reflejo dejando entrever su sonrisa blanca y perfecta que destacaba con su piel bronceada, y retrocedió un paso para verse mejor. Además, había acertado con el vestuario que había escogido. La camisa entallada acentuaba sus pectorales y las mangas estrechas hacían destacar aún más sus esculpidos brazos. El pantalón negro, más holgado, le marcaba el culo torneado. Se sintió satisfecho. Se sentía orgulloso del cuerpo equilibrado, fibrado y definido que había conseguido, eso sí, a base de esfuerzo en el gimnasio y también de una nutrición muy sana. Y aunque estaba contento con los resultados, sabía que no debía excederse, que no debía pasar de ese punto de musculación conseguido si no quería empezar a parecerse a un culturista. Le gustaba más una perfecta definición que un músculo demasiado desarrollado...

¡Cómo me gusta empezar así mi historia!

Aunque sé que puede parecer una chiquillada inmadura, la verdad es que me apetecía empezar este relato haciendo una breve descripción física mía como si no fuera yo, poniendo un poco de distancia por medio porque a veces, cuando me miro al espejo, no me reconozco. Sé que soy yo, Aran, ese pedazo de hombre que me mira desde el otro lado. Pero aún no me creo que haya conseguido dejar atrás una infancia de niño gordinflón y una adolescencia con la cara llena de acné objeto de burla de todas las chicas del instituto. Ese muchachito ha quedado muy atrás, enterrado en la memoria de mi otro yo.

¿Pero hasta qué punto eso era cierto en ese momento? Creo que mi pasado no estaba tan olvidado, que mi miedo y mi temor al rechazo de la gente estaban demasiado incrustados en mi subconsciente y que por eso hice un gran esfuerzo para cambiar mi físico y agradar a todo el mundo. Ciertamente transformé mi cuerpo, pero

mi esencia, el gordinflón tímido, aún estaba, está, dentro de mí. Y si me sentía más seguro exteriormente, interiormente aún me quedaba mucho camino por recorrer.

El verano en el que empezó todo, me faltaba poco para cumplir los treinta y aún no había logrado sentar la cabeza. Quiero decir que sí que había tenido éxito entre las mujeres, pero no había encontrado la chica que me robara el corazón. Solo historias de una noche o de unas pocas semanas, nunca más allá de un mes o dos. En parte porque soy muy exigente y me costaba encontrar a esa persona que me volviera loco y con quien quisiera compartir mi vida. Eso o porque me estaba reservando, sin saberlo, a una persona muy especial que aún tenía que cruzarse en mi camino.

Como he dicho, esa mañana miraba absorto mi reflejo en el cristal de la ventana de mi estudio situado en la planta 25 de un alto edificio de cristal de mi ciudad de adopción, Barcelona, y tenía la mente más pendiente de las vacaciones que del trabajo que aún me quedaba por finalizar. Aunque, si por un momento, hubiera sabido todo lo que me reservaba ese verano, nunca las habría empezado. Me habría quedado en Barcelona.

El vuelo cercano de una gaviota me hizo volver a la realidad laboral y girarme de espaldas al ventanal. Mi secretaria me miraba ansiosa, esperando mis últimas órdenes.

—Lo siento, Marga, deberá esperar hasta después del verano. No pienso alargar ni un día más mi estancia en la ciudad. Necesito irme y si espero a la reunión con el director de *Newey* tendré que retrasar mi partida un par de días y no quiero.

—Pero, Aran, no sé si al señor Martín le hará ninguna gracia que la aplaces con un cliente tan bueno...

—Entonces que la haga él o le dé la cuenta a José, que estará encantado de pasar por encima mío —Marga puso cara de compungida—. No te preocupes, hablaré con Martín ahora mismo y lo arreglaré.

Asintió con la cabeza soltando un sonoro suspiro y salió del despacho con sus libretas y dossiers.

Sabía que en los tiempos de crisis que corrían, yo era un privilegiado por tener trabajo en uno de los mejores estudios de diseño del país, situado en uno de los barrios nuevos y más selectos de la ciudad, al lado mismo del mar. Y también me sentía privilegiado porque lo que hacía me gustaba, era bueno en ello y podía trabajar libremente, a mi aire, y además disponer de un sueldo que me permitía vivir muy cómodamente. Pero estaba muy cansado y, aunque nadie es imprescindible en ningún sitio, intuía que la empresa no rescindiría mi contrato por aplazar o delegar una reunión y más teniendo en cuenta que los clientes siempre quedaban encantados con mi trabajo y era uno de los diseñadores más buscados de la ciudad.

Llamé a Martín, el gerente, y después de soltarme su típico discurso sobre las graves dificultades económicas del mercado y el inexistente crédito concedido por los

bancos, accedió a reunirse personalmente con *Newey* y acordar la nueva campaña de sillas para el verano siguiente y así yo tendría tiempo suficiente para coger el avión con destino a Ajax, el pueblo donde nací, a 25 Km de Toronto, en el lago Ontario, y visitar a mis padres, a los cuales no veía desde hacía dos años. Naturalmente ni tenía intención de volver a Canadá ese verano ni hacía dos años que no veía a mis padres, habían venido por Navidad a Barcelona. Todo era una gran mentira, pero había conseguido lo que quería: no retrasar ni un minuto más mis vacaciones.

Satisfecho, colgué el teléfono y fui a ver a mi secretaria.

—Marga, todo arreglado. En treinta minutos me marcho de vacaciones y recuerda que si te preguntan, esta misma madrugada subo a un avión con destino a Canadá, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Aran. Canadá —me guiñó un ojo—. ¿Irás a Santa Cana como cada año?

—Sí. Estoy deseando desconectar. Tumbarme en la playa y no hacer nada más que tostarme al sol, escuchar música y pintar.

—Suenan bien. Espero que no te encuentres a nadie de la oficina...

—Descuida. Santa Cana está suficientemente lejos como para que a nadie de aquí se le ocurra ir y si eso pasa, ya me inventaré cualquier excusa. Además, el único que me preocuparía sería Martín y estará en Barcelona al menos hasta mediados de mes. Así que si me lo encontrara le diría que ya he regresado de Ajax.

—Por cierto, ¿cómo están tus padres? Tu madre me pareció encantadora.

—Están muy bien, gracias. Se van a pasar el verano en la casa del lago. Mi padre pescando y mi madre haciendo colchas y más colchas de patchwork. Un plan de lo más divertido.

—Si yo tuviera unos padres con una casa en un lago como el Ontario no me quedaría por aquí...

—Si te hubieras criado allí, te habrías aburrido tanto que habrías huido a la primera de cambio. Como yo.

—¡Ja, ja, ja, ja! Quizá tengas razón.

—Bueno, Marga, voy a ir cerrando y me voy a casa a hacer la maleta que mañana quiero salir a primera hora para evitar el sol más fuerte del mediodía.

—Bien. Que tengas unas felices, divertidas y descansadas vacaciones.

Sin embargo los deseos de Marga no se cumplirían nunca, mis vacaciones no serían ni felices, ni divertidas ni mucho menos descansadas.

Se levantó de la silla y me dio un par de besos un poco más efusivos de lo que hubiera sido normal en una relación jefe-secretaria. Apoyó su mano en mi hombro y la dejó caer por mi brazo. Sonreí y quité suavemente su mano de mi antebrazo, donde se había quedado «olvidada».

—Gracias, Marga, igualmente.

Me encerré en mi despacho y miré la pantalla del ordenador con la gráfica que mostraba los resultados obtenidos por las ventas de mis diseños del último trimestre: definitivamente me podía ir de vacaciones muy tranquilo, eran estupendos. Satisfecho, pulsé el botón off, me levanté de la silla y salí del despacho camino del ascensor despidiéndome de todos mis compañeros por treinta largos y merecidos días de descanso.

Bajé hasta la tercera planta del sótano donde aparcaba puntualmente cada día mi coche. Subí, arranqué y con un chirrido de ruedas enfilé la rampa hacia la salida, hacia la libertad.

Fuera, el sol aún estaba alto en el cielo. Me sentí feliz por los días que me esperaban y por poder irme de Barcelona, una ciudad que quería pero en la que había llegado a sentirme muy solo, a veces insoportablemente solo, y en la que la monotonía y la rutina estaban demasiado instaladas en mi vida. Esa noche sería diferente, tendría una soledad buscada y ansiada. Mi plan era comprarme la cena en mi tienda de comida preparada preferida y tumbarme en el sofá mirando una película clásica, alguna comedia romántica de Doris Day y Rock Hudson, ir a dormir temprano y levantarme a primera hora de la mañana para salir bien pronto de viaje.

Al entrar en casa tiré la americana encima de la butaca del recibidor y dejé la comida sobre el mármol de la cocina.

Mi piso me encantaba. Estaba situado en la planta doce de un edificio de la zona alta de la ciudad, al pie del Tibidabo. Me gustaban las alturas y poder disfrutar de unas buenas vistas. Desde la terraza veía las torres de la Sagrada Familia, la torre Agbar, la torre Mapfre y la torre del Hotel Arts en el puerto deportivo y, a la izquierda, las torres del distrito 22@, entre ellas la de mi estudio, y el mar.

El apartamento era bastante grande, aunque sólo disponía de dos habitaciones. Una de ellas, la más luminosa, dedicada a estudio de pintura y la otra mi dormitorio. Dos aseos, una espaciosa cocina y un salón-comedor de grandes dimensiones, ideal para montar alguna fiesta de vez en cuando, que daba salida a la terraza. Había pocos muebles, todos diseñados por mí, que nunca habría podido vender en el estudio porque primaba más la comodidad y funcionalidad a la estética de la moda de turno. En las paredes solamente había carteles originales de películas cinematográficas de todos los tiempos, alguno de ellos, sobre todo los más modernos, autografiados por el director o los actores de la película. No acostumbraba a colgar ninguna pintura mía porque soy tan perfeccionista que si tuviera una, continuamente le estaría haciendo retoques, nunca la vería terminada. Sólo tenía una en la habitación, un retrato de mis padres que había hecho cuando aún era muy joven.

Entré en el dormitorio para cambiarme de ropa y ponerme algo más cómodo y me desesperé al ver la maleta a medio hacer encima de la cama y todo de ropa y zapatos dispersos esperando mi decisión de llevármelos o no.

—Ahora no —me dije a mí mismo—. Ahora quiero cenar, descansar y luego ya pensaré qué me llevo.

En el baño empecé a desnudarme para cambiarme de ropa y de reojo vi mi reflejo en el espejo. Me incorporé para mirarme mejor. Me desabroché los pantalones y los dejé caer hasta el suelo quedándome solo con el bóxer blanco. Deslicé un dedo por debajo de la goma y la dejé ir de golpe provocando un ruido sordo al chocar contra mi piel. Me reí de mi propia tontería y metí la mano debajo del Calvin para tocarme el vello púbico y acariciarme la raíz del pene. Ya no me reía, me había excitado. Hacía demasiado tiempo que no tenía sexo y estaba bastante caliente. Pensé en recuperar alguno de mis juguetes sexuales pero me asqueé un poco de mí mismo, de terminar haciendo siempre lo mismo. No quería masturbarme, necesitaba urgentemente sexo en compañía antes de olvidar cómo se hacía.

Cabreado conmigo mismo, me puse un pantalón de chándal, una camiseta y volví a la habitación. La maleta me miraba sin compasión y me vi obligado a abrir el armario. Saqué el resto de bermudas y camisetas y lo metí todo dentro de la bolsa. Dejé fuera únicamente lo que me pondría por la mañana para el viaje. De un cajón saqué calzoncillos, calcetines y bañadores y también los metí dentro, excepto un bañador y una toalla de playa que puse en una bolsa por si me apetecía parar a darme un chapuzón por el camino.

Estaba en estos menesteres cuando alguien llamó a la puerta. Me extrañé, no esperaba a nadie. Además, no había sido por el interfono de la calle, si no en el rellano. Imaginé que sería un vecino y abrí la puerta confiado.

No me lo podía creer. En el umbral había una espectacular morenaza casi tan alta como yo vestida con un Chanel rojo pasión. ¿Quizá había escuchado mis pensamientos y venía a dar solución a mi calentón? Sin embargo la sorpresa enseguida dio paso a la incertidumbre y al enfado.

—¡Susana! ¿Qué haces aquí?

—Como Mahoma no va a la montaña... ¿Se puede saber por qué no contestas a mis llamadas? —Sin invitarla a ello, se abrió paso a mi lado, apartándome, y entró en el apartamento—. Hace días que quiero hablar contigo. ¿No te lo ha dicho tu secretaria? Sí, claro que sí, seguro.

Incapaz de romper su discurso, veía impotente su deambular por el piso entrando en la cocina y en la habitación como si buscara algo.

Había tenido un rollo hacía un par de meses con Susana pero la cosa no había ido bien. Creo que era demasiada mujer para mí o, al menos, yo no me encontraba a gusto con ella por su forma de ser, tan visceral, y por su atrevido atuendo. En público me sentía cohibido y en privado nunca conseguía llevar la iniciativa, me coartaba.

Se paró en el dormitorio y miró la maleta.

—Vaya, ¿te marchas? ¿Y eso? ¿No pensabas decirme nada? Menos mal que te he

seguido hasta aquí.

—¿Me has seguido? ¡No puedo creerlo! Mira, Susana, en su día ya nos dijimos todo lo que teníamos que decirnos. No insistas más, por favor. Lo nuestro ni funcionó ni funcionará nunca. Somos demasiado diferentes.

Se giró dando la espalda a la cama con el equipaje y se me encaró mirándome fijamente. Me asusté un poco. Tenía la misma cara de loca que Glenn Close en *Atracción fatal*. Me sentí acorralado como Michael Douglas.

—¿Diferentes? No me hagas reír. Escúchame un minuto y luego, si quieres, me voy.

Asentí con la esperanza de que terminara pronto y se largara sin que ninguno de los dos resultara herido.

—De acuerdo, tienes un minuto. Pero volvamos al salón, por favor —me daba miedo tenerla en el dormitorio.

—Me basta —dijo ella—. Sé que me equivoqué, lo reconozco, pero te quiero, Aran, no puedo vivir sin ti...

—No dramatices, por favor. Sí, te equivocaste, es cierto. Como es cierto que yo tampoco supe darte lo que buscabas en mí. Pero de eso a tirarte precisamente a José, mi rival en el trabajo, cuando aún estábamos saliendo tú y yo, hay un paso muy grande, de gigante. Lo mejor para los dos es que no nos veamos más. Sigue con tu vida y yo seguiré con la mía.

—¿Por eso te vas?

—¡Vamos! ¿Crees que me voy por ti? ¿Qué te hace pensar eso? Rompimos hace tres semanas y en todo este tiempo no das señales de vida, ¿y ahora me persigues y me montas este numerito? ¡Susana, por Dios! Mejor lo dejamos aquí. Te acompañaré a la puerta.

Me miró fijamente con sus ojos negros echando chispas.

—Lo que te ocurre es que nunca me has querido, no puedes querer a nadie, a ninguna mujer, porque sólo te quieres a ti mismo...

Me reí con ganas al ver su intento de pasar del arrepentimiento al ataque más directo.

—Quizá es eso. Tu minuto ha terminado. Adiós.

—Por favor, Aran, perdóname... No me dejes con este mal sabor de boca.

—He dicho que el minuto ha terminado.

La cogí por el codo suavemente, con miedo de que montara un escándalo al sentirse presionada, y la empujé disimuladamente hacia la puerta.

—Aran, Aran... Sólo te pido una cosa y después saldré de tu vida para siempre.

Me separé un poco de ella expectante para ver por dónde me salía y sin darme cuenta de cómo lo hizo, de repente se había desabrochado el vestido, que había caído al suelo con la ligereza de la seda, y se había quedado completamente desnuda.

—Hazme el amor por última vez. Luego me iré y no sabrás nada más de mí. Te lo prometo.

Me sentí muy mal, con un apuro terrible y sin saber qué hacer. Poco a poco la indignación fue apoderándose de mí.

—¿Pero quién te has creído que soy yo? ¿Tu puto? ¡Vete!

—¡Fóllame! Compórtate como un verdadero hombre y fóllame salvajemente.

—¡He dicho que te vayas!

—¡Lo sabía! —dijo riéndose como una loca—. No quieres follarme porque eres maricón. ¡Eso es lo que te pasa! Pensé que lo nuestro no fue bien por mi culpa, pero eras tú quien fallaba. Por eso me fui con José, porque nunca supiste follarme, nunca disfruté contigo... ¡Maricón de mierda!

—¡Vete de mi casa, puta! —grité.

Estaba fuera de mí y tuve que respirar hondo para no soltarle un guantazo del que después me arrepentiría, pero es que cuando me sacan de mis casillas, no respondo de lo que hago. La agarré por el brazo y, todavía desnuda, la empujé al rellano de la escalera. Cuando estuvo fuera le tiré el vestido a la cara y cerré dando un fuerte portazo con el corazón latiéndome a mil por hora. Tuve que quedarme un rato apoyado en la puerta intentando recuperar el ritmo normal mientras la oía gritar en el pasillo esperando el ascensor.

¿Por qué tenía que pasarme eso a mí? Estaba empapado en sudor, necesitaba una ducha y cambiarme de ropa aunque me la acabara de poner limpia.

Puse el aire acondicionado, entré en el baño y me metí en la ducha dejando que el agua fresca resbalase por mi cuerpo durante un rato. Luego cogí una pastilla nueva de jabón y me la restregué con fuerza por la piel con un guante de crin. Me sentía sucio y necesitaba limpiarme bien.

Tras diez minutos bajo el agua, cerré el grifo y me apoyé en la fría pared de azulejos con las manos y la cabeza entre los brazos. Estuve así no sé por cuánto rato, hasta que me sentí mejor y pude salir de la bañera. Cogí la toalla para secarme pero ya casi no me hacía falta y la dejé caer al suelo mientras me quedaba absorto mirándome en el espejo de cuerpo entero del baño.

Había visto mi cuerpo desnudo millones de veces pero nunca me había parado a estudiarlo con detenimiento si no era para ver su evolución en el gimnasio. Esa vez me miré de otra forma, como si mirara a alguien a quien deseara sexualmente. Me aparté el pelo de la cara recogéndolo detrás de la cabeza y ese simple gesto de levantar los brazos y ver los pectorales tensarse, despertó algo en mi interior. Me incorporé mejor y me miré bien: cuello fuerte, hombros torneados y anchos, clavículas y pectorales marcados, pezones sonrosados y pequeños con un poco de vello en el pecho que continuaba deslizándose suavemente, como una fina línea ligeramente oscura que pasaba por el centro de mi abdomen definido y bajaba por el

ombligo hasta perderse en el mar de mi vello púbico. Los glúteos torneados, las piernas fuertes y peludas. Pensé tontamente que, quizá, algún día probaría de depilarme. Nunca lo había hecho porque me gustaba el vello en el cuerpo. Los pies eran grandes para poder estabilizar el equilibrio y aguantar el peso de un cuerpo de metro noventa y dos. Dejé para lo último la parte de mi anatomía que quería observar con más atención.

Sobresalía flácido en medio de una selva de vello rubio que hacía pocos días había recortado. Cuando estaba en reposo, mi pene no parecía gran cosa, caía descuidadamente un poco más abajo de los testículos, ligeramente inclinado hacia la izquierda. De pequeño me habían operado de fimosis y ahora aparecía descapullado, lo cual me daba mucha rabia porque hubiera preferido tener una polla *uncut*. Ahora bien, cuando se ponía en pie de guerra, se levantaba recto desafiando las leyes de la gravedad, y se volvía largo y grueso, con las venas bastante marcadas, lo que le daba un aspecto de músculo activo.

Mi pene actuó por su cuenta y al saberse tan observado empezó a crecer ligeramente. Me acaricié el estómago, me pellizqué los pezones y terminó de llenarse de sangre y endurecerse totalmente. Tenía una espectacular erección que me había provocado, no como otras veces mirando películas porno o revistas, sino mirándome a mí mismo. Me sorprendió el hecho de haberme excitado con la imagen de un hombre desnudo, aunque ese hombre fuera yo. Era la primera vez que me pasaba. Entonces pensé en el comentario de Susana y recapacité sobre mi condición sexual. ¿Y si tenía razón y me había estado engañando a mi mismo durante tantos años? Esas cosas uno mismo debía saberlas, notarlas desde pequeño. Quizás... Recordé que no me gustaba jugar al béisbol y mis compañeros de clase me tenían por un rarito, incluso alguna vez llegaron a llamarme *nená*. También recordé que me lo pasaba mejor jugando con las niñas a tiendas que a guerras con mis amigos. Y ya de mayor, en el gimnasio, es cierto que miraba disimuladamente las pollas de los tíos en el vestuario para comparar con la mía y que, casi siempre, encontraba que yo estaba mucho mejor, lo que me hacía sacar mi lado exhibicionista y pasearme en pelotas más de lo debido para que me vieran bien.

De adolescente había tenido una fantasía muy recurrente que me excitaba mucho. Un día, en la clase de historia del arte, nos enseñaron la fotografía de una escena de una vasija griega en la que dos hombres desnudos estaban enzarzados en una lucha con las manos. Fue ver esa imagen e imaginarme a mi peleándome con un hombre, los dos sudorosos y desnudos, y con alguna herida sanguinolenta. A partir de entonces, casi cada noche, recuperaba esa imagen para excitarme y masturbarme.

No, no podía ser gay, quería autoconvencerme. Pero entonces, ¿por qué recordaba la fantasía erótica de juventud que me había excitado tanto?

¡Dios! ¡Susana tenía razón! ¡Yo era gay y no lo había sabido hasta ese momento!

Sin embargo y, a pesar de todo, nunca antes me había pasado por la mente la posibilidad de acostarme con otro tío, de comerle la polla o de ser follado o lo que fuera que hicieran los maricones en la cama. Tampoco me imaginaba enamorándome de otro hombre.

Me cabreé conmigo mismo y con Susana por hacerme dudar de mí. Visualicé su imagen desnuda en la mente, cogí mi polla con las dos manos y empecé a masturbarme con frenesí. Pensaba en sus pechos, en sus caderas, en su coño húmedo, mientras subía y bajaba la mano por el tronco de mi pene a ritmos alternos, rápidos y suaves, para darme más placer.

Cuando mi excitación estaba en lo más alto y preveía que tardaría muy poco en correrme, se me borró la imagen de Susana de la mente y en su lugar apareció la de un chico moreno, de ojos azules y la piel muy pálida. No lo conocía y estaba casi seguro que no lo había visto nunca antes. La imagen fue tan real que me asusté y abrí los ojos pero tenía el rostro del chico grabado y no se me borraba, lo veía reflejado en el espejo mirándome y sonriéndome. Me giré despacio esperando encontrarme ese chico a mi lado. Estaba solo en el baño y sin embargo sentía la presencia del chico como si fuera real. El susto inicial se transformó en el deseo de tocarlo, de sentir su piel que imaginaba cálida y tierna, de poseerlo. Mi excitación aumentó y me corrí. Mi leche salió disparada con violencia hacia el espejo y me quedé contemplando como resbalaba una gota de semen y, por primera vez en mi vida, me acerqué la mano a la boca y me chupé los dedos mojados de mi propio semen. Tenía un sabor extraño, diferente a nada que hubiera probado antes, una mezcla de dulzor y de acidez. No me desagradó en absoluto, lo cual me llevó a hundirme más en un mar de dudas, de verdades ocultas y nunca reconocidas y respuestas obvias. ¿Por qué había disfrutado más bien poco del sexo con mujeres? ¿Era ésa la razón?

Me estaba ahogando. Necesitaba aire fresco. Me vestí con un chándal y salí a toda prisa hacia el aparcamiento a coger el coche.

Pisé a fondo el acelerador y como una exhalación dejé atrás la ciudad. Conducir un largo rato me permitiría relajarme y pensar tranquilamente. Por una vez intentaría dejar de ser racional y escucharía mi corazón sin importarme en las consecuencias que ello me conllevara. Quizá así encontraría la paz que tanto ansiaba y recuperaría mi estabilidad emocional perdida en los últimos años.

II

Había previsto salir por la mañana temprano, antes que el sol y antes de la hora punta de las carreteras, pero me dormí y ni siquiera tuve tiempo de ir a correr.

Me desperté a las ocho de la mañana sobresaltado sin saber muy bien dónde me encontraba. Había conducido por la Nacional II, en la costa del Maresme, hasta la madrugada intentando poner en orden mis ideas. Al ver el letrero que anunciaba la entrada en la provincia de Girona, di media vuelta, agotado. Regresé a Barcelona y, a pesar del cansancio, pasé por el Gayxample conduciendo lentamente por delante de los locales de ambiente, mirando a los chicos que entraban y salían o estaban en la acera charlando tranquilamente. No eran bichos raros como suponía, eran tíos como yo o como mi vecino o como Martín, mi jefe, y me sentí mucho más relajado pero todavía no me atrevía a aparcar el coche, bajar y entrar en uno de esos bares, así que me fui a casa a dormir. Eran cerca de las cuatro de la madrugada cuando me metía en la cama.

Aún me sorprendía la facilidad con la que había aceptado que cabía la posibilidad de que realmente yo fuera gay. Sin embargo no estaba seguro del todo y no quería quedarme con la duda. Sabía que follar con mujeres no me satisfacía plenamente pero hacerlo con hombres sería nuevo para mí y no tenía ni idea de qué podía pasar. Tenía que probarlo para convencerme a pesar de que, en el fondo, no era necesario, yo ya sabía cómo era. Aunque no lo hubiera hecho físicamente, en mis fantasías adolescentes había follado con muchos tíos.

Me asfixiaba dentro del coche, ni siquiera la ropa fresca con que me había vestido, unas bermudas y una camiseta sin mangas, conseguían aliviarme un poco. Había pillado la hora punta y me había metido de lleno en un atasco en la ronda litoral. Las nueve de la mañana y hacía un calor que derretía el asfalto. El sol emitía rayos que quemaban como hierros candentes. Ni siquiera el aire acondicionado del coche conseguía amortiguar el calor que sentía. Hacía poco más de media hora que me había duchado y ya estaba empapado en sudor. Una hora más tarde conseguí llegar al otro extremo de la ciudad y entrar en la autopista que me llevaría directo hacia el sur. Al coger velocidad sentí con agrado el aire fresco del coche y lo puse más suave para evitar un resfriado, ya que tenía la camiseta totalmente mojada. Poco a poco dejé de sudar y me fui recuperando.

La autopista, contrariamente al interior de la ciudad, estaba vacía y podía correr a mi antojo. Con un poco de suerte recuperaría el tiempo perdido y llegaría a media tarde a Santa Cana. Pero poco después, cuando había hecho sólo un centenar de kilómetros, me cansé de ir a casi ciento sesenta kilómetros hora arriesgándome a la posibilidad de encontrar un radar y levanté el pie del acelerador bajando a una velocidad *de crucero* razonable. No tenía necesidad de correr tanto. Me relajé y me

acomodé mejor en el asiento pensando que si no llegaba por la tarde, lo haría al anochecer, que nadie me esperaba ni tenía ninguna prisa. Por eso, cuando al poco tiempo vi una salida que indicaba Cambrils, decidí desviarme un momento y darme un chapuzón en una tranquila playa que conocía a las afueras del pueblo y con un acceso rápido, fácil y, sobretodo, sin dificultad para aparcar.

Al salir de la autopista, dejé a un lado el pueblo de Cambrils y enfilé la antigua carretera de Barcelona a Cádiz, pero en ese momento me di cuenta de que se había encendido la luz de la reserva de la gasolina. No me había preocupado de llenar el depósito antes de salir pero ese era un buen momento para repostar ya que fuera de la autopista la gasolina era un poco más barata. Entré en la primera estación de servicio que vi.

Paré frente al surtidor de gasóleo y bajé del coche con la intención de poner el combustible cuando vi que era una de aquellas pocas gasolineras que aún quedaban en que los empleados te ponían ellos la gasolina en el coche. Se me acercó un chico moreno, bronceado por el sol y con aspecto rudo que me saludó con un gruñido ininteligible.

—Lleno, por favor. ¿Pago dentro?

Asintió con la cabeza señalando una pequeña y sucia tienda. Me acerqué y extendí la tarjeta a una chica mucho más simpática y amable, al menos entendía lo que decía. La tienda era la típica de las estaciones de servicio con los productos de repuesto para el coche, cosas para comer no demasiado sanas y aún menos baratas, revistas y periódicos. Un chico, quizá unos cinco años más joven que yo, estaba ojeando una revista de viajes con aire distraído. Lo observé porque era muy evidente que lo que menos le importaba era la revista. No me dio muy buenas vibraciones y me di prisa por pagar y salir de la tienda.

Le di una propina al empleado que me había llenado el depósito e iba a entrar en el coche cuando el chico de la revista me asaltó por la espalda y di un respingo al oír su voz, no lo esperaba.

—¿Vas al sur? —me preguntó con timidez, incluso un poco asustado.

—Puede —dije desconfiando.

—¿Me llevas a Alicante?

—Eso está muy lejos.

—Bueno, pues hasta donde puedas, no me importa.

No me gustó cómo me miraba de forma tan directa y fijamente a los ojos. Debajo de esa aparente timidez había algo que no conseguía descifrar aunque no tenía que ser necesariamente malo. La primera impresión de recelo que me había provocado desapareció. No creí que hubiera malicia en él. Parecía un chico desamparado y perdido. Llevaba una pesada bolsa de deporte como único equipaje y se le veía cansado y sudoroso. No tenía mal aspecto, iba bien vestido y limpio, y aunque no era

guapo, tenía un atractivo especial que me hizo estremecer y acalorarme, quizá era su pelo oscuro y despeinado o sus ojos tristes. Aunque podía engañarme perfectamente y ser un psicópata asesino.

—Ahora mismo voy a la playa, aquí cerca. Lo siento, no puedo llevarte —me lo quería quitar de encima, por si acaso.

—Es una lástima. De todas formas muchas gracias por no haber salido huyendo —su voz denotó una gran tristeza.

Se giró y se adentró de nuevo en la tienda. Yo me subí al coche y mientras arrancaba e iba hacia la salida vi que me seguía con la vista desde la puerta con su aspecto desamparado. Me sentí mal pero intenté quitármelo de la cabeza y salí disparado camino de la playa, que no quedaba lejos. Era una playa que se había mantenido bastante virgen gracias a que se encontraba lejos de cualquier urbanización y...

¡Joder! ¿Por qué me sentía tan mal?

Por el retrovisor vi que no venía nadie y di un golpe de volante haciendo girar 180 grados el coche. Nunca antes había recogido un autoestopista. Sería mi primera vez y seguramente me arrepentiría a los cinco minutos, pero el viaje aún era largo y podía ser tremendamente aburrido.

Entré velozmente en la gasolinera y me paré delante de la tienda. La chica de la caja me miró con desconfianza, pero detrás de la puerta apareció la cabeza del chico, curioso. Bajé la ventanilla y le hice un gesto con la cabeza para que se acercara. Abrió la puerta de la tienda y se acercó a la ventana del copiloto apoyándose en ella.

—Ven, te llevo.

—¡Oh! Muchas gracias. Pensaba que ya tendría que ir andando o esperar al tren de mañana. No sabes lo mucho que te lo agradezco —parecía sincero. Su cara se había iluminado como si le hubieran salvado la vida en el último instante.

Dejó la bolsa en el asiento de atrás y subió al coche.

—Espero no tener que arrepentirme de esto —dije.

—No, no lo harás.

—Bien. Vayámonos.

Salí de nuevo a la carretera y me encaminé hacia la autopista, el baño esperaría, no iría a la playa con un extraño como si fuéramos amigos de toda la vida.

Me dijo que se llamaba Esteban y que hacía un par de días que viajaba a dedo desde Girona, donde estudiaba tercero de fisioterapia. Había calculado mal su edad, tenía veintiún años, aunque parecía algo más mayor. Me contó que estaba cansado, que lo único en lo que pensaba era en llegar a su casa, ver a su madre y tumbarse en la playa sin hacer nada, sólo bañarse, tomar el sol, beber refrescos y comer helados todo el día.

Ya empezaba a arrepentirme de haberlo recogido y de haberme saltado el tan

ansiado baño en una de mis playas preferidas. No me importaba en absoluto todo lo que Esteban me contaba y no se callaba ni para tomar aire, así que decidí interrumpir su discurso abriendo la guantera y sacando un porta-cedés.

—¿Qué prefieres U2, Madonna, Beyoncé...?

—¿Tienes algo de los 60, tipo Ottis Reding?

La respuesta me sorprendió, no esperaba que un joven como él pidiera algo tan antiguo.

—Creo que no. Lo más antiguo que tengo en el coche es The Communards, de los ochenta.

—No los conozco. ¿Eres un ochentero? Bien, pues vamos a descubrirlos.

Puso el CD en el equipo y la música pegadiza empezó a sonar.

El camino continuó sin novedad y había conseguido que Esteban enmudeciera un rato escuchando la música. La autopista era muy aburrida, rectas largas con poco tráfico y unos cuantos camiones de gran tonelaje que adelantar de vez en cuando. En uno de estos adelantamientos, uno de los camiones decidió avanzar a su vez al camión que tenía delante y cambió de carril sin mirar siquiera si venía un coche o no. Tuve el tiempo justo para esquivarlo mientras lo insultaba a gritos, como si pudiera oírme. A causa del movimiento brusco, cayó al suelo, entre mis pies, el porta-cedés que Esteban había dejado encima del salpicadero.

—¡Mierda! —maldecí.

El chico, viendo que tenía el estuche entre los pies y que era peligroso porque con el movimiento del vehículo podía meterse entre los pedales y tener un accidente, y que yo no podía cogerlo, concentrado como iba por el aumento del tráfico de camiones en la autopista, se soltó el cinturón de seguridad y se agachó para recogerlo. Intencionadamente, o no, me rozó la rodilla y me cogió el tobillo derecho y me apartó el otro pie. Como no podía soltar el pedal del acelerador sin bajar la velocidad, no pude mover la pierna que tenía presa. Demasiado toqueteo innecesario, pensé.

—¿No lo encuentras? —Pregunté empezando a mosquearme.

—Sí, ya lo tengo —se incorporó en su asiento y volvió a atarse el cinturón—. Es que se me ha escapado de las manos y se ha colado debajo del asiento. Por cierto, me gustan las zapatillas que llevas.

—Gracias, pero son bastante viejas ya.

Dejó el porta-cedés en la guantera y se acomodó en el asiento descalzándose y cruzando las piernas ocupando su espacio y parte del mío. Le miré de reojo, con curiosidad, por saber qué hacía y me fijé en que sus piernas eran bastante peludas, con un espeso vello negro.

En un momento en que no podía adelantar y me quedé atrapado detrás de un camión que iba bastante lento, tuve que reducir la velocidad y al poner la cuarta no pude evitar rozarle la rodilla. Intenté no mirarle, como si no hubiera pasado nada,

pero sentí sus ojos clavados en mí mientras me ruborizaba por dentro como un niño pequeño.

—¿Por qué te has ruborizado, Aran?

—¿Rojo, yo? No es cierto.

—Sí lo es. Me has rozado la rodilla y te has puesto rojo.

—¡No digas tonterías! Lo que pasa es que hace mucho rato que conduzco y empiezo a estar cansado. Además este puto aire acondicionado del coche no funciona bien y me estoy asando.

—¿Sí? Pues a mí me parece que va bien. Yo estoy bien, a una temperatura agradable.

—¿Comparado con el calor de la gasolinera?

—¡Touché!

Se calló unos segundos pero seguía sin apartar la vista de mí.

—Estás muy callado. ¿Estás nervioso por llevarme?

—Hombre... un poco, la verdad. Es la primera vez que recojo a un autoestopista y se oyen muchas historias.

—¡Toma! —Sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón y me tendió el carnet de identidad y una tarjeta de crédito—. Quédatelos hasta que lleguemos.

No los cogí y negué con la cabeza, aún así los dejó en el porta-documentos del salpicadero.

—¿Puedo saber por qué no has tomado el tren en lugar de hacer dedo? Está claro que dinero no te falta.

—Bueno, es más barato.

—Y más peligroso.

—Quizá. Pero también más emocionante... He conocido a gente muy interesante, incluso con alguno he intimado bastante...

—Sin embargo, alguno podría ser un asesino de autoestopistas. Quizás lo soy yo.

—No, no lo eres. Cuando te he visto en la gasolinera me pareciste un tipo muy legal, por eso me he acercado. No eras el primero que llegaba, pero sí el primero del que me fié lo suficiente como para pedirte que me llevaras.

—¡Vaya! Qué honor.

—No te rías.

Me puse serio y le miré.

—No me río.

El silencio que se impuso a continuación entre nosotros duró unos cuantos kilómetros, yo me concentré en la carretera y en la conducción y él contemplaba el paisaje. Al cabo de un rato, cuando me parecía asombroso que Esteban estuviera tanto tiempo en silencio, se volvió hacia mí.

—¿Sabes? —Preguntó.

—¿Qué?

—Te observaba y veo que no estás nada mal. Te cuidas mucho, ¿no?

—Sí, lo intento. Gracias.

—Me di cuenta en cuanto he rozado tus piernas al recoger el estuche. Son fuertes.

—Voy a correr prácticamente cada día.

Miré a Esteban de reojo, nuestras miradas coincidieron y me concentré de nuevo en la carretera. Si estaba intentado ligar conmigo no se lo pondría fácil. Aún no tenía ni idea de qué era lo que yo quería y aún menos me sentía preparado para un lígüe con un chico bastante más joven que yo. Pero, por un par de veces, me descubrí a mí mismo desviando la mirada hacia su entrepierna y creo que no le pasó inadvertido.

—Sí, estás bueno —dijo asintiendo con la cabeza, más para él mismo que para halagarme.

En ese mismo momento me arrepentí de ir vestido con bermudas y camiseta sin mangas, me sentí desnudo. Pero, sobre todo, me arrepentí de haber recogido a ese chico porque me hacía estremecer con cada comentario suyo sobre mí, pero al mismo tiempo me divertía y halagaba que intentara ligarme. Respiré hondo y pensé que no tenía nada que perder, así que decidí dejarme llevar por el juego de la seducción: seducir y ser seducido. Y comprobar cuál podría ser mi límite a partir de ahora con un chico. Después, le daría calabazas, lo dejaría en Alicante o antes de llegar y asunto terminado.

—Gracias —le dije con mi sonrisa más atractiva.

—Así me gusta, que te rías. ¡Oye, tengo una idea! ¿Por qué no paramos y nos damos un chapuzón en una playa?

Volví a reírme, esta vez con ganas.

—Bueno, ésa era mi intención antes de recogerte y que me trastornaras los planes.

—Lo siento, pero si eso era lo que querías hacer, pues ¿a qué esperamos? No quisiera hacerte cambiar de planes.

No me lo pensé dos veces y decidí aceptar la propuesta. Acabábamos de pasar la salida de Peñíscola, hubiera sido un bonito sitio para bañarse. Una lástima. La siguiente salida indicaba Torreblanca.

—¿Conoces alguna playa por aquí?

—No, aunque creo que hay un parque natural cerca. Será tranquilo.

Efectivamente, pocos minutos después de salir de la autopista vi el letrero de la playa de Torrenostre y debajo otro con la referencia de Parc Natural del Prat de Cabanes-Torreblanca. Me desvié por allí y un centenar de metros más adelante, a través de un camino entre arbustos bajos, divisé una playa de arena blanca. En un claro aparqué el coche y Esteban salió corriendo directo hacia el agua como un niño en la hora del recreo mientras por el camino iba tirando su ropa aquí y allá. Me puse el bañador, cogí la toalla de la bolsa y le seguí minutos después. Él ya estaba en el

agua nadando mar adentro.

La playa era grande, pero sorprendentemente en un inicio del mes de agosto, estaba desierta. Quizá se veía alguna sombrilla lejana, en dirección a lo que supuse era Terranostra.

Al poco Esteban salió del agua completamente desnudo y se me acercó caminando tranquilamente, sin ningún asomo de rubor o pudor por estar desnudo delante de un desconocido. No aparté la vista en ningún momento, me entretuve en observarlo atentamente, de una forma un tanto descarada, como nunca antes había mirado a ningún otro chico. No tenía un cuerpo musculoso pero sí bien definido, fibrado y bastante peludo, aunque lo que más destacaba de su anatomía era lo que colgaba entre sus piernas, de un tamaño considerable en estado de reposo. No le pasó inadvertido el repaso que hice de su cuerpo y sonrió satisfecho.

—Está buenísima. ¿No te metes? —me dijo.

—¿Eh? Sí, ahora.

—¿Con bañador? ¡Qué pudoroso!

Corrió de nuevo al agua riendo divertido y fui detrás de él. Efectivamente estaba muy buena el agua, caliente y muy limpia. Nadé un poco hasta que ya no hacía pie. Esteban estaba bastante lejos, se había llegado hasta una boya mar adentro. A mí me gusta nadar, pero las profundidades marinas no mucho, así que me quedé donde estaba, disfrutando del baño. Al poco rato se acercó nadando.

—Se está genial, ¿verdad?

Asentí no muy convencido.

—Vamos a divertirnos. ¡Vas a ver!

Rápidamente y sin darme tiempo a reaccionar, me sujetó por los hombros hundiéndome en el agua. Intenté reaccionar, pero su empuje era fuerte y hasta que no me soltó no pude sacar la cabeza a la superficie tosiendo por todo el agua que había tragado.

—¡No vuelvas a hacer eso! —grité muy cabreado.

—Perdona. Sólo era una broma. No te lo tomes así —dijo entristecido, pero enseguida, alegre, insistió—: Venga, te echo una carrera hasta la orilla.

Y salió disparado nadando a toda velocidad. No le seguí enseguida, esperé un poco aún recuperándome del susto. Por un momento, me había visto morir ahogado en una recóndita playa para robarme el coche y el dinero. Pero no, solamente había sido una chiquillada.

Cuando llegué me esperaba sentado en la arena, junto a la orilla, dejando que las olas le golpearan las piernas. Su pene, flácido, se mecía con cada envite del agua.

—¿Te has enfadado mucho? No quería asustarte. ¿Podrás perdonarme?

—No lo sé.

—¿Qué puedo hacer para que me perdones y confíes de nuevo en mí?

—Ya está, olvídale. Me voy a vestir.

Fui hasta la toalla que había dejado en medio de la playa y cuando me agaché para recoger la ropa, noté que alguien me cogía por los pies estirando hacia atrás. Caí de bruces sobre la toalla mientras Esteban se sentaba sobre mi espalda.

—¿Me perdonas? —Insistió.

—¡Que me dejes!

—No hasta que me digas que me perdonas. No voy a hacerte ningún daño, puedes confiar en mí.

—¡Vale, vale! Te perdono.

—Así me gusta —empezó a hacerme cosquillas en la cintura y en las axilas—. Siempre te pillo desprevenido.

Intenté zafarme de él pero el chico era mucho más fuerte de lo que parecía, sobretodo tenía mucha fuerza en las piernas, duras como el acero. No pude hacer nada para quitármelo de encima.

—¡Suéltame! Tengo muchas cosquillas. No puedo más.

Pero no eran las cosquillas lo que me preocupaba, si no sentir su piel cálida, sus glúteos y su pene reposando en mi espalda. Si continuaba un minuto más en esa posición acabaría excitándome.

—Tengo arena hasta en las orejas... Suéltame.

—¿Qué se dice, niño malo?

—Por favor...

—Así me gusta.

Noté que aflojaba el abrazo y aproveché para sentarme. Con la lucha, la toalla se había arrugado y había acabado sobre la arena que se me había mentido por todos los rincones de mi cuerpo.

—Mira cómo me he puesto. Tendré que bañarme de nuevo.

—Ha sido por mi culpa. Yo te limpiaré.

Se arrodilló delante de mí y con la mano me fue quitando la arena de la cara, de la boca, del cuello, del pecho... Lo hacía lentamente, recreándose en cada lado. Yo lo miraba fijamente y le dejaba hacer, aún sabiendo que me acariciaba suavemente, con el deseo que le transpiraba por todos los poros, lo veía en sus ojos. Pasó sus dedos por mis pezones, resiguiendo su circunferencia, ya con una clara intención sexual.

—Estás muy bien, Aran. Me gustas —susurró.

No pude decir nada. Aunque hubiera querido no habría podido quejarme. Me encanta que me acaricien lo pezones, pero me puse muy nervioso y me empezó a temblar la pierna derecha cuando empecé a ser consciente que, por primera vez en mi vida, un hombre me estaba excitando mucho y había despertado un deseo sexual muy fuerte. Intenté levantarme, pero me puso la mano en el pecho para impedírmelo y no lo hice. No podía ni quería resistirme.

—Tranquilo. Todo va bien. Déjame hacer a mí. Tu límitate a disfrutar.

Le miré a los ojos suspirando profundamente y continuó su exploración bajando las manos lenta y delicadamente por mi estómago jugando con la silueta de los abdominales y con el ombligo hasta que llegó a la goma del bañador donde ya se adivinaba la protuberancia de delataba mi cada vez más evidente erección. Levantó el borde del bañador e hizo aparecer la punta de mi pene.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? ¡Qué cosa más linda!

—Yo no... no... —conseguí balbucear.

—¿Quieres decir que es tu primera vez con un hombre? —preguntó sorprendido.

Asentí con la cabeza, incapaz de articular palabra.

—¿Quieres que pare?

Negué también con la cabeza, aún no podía hablar.

—¡Hum! Qué delicia. Me encanta. Tú déjate llevar y disfruta. No pienses en nada, yo haré todo el trabajo.

Me relajé. Ya estaba completamente excitado y Esteban acabó de liberar mi pene de la prisión del bañador. Aún estaba húmedo y me estremecí con un escalofrío. Me levanté un poco para que pudiera terminar de quitarme el bañador y me quedé tan desnudo como él aunque yo con una gran erección y él aún con la polla flácida. Se agachó y empezó a lamerme el pene con ganas, disfrutando a cada lamida, luego se lo introdujo todo entero en la boca y pensé cómo podía caberle todo sin ahogarse. Emitió un gemido y noté su lengua juguetear con mi prepucio y con el agujero. Cerré los ojos entregándome por entero al placer que sentía con la mamada de Esteban. El tío la comía tremendamente bien, tratándola como si fuera un tesoro. Una mano la tenía en el tronco y la acompañaba subiendo y bajando a cada embestida que me hacía con la boca. Me estaba excitando muchísimo y si continuaba de aquella manera no tardaría nada en correrme.

—¿Te gusta? —me preguntó mirándome a los ojos.

—Me encanta.

—¡Qué bien! Tienes una polla deliciosa —su voz era de puro placer—. Me encantaría que me follaras, ¿quieres?

—Sí.

Alargó la mano hasta encontrar sus pantalones, rebuscó en sus bolsillos y sacó un preservativo. Abrió el envase y me lo colocó muy suavemente.

—Tenemos un pequeño problema —me dijo—. No tenemos lubricante.

—¿Qué hacemos?

—Bueno, hay una solución pero no sé si te gustará en una primera experiencia.

—¿Cuál?

—Utilizar tu saliva.

—No entiendo...

—Que me comas el agujero.

—Eres un cerdo. Pero quiero probarlo.

Su sonrisa se ensanchó y su pene empezó a hincharse y crecer. Se dio la vuelta y se sentó en mi pecho ofreciéndome su culo. Al principio no supe muy bien qué hacer y le acaricié los glúteos pasando un dedo por la raja, sin introducirlo, jugueteando con el vello que se concentraba allí. Esteban se acercó más hacia mi cara y continuó comiéndome la polla con el preservativo puesto. Mi placer aumentó y le abrí los glúteos con las dos manos descubriendo su agujero peludo. Se lo acaricié con la punta de un dedo mojado con mi saliva y le oí gemir.

—Vas muy bien —me dijo.

Me incorporé un poco y hundí mi cara en su culo buscando con mi lengua ese agujerito tan apetecible. Olía raro y tenía un sabor salado, a mar. Me gustó y le introduje la lengua. Esteban me soltó la polla y se le escapó un profundo gemido. Continué descubriendo lo que era para mí un nuevo sabor y el olor de un culo de hombre y no me desagradaba en absoluto. Pensé que un culo siempre era un culo, fuera de hombre o de mujer.

De repente Esteban se incorporó dejándome una lamida a medias y se dio la vuelta de cara a mí. Me cogió la polla con una mano mientras que con la otra se abría bien el culo y él solo se la introdujo dentro. Sentí la presión de las paredes de su agujero en mi pene duro mientras empezaba a cabalgar y se masturbaba con los ojos cerrados, concentrado en la doble tarea. Yo lo miraba consciente de que estaba follando a otro hombre y que, además, me estaba encantando. Me dejé ir totalmente y suspiré de placer y de deseo. Esteban abrió los ojos y me sonrió.

—¿Te gusta? —Preguntó.

—Mucho... Muchísimo.

—Ge... Genial. No pares. Fóllame. Métemela toda... Hasta los huevos... Quiero sentirte todo dentro de mí...

Alargué las manos y le acaricié el pecho, los pezones, el estómago y en ese mismo momento tuve la necesidad de tocar su polla. Nunca antes había tocado una polla que no fuera la mía. Le aparté la mano y se la cogí. Era grande, dura y rugosa, pero a la vez muy suave. Le acaricié los huevos y empecé a masturbarle. Me miró sorprendido pero contento y se dejó hacer.

Al poco noté como la polla de Esteban se ponía aún más dura y se sacudía con violencia mientras un chorro de semen salía disparado cayendo en mi cuello. No paré de masturbarle hasta que ya no salió ninguna gota más y me cogió la mano para que parara. Tenía el pecho lleno de su leche y no me importó, al contrario, sentir su esperma caliente caer sobre mí me excitó de tal manera que me corrí enseguida dentro de él.

—Lo siento, no quería ensuciarte —se disculpó aún con mi polla dentro suyo.

—Me ha encantado que lo hicieras —confesé, y para dar credibilidad a mis palabras, pasé la mano por donde había caído su leche y la extendí por mi cuerpo.

Se levantó y se echó a mi lado sobre la arena. Me quitó el preservativo, lo ató y lo dejó a un lado.

—Déjame —me pidió.

—¿Por qué?

—Quiero ver cómo es tu leche.

Se lo pasé con un poco de vergüenza. Lo levantó en alto y lo contempló sonriendo.

—Es muy blanca. La mía no es tan blanca. Otro día no dejaré que te corras dentro del condón.

Le miré sorprendido por su comentario.

—No, no me refiero a que me folles sin condón, sino a que me gustará ver cómo te corres —aclaró.

Estuvimos un rato echados sin decir nada, dejando que el sol nos calentara. Yo sentí que la leche de Esteban se iba secando y me dejaba la piel con una sensación pegajosa y acartonada.

—Voy al agua, necesito limpiarme.

—De acuerdo. Pero antes dime si te ha gustado... —Estaba ansioso, parecía un chico con la necesidad de saber la nota de un examen.

—Me ha encantado. De verdad.

Le di un beso en los labios y me levanté para ir corriendo hacia el mar. Esteban me siguió riendo y salpicándome con el agua. Al cabo de un rato de remojo, salimos y mientras nos secamos con la toalla me pareció ver entre los arbustos a un chico moreno, observándonos, y me sentí incómodo. Quizá había visto todo. Volví a mirar bien pero no pude ver a nadie alrededor. Sacudí la cabeza y me vestí pensando que los acontecimientos de las últimas horas me estaban trastornando y veía cosas que no existían.

Minutos más tarde ya estábamos de nuevo en ruta.

Esteban iba callado a mi lado con una sonrisa perenne en sus labios. Naturalmente, su silencio no podía durar demasiado.

—No puedo creer que fuera tu primera vez con un hombre —me dijo dejando caer su mano sobre mi rodilla.

—Pues créelo. Hasta ayer mismo no empecé a sospechar que yo pudiera ser gay.

—¿No? ¡Me estás tomando el pelo! —exclamó—. Cuando te he visto en la gasolinera lo he visto enseguida.

—¿En serio?

—Sí. Tenemos un sexto sentido para eso.

—Pues ya ves, yo no.

—Y ahora, ¿qué piensas? ¿Despejas tus dudas sobre que eres real y totalmente gay?

—Creo que sí. Solo me faltaba confirmarlo y me has ayudado mucho. Ahora sé que era esto lo que he buscado todos estos años sin ser consciente. Me he perdido muchas cosas y quiero recuperarlas. Me ha encantado follar contigo, puedo asegurarte que nunca antes había disfrutado tanto. Espero que tú también te lo hayas pasado bien.

—¡Mucho! ¿Volveremos a vernos algún día? —me preguntó con un tono de voz ansioso.

—No lo sé, pero me gustaría. Pasaré el verano en Santa Cana, tú en Alicante, no estamos demasiado lejos —le dije aún sabiendo que lo más probable era que no nos viéramos nunca más.

Continuamos un largo trecho, los dos en silencio, con la mano de Esteban acariciando distraídamente mi rodilla, cada uno pensando en sus cosas. Yo en todo lo que me había sucedido y corroborado gracias a Esteban, de quien guardaría un enorme recuerdo y aprecio ya que había sido mi primer polvo gay y eso nunca se olvida.

Paramos a comer en una área de servicio de la autopista y a media tarde llegábamos a Alicante. Entré en la ciudad siguiendo sus indicaciones y paré delante de un hotel del centro.

—Hotel Torreón. ¿Te quedas aquí?

—Sí, es de mi familia. ¿Quieres entrar y te presento a mi madre?

—No, creo que no. Se me va hacer muy tarde. Otro día quizá.

Esteban bajó del coche, recogió su bolsa del asiento posterior y se acercó a mi lado.

—No sé si nos veremos en otra ocasión, Aran, en cualquier caso quiero decirte que me ha encantado conocerte y que podría enamorarme de ti demasiado fácilmente.

—Gracias. Me acordaré mucho de ti, no lo dudes. Has sido mi primer hombre, no te olvidaré nunca.

—Ya sabes, Hotel Torreón. Puedes encontrarme siempre que quieras. Estaré aquí todo el verano. Adiós, Aran.

Me dio un beso largo y cálido en los labios, lleno de cosas no dichas, de los recuerdos que nos quedarían de la mañana vivida y se fue corriendo hacia el hotel con los ojos empañados en lágrimas.

—¡Hasta pronto! —le grité desde el coche.

Esteban se giró, me envió un beso con la mano y se adentró en el vestíbulo saliendo, quizá para siempre, de mi vida.

Puse en marcha el motor del coche y salí de la ciudad aún con el sabor de Esteban en la boca y continué el viaje absorto en los nuevos descubrimientos producidos en

mi forma de ver, sentir y pensar. Por fin lo tenía todo claro, sabía lo que quería hacer con mi vida. Susana había tenido razón. Me lo había soltado como un insulto, pero su desprecio había sido mi tabla de salvación, el desencadenante que me abrió definitivamente los ojos, que quitó el velo inconsciente que me había impuesto desde que empecé a saber qué era el sexo y el amor.

Abrí la ventana y grité todo lo fuerte que pude para liberarme por fin de todas las angustias pasadas y reprimidas de mi vida. Me sentí libre, contento y feliz.

III

Eran cerca de las nueve de la noche cuando entré en la calle principal de Santa Cana, una pequeña población de pescadores de la provincia de Alicante habitada desde el Neolítico Superior que en los años sesenta del siglo XX había crecido de forma espectacular a causa de la especulación turística, primero con la ampliación del puerto y casas de una o dos alturas y después con grandes edificios de apartamentos que aparecían como setas y parásitos al lado del originario pueblecito pescador, absorbiendo sus campos de cultivo, sus playas y sus salinas. De esta manera, en treinta años, había visto triplicado su censo de habitantes, sin contar los residentes temporales, entre los que me encontraba yo, que en verano hacíamos quintuplicar su población.

Después de un par de giros por calles estrechas, llegué al paseo marítimo. Mi apartamento estaba allí, justo donde terminaba el casco antiguo del pueblo y empezaba el paseo de apartamentos más modernos. Entré en el aparcamiento de un edificio que se diferenciaba de los que tenía a su alrededor porque, aunque había sido construido hacía menos de diez años, había respetado lo máximo posible la arquitectura tradicional. Cuando paré el motor suspiré aliviado. Por fin en casa.

Nunca entenderé el impulso que me llevó a comprarme ese apartamento en un pueblo situado a seis horas en coche y casi seiscientos kilómetros de Barcelona, donde llegué un verano por casualidad, porque se había estropeado el tren camino de Marbella. Desde el mismo momento que puse el pie allí me cautivó y supe que lo convertiría en mi lugar de veraneo. El apartamento lo compré el segundo verano. Me gustó su fachada blanca y que tuviera pocos vecinos, solamente cuatro, uno por planta. Así que enseguida que tuve oportunidad, compré el ático después de que su antiguo propietario, un matrimonio mayor, se divorció y decidió vender.

En el edificio se entraba por una callejuela lateral. El vestíbulo era pequeño y oscuro, la escalera estrecha y el ascensor de tamaño minúsculo, pero cuando llegabas a mi piso, lo primero que te llamaba la atención era el enorme salón y la amplia terraza a primera línea de mar con una espléndida vista de la playa y a lo lejos, las islas de La Campana y La Campaneta. Podía pasarme horas y horas sin hacer absolutamente nada más que tumbarme y dejarme invadir por la tranquilidad del lugar o relajándome pintando de cara al mar. Sin lugar a dudas, ese piso era el lugar que realmente consideraba mi hogar.

En el aparcamiento pude ver que la única plaza que quedaba libre era la mía, así que ya habían llegado todos los vecinos a pasar el verano. A duras penas pude meter la maleta y las dos bolsas en el ascensor y subí hasta la cuarta planta. Al abrir la puerta me di cuenta enseguida de que el apartamento había sido arreglado y limpiado esperando mi llegada. Mi amigo y vecino Robert, que vivía todo el año allí y a quien

le había dejado un juego de llaves por si ocurría algún incidente durante el invierno, había hecho un poco de limpieza para que lo encontrara ordenado.

Bob era un riojano soltero, de treinta y cinco años, de cabello rubio oscuro, ojos azules, y atractiva sonrisa que se desvivía por atenderme. A veces eso me iba bien, egoístamente hablando, sobre todo cuando me daba pereza ir a comprar el pan o me levantaba tarde y quería leer el periódico, pero otras veces llegaba a agobiarme bastante. No fue hasta ese día, después de todo lo que me había ocurrido y de mi nueva vida, que pensé que, quizá, esas atenciones respondían a un deseo de su parte por intimar conmigo. Seguro que era eso y no me había dado cuenta antes: Bob era gay.

Dejé la maleta y la bolsa en la habitación y abrí todas las persianas y ventanas. Quería que entrara la última luz de la tarde y la brisa fresca del mar. Segundos después, sonó el timbre de la puerta. Antes de abrir ya sabía que era Bob que, al oír las persianas, había subido presto a visitarme. No tenía ganas de ver a nadie esa noche, lo único que quería hacer era dejar las cosas en su sitio, prepararme un buen baño, una cena y comer tranquilamente en la terraza. Intenté hacer oídos sordos, pero el timbre volvió a sonar y me supo mal fingir que no estaba en casa cuando era tan evidente que había llegado. Abrí la puerta. Allí estaba, todo sonrisas de felicidad. Me dio un gran abrazo que respondí sin demasiado entusiasmo.

—¡Aran, qué alegría verte! Deseaba tanto que llegaras... ¿Lo has encontrado todo bien? ¡Oh! Todavía no has deshecho las maletas, ¿te ayudo? O mejor, ¿te hago algo de cena mientras guardas tus cosas? ¿Te apetece una ensalada fresca? Te he conectado la nevera y te he comprado bebida, frutas y verduras... ¡Ah! También te he regado las plantas, estaban muy secas las pobres...

—Muchas gracias, Bob. Eres muy amable, no hacía falta... —dije mientras volvía a mi habitación para deshacer la maleta.

—¡Claro que hacía falta!

—Bueno, vale. Pero me pasas la factura de lo que te ha costado todo lo que has comprado.

—¡Quita, quita! No me debes nada, lo he hecho porque yo he querido y me venía en gana. Así que tú acomódate y te preparo algo...

—No, Bob. Te agradezco todo lo que has hecho, pero ahora lo único que me viene en gana es terminar de sacarlo todo, darme un baño, comer cualquier cosa e irme a la cama.

—¿Acostarte? ¿Tan temprano? —exclamó sorprendido—. ¿Dónde está mi Aran, que me lo han cambiado? ¿No vas a salir de marcha?

Negué con la cabeza mirándole divertido. Ahora veía tan claro que Bob era gay que no entendí cómo no me había dado cuenta antes. Aunque en ese momento tampoco fui capaz o no quise ver que, además de ser gay, estaba colado por mí.

—He tenido un día muy duro. Estoy muy cansado...

Metí la última camiseta en el armario y cerré la maleta para guardarla en el altillo.

—Mañana seré el Aran de siempre. Te lo prometo.

—Bueno, pues nada. Si no me necesitas, te dejo que descanses que este año va a haber mucha guerra por Santa Cana.

—¿Guerra? ¿Por qué?

—Han abierto algunos bares que han revolucionado las mentes estrechas y pueblerinas de algunos. Pero bueno, no voy a calentarte la cabeza con cotilleos. Venga, buenas noches. Me voy a restaurar un poco para salir de cacería a ver si pesco algo bien fresco. ¡Ciao, bonito!

—Buenas noches.

Salió del baño. Cuando me sentí solo, respiré hondo, abrí el grifo de la bañera para llenarla de agua y me quité la camiseta. Estaba a punto de quitarme también el pantalón corto manchado por la sal del agua del mar cuando Bob apareció de nuevo en la puerta del baño. No se había ido.

—¿Estás seguro que no quieres que te ayude? Ya fui de cacería ayer, hoy puede esperar...

—¡Joder, Bob! —Exclamé—. Me has asustado.

—Perdona, no era mi intención. ¿Te ayudo en algo?

—No. Gracias, de verdad. Iba a tomar el baño.

—Bueno, si no te importa te hago compañía mientras tanto. Así hablamos y nos ponemos al día de lo que hemos hecho durante el invierno. ¿Te parece?

—Harás lo que quieras, como siempre. ¿Pero qué te ocurre? Te noto extraño.

—Nada... Te echaba de menos —confesó casi en un susurro inaudible, entristecido—. ¡Pero ahora ya estás aquí!

Me disculpé un poco incómodo por la situación. Bob sonrió y se sentó en la taza del váter, mirándome. Le devolví la mirada con las manos en el botón del pantalón para que entendiera que quería desnudarme en la intimidad, pero él se rió y dijo:

—¡Oh! ¡Por favor! No te preocupes, no voy a mirar. Además, lo que pueda ver, ya te lo he visto en la playa nudista, ¿no crees?

Era cierto. Habíamos ido unas cuantas veces a la nudista y ya nos habíamos visto todo lo que teníamos que ver, pero ahora, con mi descubrimiento, y en la intimidad de mi casa, me pareció que la cosa era diferente, que podía tener un cierto aire erótico. Sin embargo, viendo que no tenía ninguna intención de salir, me encogí de hombros y me desnudé delante suyo. Si quería contemplar mi cuerpo, yo no era nadie para impedirselo, aunque tampoco me quería convertir en un calentabraguetas porque, por más que Bob lo quisiera, a mí no me atraía en absoluto, sexualmente hablando.

Acabé de quitarme el pantalón y, vestido únicamente con el bóxer, fui a la habitación, más con el deseo de exhibirme que por la necesidad de ir a buscar algo.

Luego eché sales de baño y gel removiendo el agua para hacer un poco más de espuma. Él me miraba sin decir nada, entre curioso y divertido, esperando. Cuando me iba a quitar el calzoncillo, me entró un ataque de pudor y mi lado exhibicionista se esfumó por completo.

—¿Puedes girarte un momento? —le dije esperando con las manos en la goma del bóxer.

—¡Qué remilgado te has vuelto! —se giró dejando escapar un profundo suspiro de resignación.

Acabé de desnudarme y me metí en la bañera sintiendo un cosquilleo en el bajo vientre que me sorprendió y mucho más cuando noté que mi polla volvía a despertarse. Disimulando me sumergí y acumulé la espuma de tal manera que la única parte visible de mi anatomía fuera el pecho.

—Ya puedes girarte —anuncié aún sabiendo que no había dejado de espiarme ni un solo segundo—. ¡Ah, qué gusto y qué ganas tenía de un buen baño!

—Hoy ha hecho mucho calor. Y bien, cuéntame, ¿qué ha sido de tu vida estos largos meses de invierno por Barcelona?

—¡Uf! Nada especial. Mucho trabajo.

—¿Y la pintura?

—He hecho una veintena de cuadros y una pequeña exposición en una galería del barrio, pero al menos sirvió para que un galerista bastante importante del paseo de Gracia se interesara en incluir un par de pinturas mías en una exposición colectiva este próximo otoño.

—¡Eso es fantástico! ¿Por qué te lo tenías tan callado?

—No me gusta presumir.

—Pues a mí sí, de tener un amigo famoso.

—No soy famoso...

—Aquí en Santa Cana, sí, y dentro de poco en todo el país, seguro. ¿Y qué más, qué más? ¡Cuenta! ¿Y la música? ¿Y el sexo? ¿Algún amor...?

—¿Pero esto qué es, un interrogatorio? —exclamé riendo.

—Perdona. Es que me tienes en ascuas y... Te estoy viendo todo.

Seguí la dirección de su mirada. La espuma se había aclarado y el agua, aunque turbia por el jabón, dejaba entrever todo mi cuerpo en su plena desnudez. Eché un poco más de gel y sacudí la superficie sin conseguir hacer mucha más espuma. Después de todas las precauciones, Bob me estaba viendo totalmente desnudo, pero no me importó, me había relajado hablando y me encontraba a gusto. Me encogí de hombros.

—Ves, al final no sirvió de nada que te giraras para que me desnudara.

—¿Eh? Perdón... Me había quedado extasiado por la visión.

—Bob, nunca te lo he preguntado ni tú me has hecho ningún comentario al

respecto, pero ¿eres gay?

El chico dejó escapar una gran carcajada que acabó por contagiarme y acabamos riendo como locos los dos. Al final, tosiendo, me dijo:

—¿Ahora te enteras? ¡Ya era hora, guapito de cara!

—Bueno, es que hace poco me he dado cuenta de muchas cosas que me han abierto los ojos.

Bob se puso serio y me miró gravemente.

—¿Qué cosas? ¿Que tú también eres gay?

Me pilló desprevenido y casi me ahogo en la bañera. Me incorporé un poco y le miré con una cara que debía ser un poema sin poder articular palabra porque aún no tenía claro que pudiera aceptar delante de mis conocidos mi recién descubierta condición sexual. Bob sonrió y me puso una mano en el hombro.

—Tranquilo. Hace mucho que sospechaba que lo eras, pero yo no era quién para decirte nada.

—Pues podrías haberlo hecho, joder —protesté—. Me hubiera ahorrado muchos quebraderos de cabeza y treinta años de autoengañarme.

—Tenías que descubrirlo por ti solo cuando estuvieras preparado, como hemos hecho todos, bonito. Además, si el año pasado te lo llego a insinuar siquiera, me hubieras mandado a la mierda más rápido que canta un gallo.

—Cierto. Pero ¿cómo llegaste a la conclusión de que yo era gay? No lo entiendo, siempre me has visto con tías, nunca he hecho nada para que lo pudieras pensar tú ni nadie.

—Mira, nosotros nos reconocemos. Tenemos como un sexto sentido que nos muestra quién es de los nuestros y quién no. Pero hay otra cosa de la cual tú no eres consciente, tu gusto por la moda, por el cuerpo, por los cotilleos...

—¡Hay muchos tíos que les gusta la moda y se cuidan! —protesté.

—Sí pero hay otra cosa que me lo confirmó el año pasado.

—¿Qué? —exclamé.

—Estábamos en la nudista y vimos pasar un chico con el cuerpo muy bien definido, no era espectacular, pero tenía un no sé qué que lo hacía muy atractivo.

—Lo recuerdo. Tenía unos ojos azules preciosos, el pelo negro azabache y la piel pálida.

Por un momento me vino a la cabeza el rostro de ese chico y me resultó tremendamente familiar, como si le hubiera visto en algún otro sitio con posterioridad. Intenté concentrarme para recordar en dónde había sido, pero el parlamento de Bob me lo impidió.

—Sí, pero no fue en eso en lo que te fijaste en ese momento. Me dijiste: «Mira a ese tío, qué cuerpo tiene, hasta el rabo lo tiene bien puesto». Un hetero no se fija en la polla de los tíos.

—Eso no es cierto...

—Ahora me dirás lo de los juegos de adolescentes de compararse el tamaño de la polla o de masturbarse juntos. Todos lo hemos hecho y siempre quien empieza ese juego es el gay del grupo. Es una forma de poder ver rabos sin tener que echar miradas furtivas en los vestuarios.

—Me encantaba comparármela porque casi siempre salía ganando. Por eso siempre me las arreglaba para hacer que alguno de mis amigos fuera el que llevara la iniciativa aunque en realidad era yo el único que quería jugar. Incluso alguna vez nos la cascamos juntos... —dije apesadumbrado.

—Ves, lo que te decía.

—¡Dios! ¡Siempre he sido gay!

Bob rió y volvió a acariciarme el hombro.

—Eso no es ningún drama, al contrario. ¡Joder, Aran! Me haces muy feliz.

—¿Por qué?

—Porque abres una puerta a mi esperanza...

—¿De acostarte conmigo?

—Vaya. Eres directo, Aran. No lo sé. Estoy muy a gusto contigo, es cierto. Y también es cierto que cuando te imagino desnudo, me excito... Si te soy del todo sincero, alguna vez me he masturbado pensando en ti...

Le miré sorprendido.

—Sí, no pongas esa cara. He tenido fantasías sexuales contigo y, sí, me apetecería mucho follar contigo, pero no quiero perder tu amistad y eso es lo que más me importa en este momento. Más que un buen rato de sexo.

—Gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué? —me preguntó sorprendido él ahora.

—Por ser sincero conmigo... Por ser mí amigo.

—Ya, solo amigo...

—Bob, también seré sincero contigo, no me atraes sexualmente hablando, pero te considero un gran amigo.

—Sí, amigo sin derecho a roce. Es muy duro oír eso, Aran, pero lo entiendo y es justo lo que me esperaba. A ti te gustan otro tipo de tíos, más misteriosos, más etéreos, no tan locas como yo. En fin, qué se le va a hacer. Solo déjame decirte una cosa y nunca más te molestaré con este tema: me gustas mucho, cada verano que pasa estás más bueno. Creo que podríamos funcionar bien en la cama. Sin embargo, también tengo que decirte que no creo que nos fuera bien como pareja. Por eso me gustaría tenerte como amigo con derecho a roce. Cuando a los dos nos apeteciera o no tuviéramos a nadie más con quien acostarnos. Sin compromisos... Dejo la pelota en tu tejado. Tú decides. Y ahora voy a irme para que salgas del agua que te estás arrugando como una uva pasa.

—No hace falta que te vayas.

Inexplicablemente estaba muy tranquilo. Cierto que Bob no me atraía, pero sentía que estaba en deuda con él y que debía hacer algo y, al mismo tiempo, sabía que hacerlo por este motivo, era un error. Pero bien podía pasar que me gustara y que, egoístamente, me fuera bien su oferta de convertirnos en amigos-amantes sin ninguna clase de compromiso. Podía probarlo a ver si la cosa funcionaba, y si no, dejarlo como estaba y continuar siendo solamente amigos. Además, la clase de conversación y el recuerdo del buen rato de sexo que había pasado con Esteban, despertaron de nuevo mi libido. Me puse de pie en la bañera, a punto de salir, sin esconderle que tenía la polla un poco morcillona.

—¿Me pasas la toalla?

—¿Y eso? —dijo señalando mi rabo.

—Es mi polla. Ya la habías visto.

—Sí, pero ¿y la vergüenza que tenías antes? Además, ¿me equivoco o estás cachondo?

—Bueno, creo que hablar de sexo en esta circunstancia, ha hecho que mi rabo actúe él solo y se haya despertado un poco.

Bob me miró con la boca abierta, asombrado y sin saber muy bien qué hacer, así que salí de la bañera y me planté delante suyo con la polla ya bien dura. Me la cogí con la mano y la sacudí un poco invitándole a hacer lo que quisiera con ella.

—No creo que yo sea el primero, ¿verdad? —dijo.

—Verdad. ¿Quieres o no?

No hizo falta sugerir nada más, se abalanzó sobre mi rabo aún mojado y empezó a succionarlo con ganas tragándolo todo entero mientras me cogía los glúteos con las manos y me empujaba hacia él para ayudarse en su mamada. La comía muy bien, jugando con la lengua. Estaba muy excitado y gemí. Él se separó.

—Nunca pensé que llegaría este momento. Tienes una polla buenísima, más grande y gorda de lo que podía imaginar al verla en reposo. Me encanta.

—Disfruta, Bob. Esta noche tienes mi cuerpo para ti.

—¿Solo esta noche?

—Quién sabe. Me has pillado en un mal momento...

Quién podía saber qué pasaría al día siguiente. Le cogí del pelo y acompañé su cabeza con la mano otra vez hacia mi pene pero en lugar de comerlo, se apartó y me acarició los hombros torneados, los bíceps, el pecho y los pezones erectos, el tórax duro y agitado por la respiración acelerada del placer. Bob tenía también una gran erección debajo del pantalón y se lo desabrochó para liberarse de la presión, pero no se los quitó, aún no, todo a su tiempo. Continuó la exploración de mi cuerpo tan deseado por él. Acarició mis piernas, mis pies y deslizó una mano por mis nalgas jugando con el agujero de mi culo, mirándome, esperando mi reacción. No dije nada

y me metió la punta de un dedo. Sentí placer con una mezcla de dolor extraño y me aparté suavemente. Aún no estaba preparado para eso.

—Ven conmigo, Aran.

Me cogió de la mano y me condujo hasta el dormitorio. Me tiré en la cama viendo como Bob se quitaba los pantalones y el resto de su ropa quedándose totalmente desnudo frente a mí, con su rabo duro mirando hacia el techo. Mi vecino no estaba nada mal, tenía una polla bonita, pero su piel blanca y su pelo rubio no me inspiraban demasiado, me gustaban más los hombres mediterráneos, morenos y velludos.

—¿Quieres que continúe?

—Por supuesto.

Se acercó a mí y me abrió las piernas hundiendo su cara, buscando el origen de su deseo. Su lengua jugueteaba con mis testículos, los mordía, se los introducía en la boca... Y finalmente atacó de nuevo mi polla que sobresalía desde una mata de vegetación rubia, como un mástil salpicado de gruesas venas hinchadas, terminado en un capullo redondeado y sonrosado, devorándolo, succionándolo, lamiéndolo... Mis gemidos empezaron a ser cada vez más seguidos y profundos. Cuando Bob se dio cuenta de que unos impulsos sospechosos recorrían mi polla y mis testículos empequeñecían, se la sacó de la boca.

—¿Porqué te paras? Continúa, por favor.

—Tranquilo, ya voy.

Se subió encima de la cama, cogió mi verga, me puso un condón que sacó no sé de dónde, lo debía tener preparado, y se la introdujo en el culo. Le costó un poco que entrara, a pesar de lo dilatado que lo tenía, debido al tamaño, pero con un poco de lubricante lo consiguió enseguida y empezó a cabalgar.

Bob follaba muy bien, se notaba que tenía mucha más experiencia que Esteban, sus movimientos eran precisos y destinados a ofrecerme todo el placer. Sentado sobre mí, subía y bajaba para meter y sacar mi polla de su culo, para sentir en mi capullo cada nueva embestida. Bob, a cada penetración mía, gemía más intensamente hasta que, de repente, se corrió sobre mi pecho sin haberse tocado siquiera la polla mientras aceleraba la follada y yo también me corrí. Se quedó quieto, pidiéndome que no la sacara aún de dentro suyo, que quería sentir como se iba haciendo más flácida. Finalmente, con toda la pena de su corazón, se levantó, la saqué, me quité el condón y lo tiré al suelo. Estaba exhausto. Me quedé dormido enseguida y no me enteré cuando Bob salió de la habitación y se marchó a su casa.

IV

El sol ya estaba alto en el horizonte y la luz inundaba mi habitación cuando abrí un ojo, luego el otro, con pereza. Había dormido fantásticamente bien. Me incorporé un poco desorientado. Siempre me pasa cuando cambio de casa. Pero al verme desnudo encima de la cama, con todo el cuerpo dolorido, cansado, pegajoso y sucio, volví a la realidad, a lo que había pasado la noche anterior con Bob. Puse los pies en el suelo, sacudí la cabeza para despejarme y miré por la ventana abierta. El mar estaba en el mismo sitio que siempre y la playa ya estaba abarrotada de gente. ¡Vacaciones! Tenía que ducharme y bajar a la playa a echarme como un lagarto y tomar el sol. Me pasé la mano por el pecho, tenía algunos pelos pegados como si me hubiera caído un tubo de pegamento encima. Los separé y cayeron escamas blancas.

—¡Mierda! ¡Esto es leche seca! —me dije a mí mismo.

Algunos restos más se adivinaban por el estómago y en el vello púbico y pensé que me hubiera tenido que duchar después del sexo pero me había quedado completamente dormido justo después de correrme.

—¿Bob? —grité al piso por si mi vecino se había quedado a pasar la noche. No contestó nadie.

Me levanté para comprobar si estaba solo. Cogí el bóxer que tenía tirado en el suelo y me lo puse escondiendo en él una polla fea, pequeña y arrugada. El apartamento estaba vacío.

Me senté en la mesa de la cocina y me tomé un vaso de zumo. Aún tenía sueño. No acababa de reaccionar, de despertarme. Mis movimientos eran lentos y torpes. Empecé a pensar en los acontecimientos del día anterior. En veinticuatro horas había roto definitivamente la relación con Susana, había aceptado, por fin, mi homosexualidad, me había masturbado, había follado con un autoestopista desconocido que había confirmado mi sexualidad, y había terminado echando un polvo con mi amigo Bob. Demasiado sexo para mí en un solo día.

Pensé que me sentiría mal, perdido, desorientado o deprimido por todo lo pasado, por la confirmación de que soy gay, pero al contrario, me sentía muy bien, estupendamente bien, incluso diría que feliz. Sabía que mi vida cambiaría totalmente, era normal, nunca más podría ser como dos días antes de aquella mañana de verano. Ahora sería más libre, más yo y dejaría atrás máscaras, falsas actitudes y comportamientos inútiles. Por fin era yo mismo viviendo mi verdadera identidad y no una mentira.

Dejé el vaso en el lavaplatos con el espíritu renovado y fui al baño. Aún sentía las piernas cansadas de conducir pero no era nada que una buena sesión de ejercicio, una ducha y un buen desayuno no arreglara. Mientras orinaba me miré al espejo y me asusté de verme demacrado. Necesitaría también una buena dosis de crema antiojeras.

El reloj del baño marcaba las once de la mañana, así que ya no era hora para salir a correr bajo el fuerte sol de verano. Eso solo lo hacían los irresponsables, yo o iba a correr a las siete de la mañana o, si no podía, a la puesta del sol. Me fastidió no poder ir, era mi primer día de vacaciones y no podría salir a hacer una de las cosas que más me gustaba hacer allí: correr por la playa. Tuve que conformarme con unas cuantas series de abdominales y estiramientos en el banco de gimnasia y algunos ejercicios de brazos con mancuernas. Como en Santa Cana no iba a ningún gimnasio, me había montado una habitación con algunos aparatos de gimnasia, pesas, mancuernas y un balón. Cuando terminé me pasé diez minutos bajo el agua fría y al salir me sentí como nuevo, renovado totalmente.

Volví a la cocina para prepararme el desayuno, aunque a la hora que era ya se parecía más al aperitivo o, prácticamente, al almuerzo. Al ir a poner la cafetera, descubrí que la cafetera estaba preparada y había un par de rebanadas de pan en la tostadora. Seguramente lo había dejado preparado Bob antes de irse. Debía apuntarme mentalmente darle las gracias aunque no sabía si sería muy oportuno después de lo que había pasado entre nosotros. De momento no me apetecía para nada verlo, me daba miedo que sintiera que nos habíamos convertido en algo más que amigos por el solo hecho de haber follado y yo no estaba preparado para una relación con ningún hombre y menos con Robert. Pensar eso me hizo sentir un poco miserable, como si hubiera abusado de su amistad, del hecho que yo le gustaba, para volver a follar con un hombre y acabar de ratificar y confirmar mi sexualidad.

Me tomé solamente el café. De repente no tenía nada de apetito. Cogí la bolsa de la playa y no demoré por más tiempo el primer baño de sol del año.

Pasé el resto de la mañana y parte de la tarde echado en la arena como si quisiera absorberlo todo el primer día. Ya sé que no es muy bueno hacer eso pero ya estaba un poco bronceado con rayos UVA y me embadurnaba a menudo con protector solar factor 30. Tampoco quería envejecer mi piel antes de tiempo o tener algún problema de salud.

Como siempre, había ido a mi playa preferida, que no era precisamente la de delante de casa, mucho más llena de gente al encontrarse cerca del centro urbano y a la que iba si solo quería pasar poco rato. Era la pequeña cala d'en Fumeta, que se encontraba al sur, a unos cinco kilómetros de la salida del pueblo y a la que no se podía llegar más que andando o un en vehículo ligero que era como lo hacía yo con mi vieja bicicleta. La ataba a un árbol y bajaba unas escaleras practicadas en la roca de un acantilado para llegar a un pequeño triángulo de arena y grandes rocas lisas por la erosión del agua, que se adentraban en el mar. Me gustaba ese apartado rincón. Podías tomar el sol como te apeteciera, desnudo o con bañador. Y era difícil encontrar a la gente del pueblo, más conservadores. Básicamente éramos los veraneantes habituales de las capitales los que íbamos asiduamente allí. Algunos ya nos

conocíamos, otros eran turistas esporádicos. El público generalmente era joven, grupos de amigos, alguna pareja y también algunas pocas familias con niños. Ese día, sin embargo, descubrí a una pareja de chicos con las toallas muy juntas que tomaban el sol tumbados boca arriba y que, disimuladamente, se cogían de la mano. En el otro extremo de la cala, en un rincón cerca del acantilado, había algunos chicos solos. Me quedé observándolos. Desde el día anterior todo me parecía sospechoso de homosexualidad y no sabía si me estaba volviendo paranoico. Pero no. Ahora, para mí, era evidente que esos chicos estaban allí para pescar y no peces precisamente, sobretodo porque vi salir de detrás de una roca a un chico con la polla medio erecta que corría hacia el agua y al poco tiempo salía otro chico, también con el rabo morcillón, que iba a tumbarse a su toalla. Estaba muy claro lo que había pasado y que se habían encontrado allí porque no habían ido juntos a la playa, cada uno estaba solo en su sitio.

Recordé algo que me había pasado el verano anterior, un día que me puse cerca de esa roca. Un alemán quemado por el sol me pidió un cigarrillo y cuando le dije que no fumaba empezó a enrollarse con los beneficios de no fumar, en un español bastante difícil de entender. Me pareció muy pesado y me fui al agua. Al volver a mi sitio le vi hablando con otro chico que de repente le daba la espalda, ignorándolo. Me pareció raro pero no le di más importancia hasta que el alemán volvió a mí para que le ayudara a ponerse crema solar por la espalda y, estúpido de mí, lo hice. Entonces se sentó a mi lado y empezó a explicarme no sé qué. En un momento puso su mano en mi rodilla y la dejó allí. Yo lo miré extrañado y le saqué la mano al ver que no tenía ninguna intención de hacerlo. El alemán debió ver que no tenía nada que hacer y se fue. Al poco le vi pasar con otro chico hacia detrás de las rocas. No le di más importancia pero me sentí aliviado de que me dejara en paz.

En otra ocasión, pocos días después del incidente con el alemán, un muchacho de apenas dieciocho años me empezó a dar conversación preguntándome dónde vivía, qué hacía para mantener mi cuerpo en tan buena forma, y quiso tocar mis bíceps y mis abdominales para comprobar su dureza. En ese momento creí que ese chiquillo me había visto como un modelo a imitar porque tenía algún quilo de más y tampoco le di demasiada importancia aunque me hizo sentir bastante incómodo y, naturalmente, no me dejé tocar.

O cuando un italiano, con quien había intercambiado unas pocas palabras en la playa, me estuvo persiguiendo dos días por el pueblo.

Nunca había sospechado nada. Sin embargo ahora lo veía todo claro porque también estaba más atento a todo lo que pasaba a mi alrededor. Un mundo nuevo lleno de posibilidades y placeres se abría delante de mí y sentí un cosquilleo en el bajo vientre. Tenía ganas de saltar detrás de las rocas pero al mismo tiempo me daba una mezcla de vergüenza y de miedo. Nunca antes había hecho cruising y

seguramente ese no era el mejor día ni el mejor sitio para empezar a hacerlo porque ese verano pensaba ir cada día a esa playa, pero aún así tenía curiosidad.

Los dos chicos que había visto salir de detrás de las rocas se habían marchado, lo que confirmó mi teoría de que se lo habían montado allí mismo.

De repente me sentí envalentonado e hice una cosa que nunca antes se me había ocurrido hacer: pasearme desnudo por la cala. Normalmente tomaba el sol en pelotas y si quería meterme en el agua o dar una vuelta, me ponía el bañador. Me disgustaba andar totalmente en bolas sin ninguna necesidad, como veía hacer a otra gente. Pero ahora quería hacer una comprobación. Necesitaba saber si mis sospechas eran reales y lo que había observado era la verdad o solamente fruto de mi calenturienta mente. Ese día aún no me había quitado el bañador porque pensé que no sería muy aconsejable estar tantas horas el primer día en pelotas, no tenía ganas de quemarme la polla. Así que me lo quité, me puse protector solar en la polla y en el culo y, un poco turbado, me fui hasta la orilla. Fui, como quien no quiere la cosa, hasta el otro extremo de la cala, justo enfrente del rincón sospechoso y me quedé de pie mirando el mar sintiendo algunos ojos clavados en mi espalda. Me giré y caminé distraídamente, mirándome los pies. En todo momento pude comprobar lo mismo, algunas miradas directas, otras disimuladas que empezaban en el pecho y recorrían mi cuerpo para terminar en mi sexo. Nadie hizo ningún gesto ni insinuación, supongo que esperaban alguna reacción por mi parte que delatara mis ganas de buscar a un compañero sexual, pero no hice nada más que andar y jugar con la arena con los pies. Solamente un chico de aspecto árabe, con el cuerpo fibrado y sin vello, se levantó y se acercó hasta situarse casi a mi lado mirándome de reojo. Me fui un poco más lejos, hacia las rocas del acantilado y me siguió a cierta distancia. Me encaramé a una roca y salté al otro lado, fuera de la vista de la gente de la playa y me senté con los pies en el agua. Cinco segundos después lo hacía el chico árabe y se acercó quedándose a escasos centímetros de mí.

—Hola —me dijo poniendo su mano en mi hombro.

—¡Ah, hola! —hice como si me hubiera sorprendido su presencia allí.

—Estás muy bueno, amigo.

—Gracias.

—¿Te gusto?

Lo observé de la cabeza a los pies descaradamente.

—Un poco joven para mí, pero no estás nada mal tampoco.

Sonrió y deslizó la mano hasta mi pecho pellizcándome el pezón.

—¿Te apetece que juguemos un poco?

Me puse un poco nervioso y le quité suavemente la mano.

—No gracias. Hoy no, quizá otro día.

—Entonces no te gusto...

—Mira, mejor me voy —dije levantándome.

El chico alargó la mano y me cogió la polla.

—No te vayas. Deja que te la coma un poco.

—¡He dicho que no!

Le aparté la mano bruscamente pero con el gesto me dio un pequeño tirón que me dolió un poco más por la sorpresa que por el daño en sí.

—¡Joder! —exclamé.

—¡Perdona, perdona, amigo!

Me fui rápidamente hacia mi sitio. Ya había comprobado lo que quería, ya estaba totalmente seguro que no habían sido imaginaciones mías, pero la experiencia no había sido nada satisfactoria, en parte supongo que por mi culpa. Era normal que el chico al ver que me fijaba en él y me iba a un sitio apartado pensara que quería rollo. Aún así no tenía ganas de quedarme ni un minuto más en la playa a pesar de que todavía no eran ni las cinco de la tarde. Recogí mis cosas, me vestí y subí a buscar la bicicleta. Vi al chico volver a su sitio y deseé que al día siguiente no me lo encontrara porque si lo veía allí me iría a otra playa.

Cuando llegué a Santa Cana y pasé por el paseo marítimo, me llegó el horrible olor de la carne sintética y las patatas fritas artificiales del McDonald y mi estómago rugió. Entonces caí en la cuenta de que no había comido nada en todo el día. Así que, en contra de mis principios alimenticios y nutricionales, entré en el fast-food y me pedí una de pollo, la que me pareció más sana.

Me senté en la terraza llena de adolescentes chillones vestidos con bañador y la goma del calzoncillo saliéndoles por la cintura. Al principio intenté ignorarlos concentrándome en la comida pero era imposible estar mínimamente tranquilo y decidí darme prisa en comer para marcharme de allí enseguida.

En mi afán por escabullirme de esa terraza, no me di cuenta del chico que estaba sentado solo en una mesa del rincón hasta que se levantó y pasó por mi lado dejando un rastro de aroma dulzón, mezcla de maderas y frutas, un olor embriagador. Sólo pude ver su espalda, hombros anchos y cintura estrecha. Sin embargo me había quedado profundamente turbado y tuve una sensación muy extraña que recorrió todo mi cuerpo. Observé, hipnotizado, como se paró en el mostrador del local, esperando que se girara para ver su rostro cuando de repente sentí un mareo. Dejé la comida y bebí un poco de refresco con la esperanza de recuperarme, pero me entró un sudor frío y las manos empezaron a temblarme. Por un momento creí que iba a desmayarme delante de todos esos chiquillos locos y que lo único que harían sería reírse en lugar de ayudarme. Respiré hondo y me pasé un poco del hielo de la bebida por la frente y la nuca mientras cerraba los ojos intentando controlar mi respiración y mi ritmo cardíaco.

Cuando abrí los ojos, ya un poco recuperado, vi a ese chico observarme

fijamente, con cara de preocupación. Le devolví la mirada e intenté esbozar una sonrisa que no fue más que una mueca extraña. Me hizo un guiño, me dedicó una discreta y dulce sonrisa y desapareció en un segundo. Miré por dentro del local y en la calle, pero no había rastro suyo. Quizá todo había sido producto de mi imaginación porque, por un momento, me había parecido que era el mismo chico misterioso de mi fantasía de hacía un par de noches. Intenté recordar sus facciones para compararlas con las de este chico, pero sólo veía su piel pálida, los ojos de un azul intenso y el cabello negro como la noche. Sin embargo era incapaz de darle una forma, un rostro concreto.

Sentí un cosquilleo por las puntas de los dedos de las manos y me convencí de que si me mareaba de nuevo, nada impediría que esta vez me desmayara en mitad de la hamburguesería. Respiré hondo y salí de prisa dejando la comida sin terminar. Nunca más comería allí. El mareo había sido mi castigo por caer en la tentación del pecado alimenticio.

Fui directamente a casa andando y arrastrando la bicicleta, no me veía con las suficientes fuerzas como para ir montado en ella. La dejé en el aparcamiento y subí rápidamente al apartamento. Por suerte no me encontré con Bob, no tenía ganas de verlo, quería echarme un rato en la cama y descansar aunque solamente fueran las siete de la tarde.

Me dormí enseguida pero no fue un sueño reparador, estaba inquieto, y no paraba de dar vueltas por la cama. Me desperté cerca de las nueve de la noche, todo sudado y con las sábanas hechas un nudo en el suelo. Tenía el estómago revuelto. No había digerido bien las salsas de la hamburguesa y aún menos el pepinillo. Tuve el tiempo justo para ir al lavabo a vomitar.

Decidí que la cena en el «7 Mesas», uno de los mejores restaurantes del pueblo, con el que pensaba celebrar yo solo el inicio de las vacaciones, debería esperar a otro día, no tenía el cuerpo para nada. Lo único que me apetecía realmente era volver a echarme y dormir. Pero me negaba a admitir que el primer día de vacaciones había sido un fracaso y que la primera noche me quedaría en casa, así que me tomé un vaso de sal de frutas, me duché, me arreglé un poco y salí sin rumbo fijo. Quizá sólo iría a dar un paseo o, como mucho, acercarme hasta el Iris, el centro de reunión de los nativos de Santa Cana, donde encontraría algún conocido con quien charlar un rato agradablemente delante de un Vichy Catalán que acabaría de asentarme el estómago.

Las tiendas aún no habían cerrado y la gente paseaba, haciendo tiempo para la cena que en verano siempre se demoraba hasta bien entrada la noche. Me dejé llevar por el vaivén de los paseantes, mirando escaparates y cartas de restaurantes para otra ocasión. Giré por una calle lateral para dirigirme al paseo marítimo a ver los tenderetes de los hippies, cuando me pareció reconocer un perfume dulce, familiar. Lo busqué entre la gente que llenaba la calle. No lo veía pero sabía que estaba cerca.

Me abrí paso casi a codazos avanzando unos pocos metros y divisé su espalda de hombros anchos al final de la calle, a punto de perderlo de vista. El corazón me dio un vuelco y eché a correr desesperadamente en su dirección.

Estaba a punto de alcanzarle cuando noté que se hacía el silencio a mi alrededor y la gente se quedaba paralizada excepto él. De repente oí su voz directamente dentro de mi cabeza.

—Tranquilo, te veo luego.

Paré en seco, mirando su nuca con el pelo bien recortado, mientras la gente volvía a andar y la calle se llenaba del ruido de tráfico y voces. En segundos se perdió entre la multitud. No sé cuánto rato pasé allí quieto mirando el lugar vacío que había ocupado tan solo unos instantes antes. No me atrevía a moverme, necesitaba sentir la gente dándome golpes al pasar a mi lado para saber que realmente estaba vivo y que no había acabado de vivir un sueño pero todo me parecía tan irreal que empecé a sospechar que habían sido imaginaciones mías y que ese chico no había existido nunca, que era un producto de mi mente. Era imposible que fuera el mismo chico que había visto en mi baño de Barcelona. Me estaba volviendo loco o la hamburguesa del almuerzo tenía alguna cosa más que lechuga, queso y pepinillos. Quizás, pensé, algún adolescente del burger había metido algo alucinógeno en mi comida pensando que era la suya. Sí, debía de ser eso.

Finalmente conseguí despegar los pies del suelo y fui directamente hasta el Iris.

El local, con decoración modernista de principios del siglo XX, estaba casi vacío a esas horas. Pasé entre las mesas de mármol y me senté en un taburete de la barra. No había ningún conocido, ni siquiera el camarero, a quien el dueño del local, un pintoresco anciano viudo de su tercera esposa, cambiaba cada verano. Y es que igual que sus esposas, las tres ya fallecidas, sus camareros tampoco le duraban más de una temporada. Los habituales del lugar le conocíamos como El Mantis Religioso y alguno se atrevía a decir que si abrían la cámara frigorífica del sótano, encontrarían los camareros temporeros todos ordenados y clasificados por años y conservados en el congelador, al lado de sus esposas. Naturalmente eso no era cierto, pero nos hacía pasar ratos divertidos. Pregunté por él al nuevo camarero y me dijo que había salido a cenar con una amiga.

—¿Así que el viejo Mantis vuelve a atacar? —le dije con ironía.

El camarero sonrió y asintió mientras servía la bebida que le había pedido.

—Ya me han contado las historias que circulan sobre él —respondió—. Pero te aseguro que en el sótano, por no haber, no hay ni ratas.

—Con el hambre que pasan han de buscarse la vida en otro sitio. Soy Aran —le tendí la mano y la encajamos.

—Eduardo. Encantado. ¿Conoces mucho al viejo? No te había visto nunca por aquí.

—Llegué ayer. Aún no he tenido tiempo de visitar a los viejos amigos. Y veo que ninguno se ha dejado caer por aquí todavía.

—¡Ah! ¿Eres de Santa Cana?

—No, de un poco más lejos, de Canadá. ¿Por qué lo preguntas?

—¿De Canadá? Oh, vaya. No lo pareces. Hablas muy bien el castellano. Lo decía porque por aquí sólo entra la gente del pueblo, los turistas parece que huyen de este local.

Era cierto, en el Iris no entraban turistas, quizás alguno despistado, pero su aspecto viejo, a pesar de la rica decoración modernista, no les atraía y preferían ir a los nuevos locales con neones y productos destinados a su consumo, como las enormes copas de helados y fresas.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí? —le pregunté.

—Casi dos meses, la temporada completa. Después volveré al sur, a mi casa.

—Yo también trabajaba en verano para pagarme los estudios.

—¿Quieres tomar algo más? Te invito —me dijo al ver mi vaso vacío.

—No, gracias, tengo el estómago un poco revuelto.

—Eso te lo arreglo yo con una mezcla de hierbas invención de mi madre. Son mano de santo, ya verás.

Eduardo cogió algunos tarros con infusiones y mezcló varias cucharadas en una tetera. Después sacó un pequeño bote de un cajón, del que extrajo una cucharadita de hierba molida muy fina que echó también en la tetera. Puso agua hirviendo y la dejó enfrente de mí.

—Ahora déjala reposar cinco minutos antes de tomártela.

—¿Qué es? Huele muy bien.

—Básicamente lleva manzanilla, un poco de poleo-menta y el ingrediente secreto de mi madre, unas hierbas silvestres que recoge ella en el bosque de mi pueblo.

—¿De dónde eres?

Bebí un sorbo, estaba un punto salada pero con un sabor delicioso.

—De Villanueva del Rocío.

—Eso queda muy lejos. ¿Que te ha traído hasta aquí?

—El paro y ganas de vivir nuevas experiencias.

—¿Y tu novia qué dice al respecto? —me aventuré para saber de qué pie calzaba.

—Bueno... Ese es otro motivo por el que me vine... Cortó conmigo después de Navidad.

—Lo siento.

Acababa de confirmarlo, no era gay, aunque que hubiera tenido novia no quería decir nada.

—Es un tema que aún duele aquí —dijo cerrando el puño sobre el corazón.

—Lo comprendo, es duro. Aunque el tiempo pone las cosas en su sitio y el

verano aún más. Ya verás como en Santa Cana ligas un montón.

—¡De momento ni una rosca! —exclamó riendo.

—Todo se andará.

Me terminé de un trago la infusión, que me había sentado de maravilla.

—¿Qué te debo?

—Nada, hoy invita la casa. Bueno te invito yo, que si el viejo se entera... ¿Pero ya te marchas?

—Creo que sí. Es mejor que me acueste temprano y deje reposar el estómago. Mañana ya estaré mejor.

Cuando me levanté del taburete se abrió la puerta y apareció el chico del McDonald. Me miró directamente a los ojos con una amplia sonrisa y me quedé clavado en mi sitio sin poder moverme. Estaba a escasos metros de mí y pude comprobar que, efectivamente, era el mismo chico de mi fantasía. Quizá lo conocía anteriormente o lo había visto por Barcelona y mi mente, en una mala jugada del destino, lo había recuperado en un momento de lujuria. Sin embargo, su aspecto etéreo, irreal, su rostro suave y pálido, y sobre todo sus ojos de un azul tan claro, se me habrían quedado grabados a fuego en mi memoria si lo hubiera visto anteriormente. O quizá todo era producto de mi imaginación y en El Iris no había nadie más que el camarero y yo.

De nuevo sentí el mareo y el sudor frío y tuve que apoyarme en la barra.

—¿Te encuentras bien? De repente te has quedado pálido. Toma un poco de agua —me dijo Eduardo con cara de preocupación mientras me alargaba un vaso que acababa de llenar con agua del grifo, daba la vuelta a la barra y me sujetaba por el brazo.

—Muchas gracias, ya va pasando. Es el estómago. Me ha dado una patada.

—Será mejor que vayas al médico...

—No, no es nada. El niño que quiere salir —bromeé tocándome la barriga sonriendo.

—Si no pierdes el humor, ya es bueno. Perdona un momento, voy a atender a ese cliente y vuelvo.

Eduardo fue hasta la mesa donde se había sentado el chico. Miré la escena a través del espejo situado detrás de la barra con el convencimiento de que si el camarero lo veía y hablaba con él, no eran imaginaciones mías, que existía en realidad. Hizo un gesto señalando en mi dirección, Eduardo puso cara de sorpresa y asintió regresando detrás de la barra.

—¿Le conoces? —me preguntó y empezó a preparar una infusión.

—No —dije mirando disimuladamente hacia la mesa.

—Pues él a ti, sí. Pero lo más curioso es que me ha pedido una manzanilla mezclada con poleo-menta, hierbaluisa, albahaca y azúcar de laurel —su voz era casi

un susurro.

—¿Y?

—Es lo mismo que te he dado a ti. Me ha pedido la infusión especificando uno a uno todos los ingredientes... Son la receta secreta de mi madre... ¿Cómo puede conocerla y cómo sabía que tú te estás tomando una? No lo entiendo —siguió en el mismo tono confidencial.

—¿Pero qué te ha dicho exactamente?

—Sus palabras exactas han sido: «quiero lo mismo que Aran, una infusión de manzanilla mezclada con poleo-menta, hierbaluisa, albahaca y azúcar de laurel».

—¿Y no es posible que se lo hayas dicho tú?

—Solo he tenido tiempo de darle las buenas noches...

—¿Le habías visto antes?

—Creo que una vez, pero no estoy seguro. Voy a llevársela e intentaré averiguar algo.

Salió de detrás de la barra con la taza y la tetera con la infusión. Se acercó al chico, dejó el pedido e intercambiaron unas pocas palabras. El chico se sirvió la infusión, se puso azúcar y empezó a remover distraídamente mientras contestaba al camarero. En un momento levantó la cabeza, me miró directamente y sonrió mostrándome una hilera de perfectos y blancos dientes. Eduardo también me miró y volvió una vez más detrás de la barra sonriendo también.

—Evidentemente no hay nada extraño. Es de Villaociosa, que está a unos treinta y pico kilómetros de mi pueblo, en Almería, con lo cual puede conocer perfectamente la receta. Además, dice que tiene el estómago revuelto desde este mediodía. Creo que con esto queda resuelta la curiosidad.

—Sí, creo que sí —respondí—. ¿Pero cómo sabía que yo también lo tomaba? Y lo que es más importante, ¿cómo sabe mi nombre?

—No lo sé. Un chico como tú debe tener muchas admiradoras y también algunos admiradores... En fin, debo ir a atender a los clientes.

—Bien. Yo ya me voy. Y gracias por todo. Ya nos veremos.

—De acuerdo, cuídate.

Salió a tomar nota de un grupo de personas que había entrado en el bar y me levanté del taburete empujándolo hacia la barra y dándome la vuelta para ver bien al chico de ojos tristes. Levantó la cabeza y nuestras miradas coincidieron. Turbado, desvié los ojos y me dirigí a la salida. Iba a abrir la puerta cuando una mano se adelantó, cogió del tirador y la empujó hacia fuera. Sobresaltado miré atentamente esa mano de dedos finos y largos, de pianista. Subí la mirada por una muñeca ancha y por un fuerte antebrazo cubierto de un suave vello oscuro. Antes de levantar la vista ya sabía a quién pertenecía ese brazo, el aroma dulce le había delatado.

—¿No confías en mi? Te dije que nos veríamos luego. ¿Te importa que te

acompañe?

Su voz era masculina, aterciopelada y cálida, hipnotizadora.

Sentí, ahora sí, cómo se nublaba mi mente y una luz blanca invadía mis ojos. Estaba a punto de desmayarme. Necesitaba salir, que me diera el aire. No llegué a tiempo. Mis piernas fallaron y se doblaron como si fueran de papel y no aguantaran mi peso, pero antes de caer una fuerza poderosa me cogió al vuelo y me sacó fuera. Parecía no tener peso bajo el brazo del chico que me llevaba como si fuera un muñeco de trapo. Entre brumas vi la calle con unos cuantos turistas que iban en busca de algún bar de copas donde pasar el rato antes de ir a la discoteca, un perro levantando la pata en un contenedor de basura de una tienda, una gaviota volar en el cielo oscuro, un letrero de luces de neón anunciando una cerveza australiana... Lo veía todo muy claro, como en un cuadro con cada detalle pintado con el máximo rigor, y al mismo tiempo demasiado irreal.

El chico me llevó hacia el paseo marítimo y una pareja de personas mayores que pasó por nuestro lado me dedicó una mirada de desaprobación pensando que estaba afectado por una fuerte borrachera. La brisa del mar me hizo levantar la cabeza cerrando los ojos y no me di cuenta de cuándo me echaba en la arena.

Noté algo frío en la cabeza y poco a poco mis fuerzas fueron regresando.

Cuando abrí los ojos, el chico pálido estaba sentado a mi lado con sus manos heladas apoyadas en mi frente. Tenía los ojos cerrados y su cara mostraba una gran concentración. Le miré en silencio un buen rato hasta que descubrió que le miraba atentamente y me sonrió.

—Lo, lo siento. No sé qué me ha ocurrido —balbuceé.

—¡Shhh! No hables. Descansa.

—Ya estoy... Ya estoy bien. Gracias.

Intenté incorporarme, pero me obligó a echarme de nuevo y se tendió a mi lado mirando las estrellas.

—Relájate. Mira el cielo. Está precioso hoy.

Hice lo que me había dicho. Desde la playa, lejos de la luz del pueblo, el cielo parecía una tela negra salpicada por millones de diminutas gotas de luz blanca dispuestas de forma caprichosa por algún pintor juguetón. Respiré hondo y me dejé invadir por una paz acogedora. Una mano se acercó a la mía, buscó mis dedos y los cruzó con los suyos. Le dejé hacer. Me reconfortaba tener a ese chico desconocido a mi lado cogiéndome la mano. Mi corazón latía tranquilo y sentía que, por primera vez en mi vida, podría enamorarme.

No sé el tiempo que pasamos allí en silencio. Pero no era un silencio incómodo, al contrario, era como estar con alguien muy conocido, con el que a veces no es necesario hablar para estar a gusto. Estaba tan bien que no quería romper el embrujo de ese momento mágico.

Ya me encontraba lo bastante fuerte para caminar e ir hacia casa pero no quería dejar todavía a ese chico, no sin saber quién era, de dónde había salido y, sobretodo, si volvería a verlo, lo necesitaba. Me incorporé y le miré.

—Muchas gracias por ayudarme. Sin ti me hubiera desmayado y me habría caído al suelo.

—¿Estás mejor? —preguntó girando la cabeza para mirarme de frente.

—Sí, mucho mejor.

—Bien. Te quedaste muy pálido cuando te abrí la puerta. A veces el estómago da esas malas pasadas.

—¿Cómo sabes que me dolía el estómago?

—Lo vi en tus ojos.

—¿En mis ojos?

—Sí. Tienes unos ojos que son como un libro abierto, reflejan todo tu ser, todo tu interior para quien sepa leerlo.

—¿Y tú sabes?

—Sí.

—Eres un poco raro... —le dije, y me sonrió.

—Cada uno tenemos nuestras cosas. No me considero raro, quizás un poco diferente de la mayoría de la gente.

—¿Me acompañas hasta casa? —le pregunté levantándome con esfuerzo.

—Por supuesto.

—Es aquí cerca.

—Bien.

Fuimos andando por el paseo marítimo en silencio. Una multitud de turistas y veraneantes paseaban mirando los tenderetes de artesanía, de los pintores callejeros y los músicos, o simplemente dejaban pasar el tiempo antes de retirarse. Cuando llegamos a mi edificio no estaba muy seguro de qué debía hacer. Me apetecía mucho invitarle a subir pero al mismo tiempo me daba miedo que una actitud demasiado terrenal rompiera el embrujo que se había establecido entre los dos. Me apoyé en el portal y nuestras miradas se cruzaron, la mía de un azul intenso, la suya de un azul claro, casi blanco.

—Aún no sé cómo te llamas... —le dije con el corazón acelerado.

—Kazanjian.

—Qué nombre tan extraño.

—Mi abuelo era de Azerbaiyán, de un pueblo muy pequeño en el Cáucaso y me lo puso en honor a sus antepasados... Puedes llamarme Kazan, es más fácil. ¿Y Aran de dónde viene?

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Cuando algo o alguien me interesa, procuro saberlo todo.

—Entonces ya sabrás de dónde viene mi nombre.

Kazan asintió con la cabeza.

—En realidad tu nombre es Jeff pero tu madre siempre te llama Aran porque es el nombre de un valle de Catalunya, el lugar donde ella nació —dijo.

Sentí como se helaba mi sangre en las venas.

—Nadie, excepto mis padres saben eso... —conseguí balbucear.

—Ahora ya somos cuatro.

—¿Cómo has...?

—¿Te incomoda? —me cortó antes de poder acabar la pregunta.

Tardé un rato en responder. La verdad es que, aunque me asustaba un poco e incluso me inquietaba, Kazanjian, no me transmitía ninguna clase de peligro.

—No es eso exactamente. ¿Puedo serte sincero?

—Por supuesto.

—Es que has aparecido en mi vida de una forma muy extraña. Esta tarde cuando te he visto en el McDonald, he tenido la sensación de que ya te había visto antes, y no sé qué me ha pasado que me he puesto nervioso y me he mareado también. Creo que la comida me ha sentado mal. Luego, por la tarde apareces por la calle y sin mirarme me dices que nos veremos luego. Y más tarde te presentas en el bar donde yo he ido toda mi vida y pides lo mismo que yo. No sé, no entiendo qué pasa contigo... Solo hace una hora que estamos hablando y parece como si te conociera de siempre, aunque no sé nada de ti. Absolutamente nada. ¿Me lo puedes explicar? —sin pretenderlo, me había ido excitando mientras hablaba y me fui enfadando poco a poco.

—No sé si debo hacerlo aún.

—¡Oh, vamos! No me vengas con esas ahora.

—No. En serio. Aún no estoy preparado para hacerlo.

—¡Joder! ¡Qué te den con tanto misterio!

Me giré y me adentré indignado en la escalera dejándolo en el portal, a oscuras, pero cuando estaba a mitad de camino, volví a la entrada sabiendo que aún le encontraría allí.

—¿Quién eres? —pregunté a bocajarro—. ¿Y de qué puñetas me conoces?

—Ya he hablado demasiado, Aran. Piensa que sólo soy alguien que quiere tu felicidad, tu bien. Debo irme.

—¡No! ¡Espera! Tengo un montón de preguntas aún —grité. Pero Kazan ya se había dado la vuelta y se perdía por la esquina. Por un momento quise salir corriendo detrás suyo, evitar que desapareciera. Ni siquiera sabía cómo podía verlo otra vez, pero alguna cosa me impedía moverme de allí. Estuve unos minutos mirando por donde había desaparecido hasta que finalmente pude girarme y adentrarme en mi apartamento.

Me eché en la tumbona de la terraza. Había sido tan extraño todo que me costaba asimilar que estaba despierto, que no me había desmayado en mitad de la calle y que todo había sido un sueño. Pero había sido muy real. Había conocido a alguien con el extraño nombre de Kazanjian que parecía más un ángel que un humano y que había revuelto todos los cimientos de mi interior. Deseaba volver a verle, hablar con él, sentir la fuerza de sus manos, de sus abrazos, el olor de su piel y obtener las respuestas a tantas incógnitas. Pensando en él me quedé profundamente dormido.

V

La noche estuvo repleta de pesadillas. Me vi transportado a un mundo yermo, desolado, de tierra roja y cielos ocres donde unos seres de luz blanca se me acercaban para colarse en mi vida y destrozarse su meticulosidad y su orden convirtiéndola en el caos más absoluto. Entre estos seres surgía Kazanjian envuelto en una majestad espléndida. Vestía una túnica blanca y su cuerpo despedía una luz que me envolvía acariciándome. Kazan extendía la mano hacia mí y yo intentaba agarrarme a él para que los seres no me llevaran, pero no conseguía asirme, me resbalaba y me veía empujado hacia un submundo de oscuridad carmesí. Caía por un pozo sin final. De pronto sentía que alguna cosa me cogía por el cuello de la camisa y tiraba de mí hacia arriba, hacia el exterior, y cuando conseguía salir del pozo, el mundo árido y seco se había transformado en un vergel donde me esperaba Kazan con una sonrisa en los labios. Me sentía, por fin, salvado y me acercaba a él, pero Kazan estaba cada vez más lejos y por más que caminara y corriera, no me movía de mi sitio y no podía alcanzarlo jamás. Él desaparecía y me quedaba solo buscándole desesperadamente. Sintiendo un terror desmesurado al vacío y a la soledad, me echaba a llorar como un niño desorientado y perdido.

Me desperté abrazado a una toalla de playa en la tumbona de la terraza con la respiración agitada y el cuerpo bañado en sudor, a pesar de la brisa fresca del amanecer. Tardé un poco en reaccionar y darme cuenta de que estaba en casa, solo, y que todo había sido un extraño sueño, que Kazan no había existido nunca. Pero no podía ser que fuera únicamente producto de mi imaginación, había sido demasiado real, el sueño había alterado mi percepción de la realidad mezclándola con la fantasía. Kazanjian era real, tenía que serlo porque si no era así, me estaba volviendo loco.

Me levanté, me pasé agua por la cara y me miré en el espejo del baño: tenía una cara terrible, las ojeras me llegaban casi al suelo. Sin embargo ya no me dolía el estómago. Decidí aprovechar que eran poco más de las seis de la mañana para salir a correr por la playa, me iría muy bien un poco de ejercicio, al menos que madrugar me sirviera para algo.

A esas horas aún no había nadie en la playa, excepto algún rezagado que dormía la borrachera de la noche anterior, las máquinas que limpiaban la arena y algún pescador.

Fui por la playa grande y seguí por el camino de ronda que serpenteaba por la línea de la costa y llevaba hasta el siguiente pueblo. Necesitaba correr y sudar, sacar por mis poros todas las preocupaciones, las ideas absurdas, dejar mi mente en blanco, olvidar la noche pasada y los dos últimos días para poner en orden mis pensamientos y poder encarar el futuro con tranquilidad y serenidad.

Corrí durante más de una hora, hasta que las piernas empezaron a quejarse y sentí

un pequeño tirón en los muslos. Totalmente sudado, me acerqué con un suave trote a una cala aún desierta. Me desnudé y me tiré de cabeza al agua desde lo alto de una roca. El agua fría me activó la circulación de la sangre y relajó la tensión de los músculos. Nadé unos metros y cuando la orilla ya quedaba algo alejada, lancé un grito al horizonte que asustó hasta el puto tiburón de Spielberg y me reí como un loco. En ese momento me sentí más libre que nunca. No sabía qué pasaría con mi vida, pero sí sabía que nunca más sería la misma y que a partir de ese verano la viviría como me dictara el corazón, sin máscaras, sin complejos, siendo yo mismo. Para siempre. Le gustara a quien le gustara y a quien no, que le dieran.

Salí del agua feliz y me eché sobre la arena para que me tocara el sol, que ya empezaba a calentar suavemente. Me quedé dormido enseguida, relajado, aislado del mundo exterior.

No sé cuánto tiempo dormí. Me desperté sobresaltado al sentir algo frío en el pecho. Al abrir los ojos vi a Bob mirándome fijamente a escasos centímetros de mi cara.

—Buenos días, guapo. Bienvenido al mundo de los vivos.

La playa ya estaba completamente abarrotada de gente. Me incorporé y descubrí que alguien me había puesto protección solar en la cara y el pecho y la camiseta tapándome la polla. Por un segundo me sentí desorientado.

—¿Qué hora es?

—Más de las diez y media.

—¡Joder, me he quedado frito! He debido dormir unas dos horas. ¿Has sido tú?
—pregunté señalando el protector y la camiseta.

—Sí. He llegado temprano y te he visto tan dormido que no me he atrevido a despertarte, pero te he puesto la crema para el sol y cuando ha empezado a llegar gente te he tapado, primero porque se te va a quemar la polla y sería una lástima. Y lo segundo porque estás en la playa grande y aquí ya sabes que no está bien visto tomar el sol en pelotas.

—Gracias, de verdad.

Me levanté, me puse el pantalón de correr y cogí la camiseta.

—Me voy a la Fumeta. No tengo ganas de ir a casa a por la toalla y el bañador y me apetece volver a bañarme. ¿Te vienes?

—Sí, claro.

Fuimos dando un paseo hasta la cala, que a esas horas ya estaba llena de gente. Nos quedamos un momento en el camino mirando hacia la playa, parecía una exposición de cuerpos de diferentes tamaños, formas y colores. Como maniqués de escaparate de unos grandes almacenes esperando a ser adquiridos. ¿Cómo podía haber estado tan ciego en lo que respectaba a esa playa? Prácticamente todo eran chicos solos o pequeños grupos de dos o tres chicos y alguna chica mariliendre

despistada, al igual que alguna pareja mixta.

Nos situamos en un rincón, cerca de las rocas, compartiendo la toalla. Me desnudé y corrí al mar. Me sentía de nuevo en forma y con las energías renovadas. Nadé un buen rato y cuando salí tenía los dedos de las manos arrugados como una uva pasa. En la orilla sacudí la cabeza para quitarme el agua del pelo y me quedé un rato allí dejando que las olas rompieran a mis pies. Estaba totalmente desnudo pero ya no me importaba bañarme ni mostrarme así delante de la gente. Me había liberado de pudores y complejos estúpidos. Haría lo que me apeteciera en cualquier momento. Me giré y corrí hacia la toalla echándome casi encima de Bob.

—¿Está buena el agua? —me preguntó.

—Mucho.

—¿Sabes que has sido el centro de atención de un montón de miradas?

—¿Cuándo? —exclamé sorprendido.

—Ahora mismo, cuando te has sacudido el pelo al salir del mar y te has quedado allí como quién no quiere la cosa.

—¿Sí? ¿Tú crees?

—¡Joder! Más de uno se habrá ido a cascársela detrás de las rocas para bajarse el calentón que has despertado.

Miré a lo largo de la playa pero nadie parecía reparar en mí. Estaba seguro que eran imaginaciones tuyas.

—Me estás tomando el pelo —le dije.

—A la derecha. A las once en punto. Bañador hortera azul. Date la vuelta con discreción.

Un chico me observaba atentamente y, al verse descubierto, apartó la vista rápidamente en un gesto lleno de timidez. Era uno de las pocas personas que llevaba bañador y que, en verdad, era realmente feo y pasado de moda. Seguramente hacía poco que se había bañado también porque tenía el pelo mojado y brillantes gotas de agua resbalaban por su cuerpo aún pálido.

—¿Qué? ¿Tengo razón o no? —insistió Bob.

—Por uno que me mira...

—Ahora sí, pero antes tenías unos cuantos que no te quitaban ojo de encima. De todas formas si te dieras un paseo por las rocas estoy seguro que habría cola detrás tuyo.

—Podría ir a averiguarlo... —dije con un toque de picardía.

—¿Y dejarme aquí solo? ¿Te parece bonito? Si quieres te puedo hacer olvidar a cualquier puto tiparraco de esta playa.

—Perdona Bob, pero lo que pasó la otra noche entre tú y yo...

—Lo sé, lo sé —me cortó con una sonrisa—. Soy consciente de que fue un hecho puntual y que muy raramente se repetirá. Pero qué quieres que te diga, me apetecería

mucho. Te soy sincero.

—Perdóname, no quería aprovecharme de ti.

—¿Aprovecharte de mí? ¡No digas tonterías! Fui yo quién se aprovechó de ti, de tu momento de debilidad para follar contigo. ¡Venga, vete tras las rocas y deja que te coman la polla todos los maricones de esta playa!

—No seas vulgar.

—¡Corre! Ve antes de que me arrepienta y te agarre con todas mis fuerzas para que no te escapes.

—Estás loco, Bobby, pero te quiero, ¿lo sabes, no?

—¡Que te vayas, pedazo de cabrón! ¡Y no vuelvas a llamarme Bobby, no lo soporto!

Me sacó de la toalla a golpes riendo y le di un beso en la frente mientras me levantaba y salí en dirección a las rocas.

—¡Pero ponte el pantalón, mamón! No vayas enseñando la mercancía antes de hora. ¡Que se la ganen! —me gritó.

Reí con ganas y me puse el pantalón corto sacudiéndome la arena que se me había quedado pegada al cuerpo.

No sabía muy bien qué debía hacer. Me quedé de pie frente a las rocas viendo de reojo como se levantaban algunas cabezas. Por suerte no vi al chico con el que había tenido el encontronazo el día anterior y me quedé más tranquilo. Empecé a andar sin mostrar la intención de lo que pensaba hacer, no quería poner las cosas fáciles. Pasé cerca de varios chicos que me parecían bastante atractivos aunque tenía la atención fija en el chico del bañador feo y al pasar por su lado le miré directamente a los ojos sin dejar de andar. Unos metros más adelante me giré y vi que me observaba y que luego se giraba a mirar a Bob y otra vez a mí.

Llegué a las rocas y antes de saltar al otro lado, me paré y me giré. Un chico en el que no me había fijado antes, estaba de pie a pocos pasos de mí. Me miró fijamente a los ojos, pasó rozándome el brazo y se sentó en una roca. Le ignoré. Mi atención estaba en el chico del bañador. No puedo explicar por qué, porque ni siquiera tenía buen cuerpo o era atractivo, aunque me despertaba un cierto sentimiento de ternura al verlo tan desvalido sobre su toalla, con cara de querer acercarse pero no atreverse. Era evidente que esperaba a ver qué hacía yo con el chico que se me había acercado. Como no le hice caso y le miré a él, se levantó y se acercó disimuladamente. El otro chico se dio cuenta de que no tenía nada que hacer conmigo y volvió a su sitio.

Salté al otro lado donde se abría un camino que serpenteaba entre arbustos, cañizales y árboles y me adentré por él. Nunca me hubiera imaginado el mundo laberíntico que podía haber allí detrás. Miré por el túnel que formaban los árboles y me pareció tétrico, oscuro y sucio. Por un momento no supe dónde ir o qué hacer. Aquello era demasiado lúgubre, demasiado cutre.

—Perdona —dijo tímidamente una voz a mi espalda.

Sobresaltado, di un respingo. Era el chico del bañador.

—Lo siento, no quería asustarte.

—No pasa nada —balbuceé— es que me he quedado un momento sin saber... No esperaba encontrar a nadie...

—¿No esperabas encontrar a nadie? —exclamó sorprendido—. Lo siento... Habrá sido un error. Me ha parecido que me invitabas a seguirte.

Se había ruborizado mucho y le temblaba un poco la voz, incómodo. El chico se veía muy tímido y se había cortado al creerse rechazado. Supuse que le había costado mucho dar el paso de venir detrás mío y además hablarme primero y voy yo y le digo que no le esperaba. Intenté arreglarlo.

—Quiero decir que estaba distraído y me has sorprendido en este momento, pero estoy encantado de que hayas venido.

Sonrió discretamente.

—¿Sabes dónde lleva este camino? —pregunté para continuar, o mejor dicho, empezar una conversación que rompiera el hielo y no pareciera que buscaba sexo desesperadamente.

—No.

—Yo tampoco.

—¿No? —preguntó extrañado.

—No. Es la primera vez que vengo a este lado de las rocas.

—¡Oh, vaya! Pensé que...

—¿Qué ya tenía experiencia en estas cosas?

Volvió a sonrojarse y asintió con la cabeza.

—Pues no. Es la primera vez que intento hacer cruising... Si es esto lo que estoy haciendo.

—Es que con tu aspecto de... ¿Cómo puedo decirlo? —lo observé con atención esperando su dictamen—. De tío bueno que está de vueltas de todo...

—¡Joder! ¿Doy esa impresión? ¡Qué mal!

—No, quiero decir... No sé explicarme... Es que estabas con tu novio y lo dejas para venir aquí a ligar o a... Y claro... Yo... Supuse...

—No es mi novio, es sólo un amigo.

—¡Ah! Creo que ya he metido bastante la pata, mejor regreso a mi sitio. Adiós.

Intenté averiguar si su timidez era una actitud estudiada para ligar o era real porque me parecía demasiado exagerada pero era imposible que el chico pudiera ruborizarse más y pensé que sería una actitud sincera y que realmente lo estaba pasando mal. Me había adjudicado el papel de lanzado, de experimentado en ligues de cruising, del «aquí te pillo aquí te mato» pero yo estaba tanto o más nervioso y ruborizado que él, a pesar de aparentar lo contrario.

Le regalé una de mis sonrisas encantadoras con la intención de calmarle e intimar un poco más. Aunque no era mi tipo, lo encontraba demasiado joven para mi gusto y tenía una incipiente barriguita que si no cuidaba iría a más, pensé que, o bien era virgen o bien tenía muy poca experiencia con el sexo en general y eso me produjo curiosidad y excitación al mismo tiempo.

—No te vayas —le dije—. Te he visto en la playa y pensé que me gustaría conocerte un poco más. Por eso me he decidido a venir aquí. Si no hubiera sido por ti seguramente no lo hubiera hecho.

—¿Ni por este tío tan bueno que ha ido tras de ti antes?

—Ni me había fijado en él.

Bajó la cabeza mirándose los pies y jugó con la arena.

—No te creo.

—Es cierto —mentí—. Eres muy tímido. Yo también, aunque no lo parezca. ¿Te apetece que investiguemos a dónde lleva este camino? Tengo curiosidad.

Asintió con la cabeza. El camino era demasiado estrecho para ir uno al lado del otro y le dejé ir delante porque quería ver bien qué culo gastaba, aunque con el bañador tan holgado que llevaba era difícil adivinarlo.

Llegamos a una zona donde el camino se bifurcaba en dos, cogió uno cualquiera y a pocos metros, a la derecha, apareció un claro medio oculto por los arbustos. Le di un golpecito en la espalda señalándoselo y nos dirigimos hacia allí. No eramos los primeros que descubríamos el lugar, en el suelo había algunos condones y pañuelos de papel. Puse cara de asco.

—Vamos un poco más allá —dijo señalando el final del claro—. Esto es asqueroso.

Pasamos entre la hierba, que nos llegaba a la altura de las rodillas, hasta el borde de lo que parecía un bosquecillo. El chico se sentó al pie de un árbol.

—Creo que todo el lugar es igual. No sé qué encuentran viniendo aquí. Es sórdido.

Me senté a su lado y me apoyé en el árbol en silencio. No me atrevía a tocarle o a hacer nada por miedo a asustarle, aunque me moría de ganas y empezaba a tener una erección por la posibilidad de sexo inminente.

—¿Siempre tomas el sol con bañador? —pregunté por decir algo.

—Sí, ¿por?

—Bueno pues porque en esta playa parece que casi todo el mundo viene a ligar y se pasean en pelotas luciéndose. Y tú vas demasiado vestido. Quiero decir que no parece que quieras exhibirte...

—Es la primera vez que vengo y no me gusta tomar el sol desnudo. Soy muy tímido, ya sabes. No me gusta que me miren.

Solté una sonora carcajada que hizo aflorar de nuevo los colores en el rostro del

chico, que bajó la mirada.

—Lo siento —dije aún riéndome—. Lo siento... No me río de ti. Me río porque me dices que eres tímido y sin embargo has venido siguiéndome a una zona de cruising supuestamente a tener sexo conmigo, alguien que no conoces de nada. No, no creo que seas tan tímido como quieres hacer creer.

—Sí que lo soy. Ahora mismo me estoy muriendo de vergüenza —dijo con la cabeza gacha.

Apartó el rostro, ruborizado, para dar más credibilidad a su comentario, pero alguna cosa en su lenguaje corporal le contradijo y no creí que en verdad fuera el chico tímido que aparentaba ser. Me convencí de que era una actitud, un papel que en alguna otra ocasión le había ido bien para ligar con algún *macizorro* y que ahora, por alguna razón, utilizaba de nuevo conmigo.

—Ahora soy yo el que no te creo.

—Lo creas o no, lo soy —afirmó con brusquedad.

—Perdóname. Si quieres lo dejamos aquí. No pasa nada.

—¡No! Quiero continuar.

—Bien. Empecemos con buen pie entonces. Me llamo Aran —alargué la mano esperando la suya.

—David.

Las estrechamos y no me la soltó, se la llevó hacia su pecho y se acarició con ella. Tenía la piel suave y caliente. Me la dejó ir y le pellizqué un pezón, luego bajé la mano lentamente por su estómago. Yo, cuando estoy nervioso, siento escalofríos que cruzan mi barriga pero allí no había ni asomo de nervios. No noté ningún espasmo nervioso mientras le acariciaba. La única reacción evidente fue el aumento de tamaño en la zona de la entrepierna de su bañador.

—Veo que te gusta —le dije señalando su paquete.

Asintió con la cabeza y suspiró hondo. Se puso de rodillas delante mío y me besó delicadamente los pezones bajando su mano hacia mi pantalón y metiéndola debajo. Me cogió la polla y tiró de ella. Di un pequeño respingo y me incorporé un poco.

—Espera, no tan fuerte.

Me bajé el pantalón y dejé al descubierto mi polla totalmente dura.

—Es muy grande.

—No muerde, puedes tocar o lamer, si quieres —dije.

Me miró fijamente a los ojos y seguidamente se agachó para besarme la polla y lamérmela un poco torpemente. Mientras me la comía se deshizo el nudo del bañador y se lo bajó hasta las rodillas. Tenía una polla delgada y de tamaño medio que ya le babeaba. Empezó a masturbarse. Intenté tocársela para hacérselo yo pero apartó mi mano con contundencia. Le miré sorprendido pero no hice nada porque empezaba a sentirme muy excitado por su comida. Sin embargo no había pasado ni un minuto

cuando un borbotón de leche salió disparado. David se incorporó jadeando.

—Lo siento, no he podido contenerme —se disculpó poniéndose de pie.

—Ya lo veo.

—Me has puesto demasiado caliente.

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos con esto? —pregunté señalando mi polla bien dura—. Creo que le vendría bien que terminaras con lo que hacías.

—¿Es que sólo piensas en tu propio placer? —dijo de malas maneras.

Se subió el bañador y se marchó corriendo dejándome con la polla más dura que el tronco del árbol y con dos palmos de narices. No entendía nada.

Cabreado, me subí el pantalón guardándome la polla que, aunque a causa de la sorpresa casi había vuelto a su estado normal, aún estaba bastante morcillona. A lo lejos vi que David se cruzaba con el mismo chico que me había seguido en primer lugar y que le decía alguna cosa. Le dio un empujón y el otro tuvo que apoyarse en un árbol para no caer al suelo. Inmediatamente después desapareció a través de los arbustos.

Salí al camino con la intención de volver a la playa e ir corriendo al mar a refrescarme. Me dolían los huevos por la excitación y por no haber podido eyacular. El agua fresca me sentaría bien. En un recodo me di de bruces con el chico al que tanto David como yo habíamos despreciado. Me disculpé por mi torpeza e intenté continuar mi camino, pero el chico se había dado cuenta de que mi entrepierna abultaba más de lo normal y, antes de que pudiera reaccionar, me había cogido la polla por encima del pantalón.

—Esto no puede quedarse así. Deja a ese loco. No sabe lo que se pierde.

—¿Y tú sí? —le dije encarándome con cara de pocos amigos.

—Voy a descubrirlo enseguida.

Se agachó, me bajó el pantalón y se metió mi polla entera en la boca succionando con ganas. Casi me caigo de la forma que me pilló y me apoyé en un árbol dejando que me la comiera tanto como quisiera. La verdad es que el tío era un excelente mamón y mientras me la comía se masturbaba jadeando como una perra en celo.

De pronto descubrí que entre los árboles había un hombre de mediana edad mirándonos. Le miré fijamente y aguantó mi mirada bajándose el bañador, sacándose la polla y empezando a cascársela mirando como el tío me la comía. No dije nada. La situación había empezado con un loco, un cabreo y terminaba con una mamada con público, era sumamente excitante. Le hice una señal con la cabeza para que se acercara a nosotros. El hombre vino, me acarició los pezones y se agachó para comérmela también pero el chico no quiso soltar su presa y el hombre, viendo que no tenía nada que hacer, se quedó a nuestro lado mirándonos y masturbándose. Alargué la mano y le cogí la polla. Agradeció el gesto y se dejó hacer. No tardó en correrse. Me dio un beso en los labios, se subió el bañador y se marchó.

Mientras tanto el chico continuaba chupándomela con fruición y cuando noté que estaba a punto de correrme, me aparté, saqué la polla de su boca y terminé de pajearme corriéndome en su cara. El tío gimió con placer y se corrió al mismo tiempo que yo. Continué cascándomela hasta que ya no me salió ni una gota más de leche. Tenía semen mío por toda la cabeza y por todo el pecho y el estómago. Había sido una corrida espectacular.

—Joder, tío, cómo te corres, ¡qué gusto! —dijo levantándose del suelo intentando limpiarse con un pañuelo de papel.

—Podría decir lo mismo de cómo la comes.

Sonrió complacido.

—Con una polla como la tuya es fácil hacerlo con ganas. Por cierto, ¿quién era ese viejo?

—Ni idea, ya se fue.

—¿Y el chiquillo con el que estabas antes y te dejó con los huevos duros?

—¡Preguntas demasiado! —exclamé mosqueado—. Tengo que irme. Ha sido un placer.

—Espero verte otro día para dejarte probar lo que guardo aquí detrás —dijo señalándose el culo—. Por cierto, me llamo Juan.

Me di la vuelta sin contestarle, yo no esperaba encontrármelo otro día y si así era, no tenía ninguna intención de volver a follar con él. Me alejé dejándolo en mitad del camino con mi leche esparcida por su cuerpo.

En la playa busqué a David con la mirada pero el lugar que había ocupado estaba vacío. Me fui al agua a bañarme y quitarme la sensación de sexo sucio, de la saliva del tío ese en mi polla. Bob me saludó con la mano y le respondí con una sonrisa un poco amarga, más tarde, si me apetecía, ya tendría tiempo para explicarle mi primera experiencia de cruising aunque dudaba que quisiera oírla.

VI

Tumbado en la terraza de casa intentaba concentrarme en la lectura de un libro, sin éxito. Tenía demasiadas cosas en la mente, la velocidad con la que me estaban pasando las cosas ese verano no me daba tiempo a asimilarlo todo y me sentía inmerso en una espiral que me mareaba. Tenía que empezar a tomarme las cosas con un poco de más de tranquilidad, no querer vivir todo tan intensamente como si quisiera recuperar el tiempo perdido. Por un momento pensé en cerrar el apartamento, olvidarme de Santa Cana e irme al Canadá a visitar a mis padres. Quizá allí, a orillas del lago Ontario, podría relajarme. Pero sólo duró eso, un instante, no me veía pasando el verano con ellos, sobretodo mi padre, y tener que aguantar sus desplantes y comentarios sarcásticos sobre mi forma de vida. Descarté la idea porque no era la gente, ni siquiera Santa Cana, el problema era yo, y una huida no solucionaría nada. Tenía que dejar que las vivencias vinieran cómo y cuándo tuvieran que venir, no forzarlas. Aunque era más fácil pensarlo que hacerlo, como comprobaría más tarde.

De todas formas, pensé, había tomado poco la iniciativa en todo mi recorrido vital veraniego. Esteban me había ligado en la playa; Bob se me insinuó y me dejé ir; Kazanjian se me acercó él y a mí me estuvo bien; el tío de la playa me la comió sin pedírselo y David, la única persona a la que realmente había perseguido, me había dejado a medias y había resultado ser un joven especialmente raro.

Dejé el libro en el suelo y bebí un sorbo de zumo. Bob me había traído a casa en su motocicleta sin abrir la boca para nada. En la playa había intentado explicarle lo ocurrido con David pero no se interesó especialmente y desistí de hacerlo. Según Bob, mis aventuras sexuales debían quedar en el terreno de mi intimidad, no le apetecía escucharlas. Lo respeté, pero me hubiera gustado tener a alguien con quien compartir mi primera y accidentada experiencia de cruising.

La imagen de Kazanjian volvió de nuevo a mi mente, quizá con él sí que podría tener este tipo de conversación, de hecho en la playa habíamos hablado de todo y había resultado ser un gran conversador. Tenía ganas de volver a verle, en todo el día no había pensado conscientemente en él pero sí que había estado presente continuamente. Se había colado contundentemente en mi vida sin yo pretenderlo. Le había conocido en unas circunstancias, como mínimo curiosas por no decir misteriosas. Al principio parecía una aparición, una jugarreta de mi mente: una imagen de fantasía. Después fue algo real, aunque escurridizo, y la noche pasada había sido una presencia reconfortante. Habíamos compartido silencios para nada incómodos, uno al lado del otro, sin la necesidad de hablar. Las últimas horas pasadas con Kazan habían sido de las mejores de mi vida. Deseaba que no se terminaran y descubrir, asustado, que habían sido solo un sueño. Pensar en él me hizo sentir un cosquilleo en el estómago y unas ganas terribles de volver a verle.

Cené sin hambre en la cocina, con las luces apagadas y sin televisión ni radio. Me apetecía escuchar el silencio, estar conmigo mismo. Y al terminar, salí a las calles de Santa Cana con la esperanza de encontrarme de nuevo con Kazan. Sin embargo a quien encontré fue a David en el Iris.

Entré en el bar distraídamente y fui a la barra a saludar a Eduardo, el único tío que había conocido desde que estaba de vacaciones que no era gay y con quien había conectado muy bien. Me senté en un taburete y reflejado en el espejo de detrás de la barra, le vi sentado solo en una mesa del rincón vestido con ropa que le iba demasiado grande y un poco pasada de moda, igual que el bañador que había llevado por la mañana. Intenté disimular, como si no le hubiera visto, pero sentía su mirada clavada en mi nuca, así que decidí acercarme y dejar claras las cosas de una vez por todas porque lo más probable era que en un pueblo nos encontráramos muchas veces a lo largo del verano y no me apetecía tener que disimular continuamente o hacer ver que no lo conocía.

—Te veo luego, Eduardo, voy a saludar a un conocido.

—Perfecto. Hasta ahora.

Me planté delante de su mesa.

—Hola, ¿qué tal estás?

—Hola, Aran, pensé que no me querías saludar.

—No te había visto —mentí.

—No pasa nada, después de lo de la playa sería normal que no quisieras ni verme.

—¿Puedo sentarme?

Asintió con la cabeza señalando una silla a su lado. Su actitud era de humildad y vergüenza, pero había algo raro en ese chico, quizá su mirada fría o sus ojos duros que no mostraban ninguna emoción. Me estremecí, pero decidí darle un voto de confianza y me senté. Eduardo me trajo la bebida que le había pedido y la dejó sobre la mesa. Bebí un sorbo y volví a dejarla.

—Lo de esta mañana no ha sido nada, quiero decir, que no tiene importancia... — empecé aclarándome la voz.

—Para mí sí que la ha tenido.

—A todos nos ha pasado alguna vez eso de correr más rápido de lo que deseábamos. Normalmente solo son nervios o la ansiedad por quedar bien. Pero nunca me reíría por ello, al menos yo. Puedes creerme cuando te he dicho que no me había reído.

Me miró amargamente sin decir nada y después añadió:

—Creí que te burlabas de mi, y no lo soporto.

—No, para nada. Discúlpame si te di esa sensación, no era mi intención.

—No lo sé. No sé qué pensar. Lo he pasado mal todo el día por tu culpa.

—Bueno, pues no me disculpes si no quieres. Te he dicho la verdad, ahora bien, si

no me crees, no puedo hacer nada. Sólo quería decirte eso. Ahora me voy.

Hice la intención de levantarme.

—No te vayas, por favor. Podemos intentarlo de nuevo.

—Lo siento, David. No me apetece... Ya no.

—¿Podremos ser amigos al menos?

Me estaba poniendo nervioso, sentía que debía cortar cualquier intento de relación o acercamiento con ese chico, notaba que su actitud no era sincera y no me gustaba, quizá por la mañana le había visto con otros ojos, pero en la realidad de la tarde era una cosa diferente. No me daba buenas vibraciones.

—Creo que es mejor que lo dejemos aquí. La cosa no ha funcionado y ya está: tú por tu camino y yo por el mío. No pasa nada. Ya verás como encontrarás a otra persona, el verano es muy largo aún.

Levantó la cabeza para mirarme directamente con esos ojos fríos que ahora despedían chispas de fuego y rabia.

—Ya veo que tu rollo es pillar a un tío, que te la coma o follártelo y a por otro, ¿no? Y como conmigo ya has probado, no quieres repetir. Pero te prometo que si lo volvemos a intentar te dejaré hacerme lo que quieras y llegaremos al final los dos.

—Lo siento David, no me apetece en absoluto. Esta conversación ha terminado.

Me levanté y cogí mi bebida para ir a la barra. David me cogió del brazo y su rostro se convirtió en una máscara inexpresiva.

—¿Tienes a alguien en tu vida o es que no estoy lo suficientemente bueno para ti? Estaba alucinando con lo que oía.

—Me estás ofendiendo y poniendo de mala leche. No soy tan frívolo y superficial como crees y si es eso lo que piensas de mí, lo siento, nada más lejos de la realidad. Ahora suéltame.

—Perdóname. No quería ofenderte.

—Siento que la vida te haya tratado tan mal pero no lo pagues conmigo.

—Lo siento, lo siento.

Me acarició suavemente el brazo pero me solté bruscamente, su contacto me dio escalofríos y me dirigí a la barra a pagar mi consumición, quería marcharme de allí, alejarme lo más rápidamente posible.

—¿Quién es ese? —preguntó Eduardo.

—Alguien que espero no volverme a encontrar. Ya tengo bastantes quebraderos de cabeza para tener que aguantar a pirados. Me voy un rato al Londoner, ¿por qué no te pasas cuando termines de trabajar y charlamos?

—¡Eh! Gracias por la invitación, pero he quedado con una piba —susurró.

—¿De verdad? ¡Genial! Me alegro mucho por ti.

Eduardo se puso las manos en el pecho, abultándolas, imitando un pecho femenino y guiñando el ojo pícaramente.

—Entiendo. Pero no te dejes impresionar demasiado por dos tetas, es mejor averiguar lo que hay debajo.

—Eso ya vendrá luego, de momento me quedo con lo que veo a primera vista.

Sonreí y le dejé las monedas en el mostrador. Miré de reojo a David, que se había concentrado de nuevo en su vaso. No levantó la cabeza en ningún momento y lo agradecí, no tenía ganas de enfrentarme de nuevo a esos ojos fríos y duros como el acero.

Al salir del Iris ya era de noche y miré a un lado y a otro sin saber dónde ir. El mal rollo con David me había dejado el cuerpo raro y con ganas de estar solo un rato. Le había dicho a Eduardo que iría al Londoner y si hubiera aceptado la invitación, quizá me hubiera pasado, pero ahora no tenía ganas de entrar en una discoteca y aguantar música a todo volumen, bailar en un espacio reducidísimo rodeado de cuerpos sudorosos intentando hacerse un hueco en la pista... ¡Dios! ¡Me estaba haciendo viejo!

Me apetecía una cosa más tranquila. Pensé en llamar a Bob y quedar con él, pero no quería tener que hablar y fingir que me divertía, así que decidí dar un paseo a ver a dónde me llevaban mis pasos y, quizá, con un poco de suerte, me cruzaría con Kazan en alguna calle.

En el paseo marítimo, parejas de mediana edad y de ancianos paseaban distrayéndose con los tenderetes de venta ambulante de artesanía que se instalaban durante todo el verano. En la playa alguna pareja aprovechaba para hacer arrumacos entre las sombras. De repente me sentí muy solo. Todas las personas con las que me cruzaba iban acompañadas y hablaban o reían de conversaciones distendidas, de vacaciones. Me senté en un banco de cara al mar y de espaldas a los paseantes y añoré tener a alguien a mi lado, alguien especial con quien compartir secretos, alegrías y tristezas. Alguien con quien compartir las pequeñas cosas de la vida.

No sé cuánto rato estuve sentado en ese banco con la mirada perdida en la oscuridad del mar. No me podía quedar allí toda la noche, de espaldas al mundo. Si realmente quería encontrar a esa persona especial, tenía que salir a buscarla, no vendría por sí sola. Kazan lo había hecho, había aparecido en mi vida pero igual que apareció, desapareció. Él era muy especial, lo sabía, pero también sabía que no podía perseguir una quimera, un sueño, una vana esperanza. Me levanté decidido a ir a buscar. Quizá encontraría o quizá no, pero no podía quedarme esperando.

Recordé, de repente, que el año anterior, en la cola del pan había escuchado a alguien del pueblo que contaba, escandalizado, que acababan de abrir un bar para gays donde sólo se podía entrar desnudo. En su día había imaginado que era una exageración pueblerina, pero ese invierno, navegando por Internet, buscando modelos desnudos para una pintura, fui a dar con la página web de un sex-bar de Madrid donde cada día había un código de ropa distinto para entrar: un día era sin camiseta,

otro en calzoncillos e incluso algún día el código era sin nada de ropa. Quizá el bar al que se referían era de ese estilo y pensé en ir. Lo malo es que no tenía ni idea de cómo se llamaba o dónde estaba y tampoco era cuestión de preguntar en mitad de la calle a un transeúnte si conocía un bar de tíos en pelotas. Así que al final tuve que acercarme al Londoner, el único local gay-friendly declarado que conocía en Santa Cana. Quizá allí podría encontrar algún plano del pueblo con todos los locales clasificados por categorías.

Había cola para entrar y me acerqué al portero con la esperanza de que me dejara pasar hasta el vestíbulo a buscar la publicidad. No vio claro que no estuviera intentado colarme pero finalmente decidió abrir la cadena y me dejó pasar como quien perdona la vida a un perro callejero. Al pasar por su lado vi de reojo como me repasaba de arriba a abajo y me desnudaba mentalmente. Sonreí por lo bajo y entré.

En una mesa al fondo del vestíbulo había una serie de revistas, tarjetas, postales y demás tipo de publicidad. Bajo un montón de revistas encontré lo que buscaba: un plano de Santa Cana con todos los locales, bares y discotecas. Lo extendí encima de la mesa bajo una luz débil y aluciné al ver la gran cantidad que había de locales gays y lésbicos. Nunca lo hubiera imaginado. Había cinco bares, uno de ellos para chicas, dos discotecas, un hotel, una sauna y un par de zonas de cruising, una de las cuales era mi playa, la otra al final del paseo marítimo. Me concentré en los bares y lo encontré enseguida y no gracias al nombre tan vulgar que tenía, *Beach*, sino por el subtítulo *Naked and underwear parties*. Así que era cierto, existía.

Salí del Londoner con el plano en la mano, le di las gracias al portero e intercambié unas pocas palabras con él. Nunca se sabe cuándo se puede necesitar la ayuda de alguien, y quedar bien no cuesta nada. Al pasar al lado de la cola de los que esperaban para entrar vi a David con cara de aburrimiento junto un chico de su edad. Cuando nuestras miradas se cruzaron giró la cara dándome la espalda.

—Si piensas que vas a hacerme sentir mal, lo tienes claro, guapito de cara —dije en voz alta aunque sabía que no podría oírme y me marché calle abajo.

VII

El *Beach* quedaba justo al final del paseo marítimo, enfrente de una de las zonas marcadas en el plano de Santa Cana como de cruising, en un callejón donde no había ningún otro bar. Un lugar muy discreto. Buen emplazamiento, pensé, para los tímidos e inexpertos como yo.

Pasé por delante disimuladamente, como si mi atención no estuviera centrada en el bar. Antes de entrar quería asegurarme de que sería un local donde me podría sentir a gusto y que me inspirara suficiente confianza. Nunca había estado en un sex-bar y me daba un poco de apuro, pero al mismo tiempo, me provocaba mucha curiosidad y morbo.

La puerta, de madera oscura, tenía una ventana de cristal esmerilado que no dejaba ver el interior. A los lados unos carteles anunciaban fiestas y conciertos. Parecía medio cerrado o abandonado y, aunque una pequeña luz iluminaba débilmente la entrada, no se oía ningún ruido en el interior.

Fui hasta la esquina de la siguiente calle y entré en un portal abierto desde donde podía observar los posibles movimientos de la puerta del *Beach*. No tenía ganas de descubrir una vez dentro, horrorizado, que yo era el único cliente. Quería asegurarme de que había más gente y que no eran de una estética determinada que, quizá, a mí no me iba.

Durante diez minutos no ocurrió absolutamente nada en el bar. Luego vi acercarse a alguien por la calle y me sumergí en las sombras del portal esperando que no fuera algún vecino del inmueble y me encontrara allí. Cuando pasó por delante, vi que era un chico de mi edad, vestido con camiseta muy ajustada y bermudas. Saqué la cabeza y le vi ir decidido al *Beach*. Al llegar a la puerta llamó a un timbre situado al lado y cuando se oyó el ruido de un portero automático, tiró de ella y entró.

—¿Así que hay que llamar? —pensé—. Pues menos mal que he dejado que entrara alguien antes que yo, si no hubiera hecho el ridículo tirando inútilmente de la puerta.

A los dos minutos de entrar el chico, salió una pareja del bar y, riendo, se encaminaron hacia un coche aparcado allí cerca.

Era el momento, decidí. No perdía nada por entrar, si no me gustaba lo que veía, nadie me obligaba a quedarme, podía marcharme inmediatamente. Me acerqué a la puerta con el corazón acelerado y las manos sudorosas, sería mi primer local de ambiente. Un papel en un tablón de anuncios explicaba el *Dress Code* de cada día de la semana: los lunes *Underwear or naked*; los martes *Strict naked*; los miércoles *Underwear or naked*; los jueves *Naked Mask Party*; los viernes *Underwear or naked*; los sábados *Strict naked* y los domingos cerrado por descanso del personal. Por suerte, pensé, era miércoles y el código de ropa era con calzoncillos o desnudo, no

me imaginaba de buenas a primeras despelotándome para entrar en un bar. Si hubiera sido martes o jueves, no hubiera entrado, lo tenía claro.

Llamé al timbre y un zumbido en la cerradura me invitó a tirar de la puerta para abrirla. Una vez dentro, había en un pequeño vestíbulo con cortinas y cuadros de chicos ligeros de ropa, a un lado había una pequeña ventana a la altura de la cintura. Ese vestíbulo era lo que impedía ver u oír nada desde la calle. Un hombre cercano a la cincuentena, con la cabeza rapada y el torso desnudo, se asomó por la ventana, agachándose. Pensé que la cosa ya empezaba mal si el público rondaba la misma edad o la misma estética del portero. Me saludó con una gran sonrisa y en un perfecto inglés al que respondí con mi, también perfecto, inglés.

—Son diez euros la entrada —me dijo.

—¿Diez? Nunca antes había pagado por entrar en un bar.

—Sí. Es un filtro para evitar curiosos o indeseables —me aclaró al ver mi cara de sorpresa.

Era una buena garantía. Pagué.

—¿Conoces el funcionamiento del local?

—No. Es la primera vez que vengo.

—Bien. Te explico. Hay un código de ropa para acceder. Cada día uno diferente. Hoy es el día de los calzoncillos, aunque si te apetece ir en pelotas, tú mismo, muchos van desnudos. La ropa te la guardamos en el guardarropía. Está segura allí, no te hace falta llevar dinero ni nada. Con la entrada tienes una consumición incluida y si tomas algo más lo apuntamos en tu número de guardarropía y pagas a la salida. Entras y te lo pasas bien. Puedes hacer lo que quieras donde quieras pero siempre desde el respeto. Lo único que no permitimos, excepto en el baño, son los deportes acuáticos...

—¿Acuáticos? —le corté.

—Sí, ya sabes, *pissing* y todo eso. Si quieres hacerlo que sea en el baño, hay un plato de ducha destinado a ello. Y por último, si alguien te molesta o se pasa, nos lo dices. ¿Ok?

—Muy bien.

—Perfecto, entonces. ¡Ah! Si necesitas condones o lubricante los encontrarás junto a la barra o nos lo pides. Son gratuitos.

Sí que era complicada la cosa, un poco más y necesitaría un manual de instrucciones. Por un momento estuve tentado de decirle que me devolviera los diez euros y marcharme de allí, pero la curiosidad, como dicen, mató al gato y pudo más que yo.

—Adelante, sé bienvenido y disfruta mucho.

Desapareció detrás de la ventanilla y enseguida apareció delante de mí apartando una cortina negra que tapaba la entrada al bar. Pasé al otro lado y me encontré en una

sala bastante pequeña donde había una minúscula barra de bar y dos mesas altas con taburetes. En una de las mesas había un grupo de chicos, más o menos de mi edad, totalmente desnudos que charlaban y bebían tranquilamente. En la otra, una pareja de cuarentones, también desnudos y con cuerpos trabajados en el gimnasio, me miraron con curiosidad pero sin demostrar el más mínimo interés. En la barra, sentado en un taburete, otro chico charlaba animadamente con un camarero más joven que el que me había abierto la puerta y que se había instalado también tras la barra.

Si todo el bar era como esa zona, debía de ser pequeñísimo, viejo y bastante cutre, sin embargo estaba mucho más animado de lo que había previsto al entrar.

El camarero me llamó desde un rincón de la barra y me dio una percha.

—Toma. Quítate la ropa, la cuelgas y cuando estés me la das.

Me quedé con la percha en la mano sin saber muy bien qué hacer. Busqué con la mirada algún vestuario donde quitarme la ropa pero no vi nada parecido y entonces me di cuenta de lo absurdo que era tener un vestuario si quien entraba allí era para desnudarse y, acto seguido, pasearse en pelotas por todo el local, exhibiéndose. Entendí también por qué estaban aquellos tíos en la mesa de la entrada: esperaban que entrara alguien para ver como se desnudaba delante de ellos. Quizá era eso lo que les daba más morbo.

Me quité la camiseta y los pantalones, los colgué en la percha y me quedé con el bóxer y las sandalias puestas. No tenía ninguna intención de desnudarme enseguida, me hacía sentir indefenso. Y tampoco tenía ninguna intención de ir descalzo y pisar vete a saber qué. Entregué la ropa al camarero y me dio una pulsera con un número y un tique de papel para la consumición que pedí enseguida. Necesitaba entonarme un poco antes de entrar en el auténtico *Naked Bar*. Me apoyé en la barra como si no fuera la primera vez que iba y me giré mientras tomaba un sorbo del ron con lima que había pedido. Quería observar bien el funcionamiento del local antes de hacer nada, meter la pata y quedar como un palurdo. El grupo de chicos continuaba su cháchara como si estuvieran en una cafetería de la calle Mayor. La pareja de maduritos no me quitaba el ojo de encima. Uno de ellos ya estaba bien empalmado y se la estaba tocando mientras me miraba fijamente, tenía una buena herramienta. Esbocé una ligera sonrisa que no me comprometiera a nada y me giré hacia el camarero.

—¿Eres nuevo en Santa Cana? No te había visto nunca —me preguntó.

—No. De hecho hace muchos años que veraneo aquí, pero no ha sido hasta este año que me he movido por el ambiente.

—¡Ya! Se nota. Se te ve un poco cohibido.

—¿Tú crees? —exclamé.

—Sí. Piensa que tengo muchas tablas y he visto de todo. Se te ve novato en esto. Es más, y aunque vaya en contra de mi negocio tengo que decírtelo, no pareces un chico para un lugar como este.

—¿Y cómo es este sitio?

—Un lugar donde únicamente se viene a follar sin importar con quién. Y tú pareces alguien que busca algo más serio.

Me sorprendió la franqueza con que me había hablado y me hizo sentir más cómodo porque tenía razón. A pesar de intentar aparentar seguridad y aplomo, estaba cohibido. Cohibido de ir vestido únicamente con un pequeño bóxer de lycra que me marcaba todo, de estar en una sala con siete u ocho tíos en pelotas, uno de los cuales se la estaba cascando mirándome mientras se bebía una cerveza y charlaba tranquilamente con otro. Tampoco entendía muy bien el código de vestimenta. ¿Por qué era el día del *underwear* si todos iban desnudos? No pensaba quitarme el bóxer en toda la noche.

—Puede que tengas razón —le dije—, pero necesito experimentar cosas nuevas para saber si me gustan o no, ¿no crees?

El camarero levantó los brazos en actitud conciliadora.

—Ningún problema, chico, yo encantado de que estés aquí y es una lástima que tenga que trabajar porque si no te buscaba allí dentro.

Le sonreí.

Una luz situada encima de la barra bajó de intensidad y se apagó. El camarero le dio un golpecito y la bombilla chisporroteó, finalmente explotó dentro de la lámpara dejando una parte de la barra medio a oscuras.

—Vaya, voy a tener que arreglar esta lámpara antes de que tengamos algún problema más serio y nos quedemos totalmente a oscuras. Ha estado toda la semana haciendo el tonto, creo que hace un mal contacto. En fin, tú ve a divertirte tranquilamente.

Señaló un dintel tapado con otra cortina negra invitándome a cruzarlo. Lo miré sin decidirme a dar el paso, no me encontraba totalmente cómodo medio desnudo pero había ido a investigar y experimentar nuevas sensaciones, así que salté del taburete con la bebida en la mano. Al hacerlo vi que uno de los chicos del grupo de la mesa estaba mamando una polla que salía de un agujero practicado en la pared mientras sus amigos reían y le animaban a continuar. Me sentí un poco molesto pero aparté la cortina y me adentré hacia lo desconocido.

La siguiente sala era más grande que el bar e iluminada con bombillas de baja intensidad que le daban un aspecto fúnebre. A lo largo de la pared había un pequeño mostrador donde poder dejar los vasos y unos taburetes dispuestos a su alrededor. Algunos hombres estaban sentados mirando cómo dos chicos follaban en una especie de cama que había en medio de la habitación de la que colgaban unas cadenas que debían servir para atar a quien le gustara practicar el *bondage*. Otros no se limitaban sólo a mirar y se acercaban a tocar el culo o la polla de los folladores con la esperanza de ocupar su lugar.

A la izquierda un chico jadeaba apoyado de cara a la pared. No entendí qué hacía hasta que vi luz en la pared de madera y comprendí que era el que había sacado la polla por el agujero que el tío del bar se estaba comiendo.

Al fondo se abría un pasillo y fui hacia allí. Quería ver todo el local antes de situarme en un rincón. El pasillo era bastante estrecho, de tal manera que algunos tíos se quedaban allí para poder rozarse con todo el que pasara. Cuando entré, una mano fue directa a mi paquete. La aparté suavemente y continué mi camino. Un hombre estaba parado en mitad del pasillo ocupándolo casi enteramente. Me puse de espaldas a él y le pasé. Mi culo se restregó necesariamente por toda su polla y aprovechó para acariciarme la espalda mientras pasaba.

—Menos mal que voy con el bóxer puesto, si no ya tendría la polla y el culo bien sobado —pensé.

A la derecha del pasillo se abrían dos pequeñas habitaciones ocupadas por un banco cada una. Una de ellas estaba vacía y en la otra un chico le comía la polla a otro delante de un par de espectadores que se la cascaban contemplando la escena.

A la izquierda estaban los lavabos. Ahí también había hombres apoyados en la pared esperando y no precisamente para utilizarlos. Pensé que si me entraban ganas de mear me sería imposible hacerlo bajo la atenta mirada de aquellos tíos.

Al final del pasillo había otra sala, más pequeña que la anterior pero mucho más concurrida. El espectáculo que se me descubrió me dejó anonadado, pensaba que esas cosas solamente ocurrían en las películas porno. A un lado, un banco de madera estaba totalmente ocupado por una hilera de tíos cascándose los unos a otros. Enfrente, en una gran jaula, una hilera de hombres esperaban su turno para meter la polla en el culo de un tío que había dentro y que estaba agachado dejándose follar sin mirar siquiera quién se lo hacía. Cuando le tocaba el turno a uno, se acercaba, lo cogía por las nalgas y, sin previo aviso, le penetraba follándose hasta que se cansaba y se marchaba en busca de otra experiencia. Alguno llegaba al final. Follaba al tío, la sacaba y se ponía a un lado para correrse. El suelo de la jaula estaba tan húmedo como si acabaran de fregar. Me dio mucho asco porque aquello no era agua, era la suma de una cantidad indefinida de líquidos corporales de vete a saber cuántos tíos. Pero eso no era todo, en mitad de la sala, los más impacientes se follaban entre sí mientras hacían cola.

No podía entender cómo alguien se dejaba follar de esa manera tan impersonal, fría y animal, un tío detrás de otro, sin descansar, sin mirarle a la cara, sin saber nada de él o de ellos. Era una vorágine de cuerpos, pollas, culos, leche y sexo por todas partes. Estaba alucinando.

Me fui de ahí. Aún no estaba preparado para eso. Aunque, la verdad, el espectáculo me había excitado por lo morboso, por lo prohibido, por lo salvaje, por lo desinhibido.

Volví a la primera sala porque me parecía la más tranquila y la menos concurrida, aunque aquellos dos estaban follando en la cama. Iban a lo suyo, sin dejar que nadie les interfiriera. No me acerqué a nadie, no me hizo falta, muchos lo hicieron por mí. Venían, me susurraban algo al oído o, sin decir nada, me acariciaban el pecho, las piernas, y los más atrevidos, la polla por encima del bóxer. Quizás porque era nuevo y olían carne fresca o porque era el único que iba con el código correcto de vestimenta de la noche, la ropa interior. Todo el mundo en el bar iba en pelotas. Era absurdo poner esas exigencias cuando lo que querían los que iban allí era desnudarse y follar.

Pedí un segundo ron con lima y me senté en un taburete libre dejando el vaso en el mostrador y girándome de cara a la cama. Los dos que había en ella ya eran mayorcitos pero conservaban un buen cuerpo. El más joven era el pasivo. Me di cuenta que debían de ser pareja porque, aunque se dejaban tocar por todos, no intercambiaban sus papeles con nadie ni tocaban a nadie más que no fuera su compañero. Lo vi claro cuando un tío puso su polla en la boca del más joven y éste se apartó y negó con la cabeza.

Realmente el camarero tenía razón, ese no era un bar para mí, pero el ambiente que se respiraba, el sexo, la testosterona reinante, y el alcohol que había ingerido, me desinhibieron bastante. No lo suficiente para quitarme el bóxer e ir en pelotas, pero sí para dejar que mi vecino de taburete me sobara mientras yo me concentraba en la bebida y en ver cómo se lo montaba la pareja de la cama, estudiando sus movimientos, sus juegos... De repente sentí que me bajaba el calzoncillo, me sacaba la polla, que la tenía un poco morcillona, y empezaba a chupármela. Le dejé hacer. Era realmente excitante ver follar a una pareja mientras me la comían. Lo estuvo haciendo durante unos minutos hasta que me la puso a tono. Luego me la tapó de nuevo, me dio un cachete en la nalga y me sonrió como diciendo «ya tienes bastante» y se marchó en busca de otro tío, o mejor dicho, de una nueva polla. Me quedé desconcertado. De eso se trataba, de ir de flor en flor, o lo que era lo mismo, de polla en polla, de culo en culo. Acababa de aprender el juego del bar y, aunque no sabía si me gustaría participar en él, me daba mucho morbo.

Me levanté del taburete y volví al pasillo. Ya tenía controlado todo el local y más o menos los tíos que había. De vez en cuando llegaba alguien nuevo o se marchaba algún otro pero casi todas las caras ya me sonaban. Era hora de pasar a la acción o de marcharme. Yo decidía, y decidí quedarme.

En la entrada del pasillo había un tío muy alto, robusto y con piercings en los pezones, que se había colocado en un lugar estratégico para tocar y ser tocado. Cuando entré en el pasillo, me rozó el paquete. Esta vez no pasé de largo, me detuve y dejé que me tocara lo que quisiera. Lo adivinó enseguida y me metió la mano dentro del bóxer agarrándome la polla. Le pellizqué los pezones perforados por aros.

Sonrió y me apretó las nalgas con la otra mano. Le devolví la sonrisa y me alejé. No dijo nada. Ya había visto que lo normal era tocar y dejarse sobar y luego ir a por otro, cuantos más cuerpos, mejor. Acababa de entrar en el juego.

Ahora las dos habitaciones estaban ocupadas, una con la puerta abierta, la otra cerrada. Me asomé en la abierta a ver qué hacían y me acariciaron de arriba a abajo. Salí y un chico con aspecto alemán que estaba en la puerta de los lavabos me hizo una seña con la cabeza. Me acerqué, me tocó el paquete y se metió en un servicio. En realidad no era un lavabo porque no había taza, en su lugar había un taburete, un rollo de papel higiénico en su porta rollos y una cesta con condones. Entré detrás de él y cerró la puerta. Me bajó el bóxer y se agachó mostrándome su dilatado culo. Cogí un condón y me lo puse. Gimió como si le hubiera hecho la cosa más placentera cuando ni siquiera lo había penetrado aún, así que se la metí hasta el fondo sin miramientos. Entró con mucha facilidad y el tío volvió a gemir aún más fuerte. Empecé a cabalgarlo. De repente, sin esperarlo, se tiró un sonoro pedo. Me quedé helado.

—*Sorry, sorry, sorry* —se había quedado más azorado que yo.

Se apartó y salió del cuarto limpiándose el culo con papel. Me dio muchísimo asco. Me saqué el condón sucio, lo tiré a la basura y me lavé la polla y las manos en el lavabo. Cuando salí no había ni rastro del alemán en todo el bar.

Por dos veces me había quedado a medias. Tenía los huevos bien duros y empezaban a dolerme de la excitación. Ya no podía dar marcha atrás, tenía que descargar o me dolerían los cojones toda la noche y parte del día siguiente.

Fui a la sala del fondo, donde estaba la jaula. Al entrar se giraron varias cabezas en mi dirección. El tío que se dejaba follar ya no estaba, la jaula estaba vacía, pero enseguida entró un hombre mayor y se formó una hilera de un par de tíos. Un chico bajito moreno se me acercó, me cogió la mano y la llevó hasta su culo pasándola por su raja. Toqué su agujero muy dilatado. En ese momento, otro tío con un gran tatuaje en el pecho que estaba sentado en el banco, se levantó, cogió por la cintura al chico que yo estaba tocando y le penetró sin darme tiempo a apartar mi mano de su culo que tocó su polla dura y la deje allí, entre los dos, acariciándolos y notando cómo le golpeaba. Cuando se cansó me sonrió y me señaló el culo que acababa de follar invitándome a continuar yo. Me puse detrás del chico moreno, me bajé el bóxer y le penetré sin pensar que estaba en medio de una sala rodeado de tíos desnudos, cascándosela mientras me miraban follar. No sentí vergüenza ni apuro ni pudor, de hecho me encantó sentirme observado, tocado, acariciado y deseado por muchos hombres a la vez. Me daba mucho morbo y me excité como nunca antes lo había hecho. El chico del tatuaje se puso detrás de mí y me abrazó siguiendo mis movimientos, tocando mi polla y mis huevos. Si seguía de aquella manera no tardaría en correrme pero de repente fui consciente que estaba follando sin condón y saqué inmediatamente mi polla de ese culo tragón. El chico se giró y protestó. Pero yo me

deshice de él y del abrazo del tatuado y me fui de la sala. Excitado sí, inconsciente no, ya me había arriesgado demasiado.

Fui a lavarme de nuevo y al salir del lavabo me quedé en el pasillo. Al poco vino el chico moreno.

—¿Por qué te has ido? Fóllame. Quiero que me folles tú.

—No, gracias. Ahora no. Quizá luego —mentí y me alejé.

No tenía ninguna intención de volver a meter mi polla en el culo de alguien que no tenía reparo en dejarse follar sin protección por un montón de tíos en una sola noche. Ya me había quedado bastante preocupado. No insistió más.

Al final del pasillo aún estaba el macizorro peludo de los piercings y me paré a su lado, mirándolo fijamente. Él alargó la mano y me pellizcó un pezón. Yo alargué la mano y le agarré una nalga. Se le puso dura al instante, tenía una polla fantástica. Me quité el bóxer y lo dejé a un lado. Con una mano me apretaba el pezón y con la otra me cogía los huevos. Le metí un dedo en la raja del culo y le busqué el agujero. Me guiñó un ojo y con su gran mano agarró mi polla y mis huevos y tiró de mí en dirección a una de las habitaciones que estaba libre. Entramos pero no cerró la puerta, yo tampoco quería que lo hiciera, quería que todo el mundo me viera follar. Me puso un condón con una facilidad asombrosa y se agachó ofreciéndome su espectacular culo peludo. Le abrí las nalgas con la mano, le lamí el agujero, que se abrió y cerró con un espasmo, mientras le oía jadear de placer. Luego le metí un dedo y otro más, hasta un tercero, ya estaba muy dilatado. Lo cogí por la cintura y le metí la polla hasta el fondo de un golpe. Soltó un pequeño grito de dolor y se giró para mirarme sonriendo.

—Sigue así, animal —me susurró.

Tiré de los aros de sus pezones y empecé a cabalgarlo. Me gustaba ese pedazo de tío enorme y de aspecto salvaje que me había sorprendido con ese pasivazo y precioso culo tan tragón. Ese sería mi último tío de la noche, un hombre como ese no podía dejarlo escapar hasta reventarle el culo y correrme dentro de él.

Algunos tíos entraban y salían de la habitación, unos para ver qué hacíamos y excitarse con nuestra follada, otros tocaban tímidamente, y unos pocos querían apuntarse a la fiesta. Les dejé hacer a todos. No me importaba. Estaba disfrutando como un cabrón y el tío gemía a cada embestida mía. Sentía manos en mi espalda, manos en mis nalgas, manos en mi pecho, manos que bajaban por mi estómago para tocar la base de mi polla antes de que la hundiera de nuevo en el interior del culo. Otras manos iban hacia mi compañero sexual y le tocaban la polla, las nalgas o el pecho, incluso alguno se agachó para comerle el rabo pero él los apartó, concentrado en mi follada.

De repente noté que alguien me separaba nalgas y pasaba un dedo de arriba a abajo y de abajo a arriba. Al ver que yo no decía nada y que me abría un poco de

piernas para facilitar que me tocaran, el nuevo participante se puso en cuclillas y empezó la lamerme el agujero. Me sorprendió y me giré para descubrir que era el mismo tío del tatuaje en el pecho que me había cedido su puesto en el culo del chico moreno. Me miró y me guiñó un ojo sonriendo. Sonreí también y me puse mejor para que pudiera continuar su trabajo.

Estuvo un rato comiéndome el culo mientras yo continuaba follando al de los piercings. Después noté que metía la punta de un dedo en mi ensalivado agujero y lo hundía poco a poco. Gemí de dolor pero de placer al mismo tiempo y paré mis embestidas al macizorro que se giró para ver qué pasaba. Cuando descubrió que tenía al otro metiéndome un dedo, sonrió y se incorporó. Echó fuera de la habitación a otro tío que había entrado a ver qué sacaba y empezó a acariciar al del *tattoo* que ya tenía dos dedos en mi interior. Estaba que no podía más de gozo, dos tíos buenorros para mí solo. El del *tattoo*, al ver que ya no follaba al otro, me hizo doblar por la cintura y mi culo quedó totalmente expuesto a su voluntad. Nunca me habían penetrado pero en ese momento me moría de ganas de que lo hiciera, la comida que había hecho de mi culo me había excitado muchísimo y me habría podido correr aunque no me tocaran la polla.

Se puso detrás mío, se enfundó la polla en un condón y apoyó la punta en mi agujero empujando solo un poco, sin penetrarme aún.

—No me digas que tu culo es virgen —me susurró al oído en inglés.

—Sí.

—¡Qué delicia! Tranquilo, iré con cuidado.

Sonrieron los dos y empujó un poco más, la punta de su polla entró un poco. Tenía el culo lubricado con su saliva y un poco dilatado a causa de los dos dedos que me había metido antes y no le fue difícil meterme el capullo. Sentí un pinchazo en el culo y respiré hondo. Se quedó quieto esperando que mi agujero se adaptara al tamaño de su polla. Al poco ya no me dolía y empujó un poco más. De nuevo el pinchazo. Gemí. El tío de los piercings me acarició el pecho y me besó para distraer mi atención que estaba totalmente concentrada en mi trasero. Entró un poco más. Nuevo pinchazo y quemazón en mi interior, sin embargo era un dolor que empezaba a confundir con placer. Gemí de nuevo y entró un poco más. Se quedó quieto y se inclinó sobre mi espalda.

—Ya estoy totalmente dentro de ti. ¿Te gusta?

Asentí con la cabeza porque no podía hablar.

—Perfecto. Pues allá vamos.

Noté que sacaba un poco su polla y acto seguido la volvía a meter. Primero despacio, luego a más velocidad. El dolor desapareció transformándose en una especie de placer.

—¿Y yo qué? Me has abandonado, cabrón —me dijo el macizo de los piercings.

—Lo... lo... lo siento —jadeé.

—No importa. Tienes una polla deliciosa y podemos hacer más cosas con ella que únicamente ser follado, ¿no crees?

En ese momento no había nada más en el mundo que la potente polla que se abría paso en mi interior chocando contra las paredes de mis intestinos y contra mi próstata y le miré sin entender. Se agachó poniéndose debajo de mí y me sorbió la polla que había perdido parte de su excitación. Mientras me la comía, se masturbaba y se dejaba acariciar por el tatuado.

Tenía un tío follándome y a otro comiéndome la polla, ¿qué más podía pedir? ¿Un cuarto participante que me diera su polla a comer? Mi mente desvariaba. Mi placer era infinito. El de los piercings era un experto succionando mi polla y el de los *tatoos* sabía moverse como nadie. Ahora era yo quien tenía el culo a punto de reventar de dolor y de placer. No podía más.

Había un par de tíos mirándonos y pajeándose desde la puerta. Los vi de reojo cuando un chico se abrió paso entre ellos y entró en la habitación. No pude verlo bien por la poca iluminación y porque casi era incapaz de abrir los ojos a causa del gran placer que sentía. No le vi la cara pero me pareció joven, moreno, de piel pálida y con un poco de barriguita. Tenía la polla dura y se estaba tocando. Se acercó a mí y el resto de su cuerpo desapareció, sólo veía su polla, cada vez más cerca de mi boca. La apoyó en mis labios y la paseó de un lado a otro intentando que se la comiera. Pero no me apetecía meterme una polla en la boca sin ver la cara de su dueño y menos aún si pensaba que era de cualquier tío del local y que podía haber entrado en cualquier culo antes que en mi boca, así que me aparté. Él insistió y giré la cabeza. Oí que protestaba pero no le entendí.

—Si no quiere, no le follas la boca. ¿De acuerdo? —El tono del chico de los *tatoos* era tajante—. No, tú no te muevas —me dijo cuando intenté incorporarme.

El otro volvió a protestar.

—¡Lárgate! —gritó el *tatoos*.

Se marchó de la habitación insultándonos. Quise girarme para ver quién era el chico que se marchaba pero el *tatoos* cerró la puerta rápidamente y volvió a embestirme. No me esperaba esta nueva penetración y grité más por la sorpresa que por el dolor. Se agachó y me besó detrás de la oreja.

—No te preocupes. Todo está bien. Vamos a terminar, ¿te parece?

Asentí con la cabeza, no podría aguantar mucho más. Si hasta entonces había estado experimentando como un novato con el sexo homosexual, a partir de esa noche me iba a convertir en todo un experto en cualquier postura y actitud. Dos tíos para mí: uno follándome el culo, otro comiéndome la polla.

—¿Cómo estás, piercings? —preguntó.

—A punto de caramelo. ¿Y vosotros?

—Este culo de ensueño me tiene a mil. Estoy a punto de explotar.

—A mí me tenéis en el cielo. Cuando queráis lo dejo salir todo —dije.

—¡Venga, vamos pues! Es hora de correrse.

El primero en hacerlo fue el macizo de los piercings en los pezones. Lanzó un grito y su leche salió disparada por todas partes manchando el banco y el suelo. Después se corrió el del tatuaje en el pecho. Sacó la polla de mi culo, se quitó el condón y se corrió en toda mi espalda. Y finalmente yo. Jadeé y mi leche salió con fuerza y cayó en la cara y en el pecho del piercings. Fue una corrida espectacular, intensa y cuantiosa. Nos incorporamos riendo, satisfechos y exhaustos, y nos quedamos un rato sentados en la sala, charlando.

—Joder con el tío aquel, un poco más y le rompo la cara.

—¿Quién era? —pregunté.

—Ni idea, un niño. No lo había visto en toda la noche —contestó el piercings.

—Parecía que la tenía tomada contigo, te quería follar la boca como fuera —me dijo el *tatoos*.

Al rato salí de la habitación despidiéndome de los dos tiarrones y pensando en quién podía haber sido ese chico que había echado ¿Y si era Kazan? ¿Podía ser él? Me maldije por no haberme fijado en su cara. Aún no había visto a Kazan en bañador o desnudo para identificar si la incipiente barriguita o la piel pálida de ese chico eran las suyas. Sin embargo sí recordaba que me había parecido que era más joven que Kazan, pero en medio de la batalla sexual, podía haber confundido perfectamente la realidad y ver las cosas de forma diferente.

Entré en la primera sala pero ya no estaba allí. Corrí hasta el bar y tampoco. Era como si se hubiera esfumado. Pensé que quizá estaría en el baño y miré dentro, un tío meaba encima de otro pero no era él. Miré en la sala de la jaula, en el pasillo, en el bar de la entrada, en todos los rincones. Nada. Todo eran caras desconocidas mirándome con curiosidad y ni rastro de Kazan o de alguien que se le pareciera o de alguien que pareciera el chico que había querido follarme la boca.

Me di cuenta que todos me miraban cuando se me acercó el piercings y me susurró al oído:

—Vale más que te laves, tienes leche por toda la espalda.

Instintivamente me llevé la mano a los hombros y la retiré pegajosa. Me acompañó al baño y me ayudó a limpiarme pasándome un poco de papel. Se lo agradecí y fui a recuperar mi bóxer pero no lo encontré en donde lo había dejado. Miré alrededor, pero había desaparecido.

—¿Qué buscas? —me preguntó el piercings.

—Mi bóxer.

—Ya puedes darlo por perdido —respondió el *tatoos* apareciendo detrás mío—. En fin, tío, ha sido un enorme placer estar contigo.

—Lo mismo digo. Me ha encantado que me desvirgaras el culo —le dije guiñándole un ojo—. Ahora tengo que irme. Hasta otra.

—Te acompaño —dijo el piercings.

—Ok. Me jode haber perdido el bóxer y tener que salir al bar en bolas.

El piercings sonrió y me cogió por los hombros.

—No te preocupes. A nadie le va a sorprender.

En el bar recuperamos nuestra ropa y pagué la consumición de más que me había tomado. Vi que ya habían arreglado la lámpara estropeada y cambiado la bombilla.

—¿Te vas? —preguntó el camarero.

—Sí, creo que sí, no puedo más —sonreí.

—Eso quiere decir que te ha ido bien.

—Muy bien.

—Me alegro. Además veo que te vas muy bien acompañado. Que tengáis una buena noche con más sexo.

—Gracias, *bye*.

Cuando ya nos habíamos vestido y estábamos a punto de marcha, nos abrió la puerta con el mando a distancia. Salimos juntos y nos quedamos un momento delante de la puerta sin saber muy bien qué hacer, qué decir o dónde ir. Fue el piercings quien rompió el silencio.

—Me ha encantado follar contigo, primero a solas y luego con ese otro del *tatoo*... Aunque otro día me gustaría más disfrutarte con calma y sobretodo enteramente para mí solo.

—A mí también.

—Toma mi número de teléfono —me alargó una tarjeta—. Me llamas un día de estos, ¿quieres?

—Sí —cogí la tarjeta leyendo el nombre que había escrito y me la guardé en el bolsillo—. Lo haré, Jorge.

—Aunque sea solamente para ir a tomar un café. Me encantará volver a verte.

—Ahora es mejor que me vaya a casa, estoy rendido. Necesito dormir.

—La verdad es que yo también.

Nos besamos en los labios y nos separamos. Me alejé, pensativo, hacia el paseo.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —me gritó desde la esquina.

—Aran.

—Un placer, Aran. ¡Nos vemos!

Abrió un coche con el mando a distancia, entró y se alejó a toda velocidad.

Un gran tipo, pensé. Me había gustado mucho, era un buen follador y tenía un cuerpo de ensueño, todo en su justa medida, pero no sabía si le llamaría nunca. No podía quitarme de la cabeza la idea absurda de que el chico que había rechazado era Kazanjian... ¿Pero por qué esa brusquedad, esta violencia? Kazan podría conseguir

lo que quisiera de mí con solo pedírmelo.

Llegué a casa rendido, con las fuerzas escasas para ducharme y acostarme. Estaba muerto de sueño, pero me costó una eternidad dormirme.

VIII

Me despertó el sonido de la recepción de un mensaje en el móvil al mismo tiempo que sonaba el timbre de la puerta. Abrí los ojos sin saber muy bien dónde me encontraba. El despertador marcaba la una y veinte del mediodía. Cogí el teléfono. El icono con el sobre parpadeaba en la pantalla. Pulsé las teclas para leerlo.

«*T areptiras x todo lo k no me as echo*»

En los detalles del mensaje salía la identidad oculta y que había sido enviado a las 5 de la mañana. Intenté pensar con claridad pero las ideas se me agolpaban en la cabeza y no conseguía discernir nada. Lo único que pensé fue en qué manía tenía la gente de comerse las haches en los SMS, tantas patadas al diccionario no eran buenas. No le di más importancia y lo borré.

El timbre de la puerta volvió a sonar insistentemente. Me había olvidado de que también habían llamado. A duras penas conseguí ponerme en pie y acercarme a la puerta. Miré por la mirilla. Al otro lado un Bob con semblante grave se impacientaba esperando. Abrí y sin decirle nada me dirigí hacia al baño.

—¡No te vayas, no! —me gritó sujetándome por el brazo.

—Bob, ahora no. Estoy muerto y me estoy meando...

—¡Déjate de tonterías! ¡Pero mi niño! ¿Se puede saber en qué puñetas estabas pensando?

Me solté de malas maneras y entré en el lavabo. Me siguió. Levanté la tapa y descargué la vejiga sin importarme que Bob estuviera mirándome.

—¿Se puede saber qué haces? —Insistió.

—Mear. ¿No lo ves? —Gruñí.

—¡Me refiero a lo que has hecho esta noche!

—¿Esta noche?

Qué lejos me quedaba la noche, parecía otra vida, otro mundo. Me sacudí la polla y me subí el pantalón corto.

—¿A qué te refieres? No te entiendo. ¡Habla claro que no tengo la mente para adivinanzas!

—No me extraña. Es que estoy convencido que ibas borracho, si no no me lo explico...

—¿Puedes decir de una puta vez qué pasa o irte a tomar por culo a tu casa?

Nunca me ha gustado que me despierten y menos que intenten darme conversación o me vengán con tonterías cuando aún no tengo la mente totalmente despejada.

—Te vieron anoche en el *Beach*... Follando con un montón de tíos...

Me despejé de golpe y miré a Bob fijamente a los ojos aún sin entender qué tenía eso de grave si no fuera porque no le había dicho a nadie que iba a ese local y aún menos a él.

—No fueron un montón, sólo cinco, creo. A ver, espera. Primero el alemán del pedo, luego el pequeñajo moreno...

—¡Por favor! —me interrumpió—. ¡No me lo cuentes, no quiero saberlo!

—Entonces por qué preguntas. No entiendo nada, Bob.

—Vamos a ver —levantó las manos en actitud de calma y suspiró hondo—. Sé que hace muy poco que has descubierto que lo que te va son los tíos y que quieres recuperar el tiempo perdido, pero de eso a irte al *Beach* y ponerte a follar con cualquiera como una puta...

—Bueno, ¿qué tiene de malo? Tomé precauciones. No hice daño a nadie. Es que no te entiendo.

—Deja que te lo explique. Esto, aunque es una población costera y en verano está llena de turistas, no deja de ser un pueblo y a los pueblos les gustan los chismes y cotilleos. ¿No quieres saber cómo me he enterado de que fuiste al *Beach*?

—Me lo dirás de todas formas. Voy a hacerme un café mientras tanto.

Fui a la cocina seguido de Bob y enchufé la Nespresso.

—Sí, claro que sí. ¡Me lo ha dicho la quiosquera!

—¿Doña Elvira?

—La misma.

—Y cómo coño lo sabe ella, ¿estuvo allí también? —dije en tono de guasa dando un sorbo al café.

—Joder, Aran. Esto es serio, si quieres que te respeten. ¿Qué chico crees que se acercará a ti ahora? Todos creerán que eres un promiscuo que sólo buscas sexo guarro. De usar y tirar. Ni en la playa se te acercarán.

—Exageras. Además, quizá es eso lo que busco realmente. ¿No te has parado a pensarlo?

—No te creo, Aran. Ni tú sabes lo que quieres. Tú no eres así, te conozco mejor de lo que crees, incluso mejor que tú mismo. Lo que realmente buscas es a alguien que te quiera y con actitudes como la de anoche no lo encontrarás en Santa Cana y menos este año.

Ya está, ya lo había soltado. Así que era eso. Interiormente me reí. Me importaba bien poco si encontraba el hombre de mi vida en Santa Cana ese mismo verano. No buscaba el amor o eso creía. De momento lo único que me importaba era el sexo, aprovechar el tiempo perdido y ver una gran variedad de hombres desnudos. Probar todo lo que me apeteciera, cuando me apeteciera y con quien me apeteciera. Aunque Kazanjian... Él era diferente, despertaba alguna cosa en mi, alguna cosa que nunca hubiera creído poder sentir.

—Bob, no tengo ninguna intención de enamorarme en Santa Cana.

—No puedo contigo. En fin, ya te he dicho lo que tenía que decirte. Ahora tú mismo, haz lo que quieras. Vuelve al *Beach* si es eso lo que quieres, lo que te hace feliz.

Dejó caer las manos rindiéndose y se giró para marcharse.

—¿Me dirás cómo lo sabía doña Elvira? —pregunté cuando estaba a punto de salir. Regresó a la cocina.

—Vaya, ¿quieres saberlo?

Asentí con la cabeza poniendo cara de responsabilidad y seriedad.

—Pues se lo ha dicho el dueño del Iris cuando ha ido a buscar los periódicos.

—¿El Mantis? ¿Y él cómo lo sabe?

Había conseguido interesarme, el cotilleo parecía haberse extendido más de lo que pensaba.

—Por su hijo.

—¿Matías?

—El mismo.

—¿Y cómo lo sabe Matías?

—Anoche fue al *Beach*.

—¿Matías es gay? ¡Me dejas muerto! ¿Pero no tiene mujer y cuatro hijos y va cada domingo a misa?

—Es lampista.

—¿Lampista? ¿Y qué tiene eso que ver?

—Que ayer le llamaron para una urgencia en el *Beach* para arreglar no sé qué y tuvo que entrar dentro a arreglar el algo de los diferenciales. Fue entonces cuando te vio.

Recordé la bombilla que explotó en la barra del bar y que cuando me marché ya funcionaba de nuevo.

—¡Joder! —Exclamé sentándome en la mesa de la cocina.

—¿Qué? ¿Ves ahora cómo funciona Santa Cana? Y ya sabes la oposición que hubo el año pasado por parte de la liga por la decencia de la parroquia cuando inauguraron el bar. El pueblo entero chismorreará sobre esto. Hace muchos años que vienes aquí y eres muy conocido porque siempre has participado en la organización de la fiesta mayor...

—¿Crees que me pondrán problemas este año? —pregunté abatido.

—Posiblemente. Matías forma parte de la comisión.

—Bueno, no es ningún drama. Sobreviviré. Aunque me jode que me puedan discriminar por eso.

—Bienvenido a la cara amarga del mundo gay. No todo es de color de rosa, fiesta y sexo. Hay rechazo, discriminación, agresiones, homofobia...

—¿Qué crees que puedo hacer?

—Nada. Durará unos días, te señalarán por la calle, murmurarán a tus espaldas y algunas personas te retirarán el saludo. Luego saldrá un tema nuevo, otro escándalo, y se olvidarán de ti.

Me quedé pensativo un buen rato. Bob se había preparado un café y se había sentado a mi lado dejando caer su mano sobre mi rodilla.

—En fin —exclamé—, lo hecho, hecho está y no puede cambiarse. Ayer me lo pasé genial y no me arrepiento de nada en absoluto, así que si quieren cuchichear y dejar de hablarme es su problema. En septiembre volveré a Barcelona, a mi vida, a la que realmente me importa.

—¿Cómo es?

—¿El qué, Barcelona, mi vida?

—¡No, imbécil, el *Beach*!

—¡Ah! Lo más cutre y sórdido que puedas imaginarte... ¡Me encantó!

Bob explotó en una carcajada y me sumé a él. Nos reímos hasta que nos dolió el estómago y la mandíbula.

—Tienes que contármelo todo —me pidió Bob.

—Luego, ahora vayamos a la playa.

—¡Ah, no! Para que me dejes tirado mientras tú te vas al bosquecillo a follar como un loco, no.

—Joder, Bob. No me voy a pasar la vida follando. Sólo quiero tomar el sol, estar un rato tranquilo y descansar. Además, ya tuve bastante anoche y según tú no voy a ligar nunca más allí.

Esa mañana cumplí lo que le había dicho y, aunque fuimos a la cala d'en Fumeta y había algunos ejemplares de machos muy apetecibles, no me levanté de mi toalla más que para ir a nadar o al chiringuito a comprar bebida. También aproveché para contarle a Bob lo que había hecho la noche anterior, con toda clase de pelos y señales, sobretodo pelos. Pero, además, también le expliqué lo que me había pasado desde que tuve la pelea con Susana y empecé a pensar en lo que me había dicho, o más bien en sus acusaciones, y la confirmación a las sospechas que tenía de mí mismo desde hacía tantos años, pero que nunca me había atrevido a aceptar porque, simplemente, aún no había llegado mi momento, el momento en que estuviera preparado para asumir mi condición sexual.

Le hablé también de Esteban, de Eduardo, de David y, sobretodo, de Kazanjian, de cómo imaginaba que era el mismo chico que había visto en mi fantasía en mi cuarto de baño sin siquiera conocerlo aún, en cómo me había asaltado por la calle y en cómo se había apoderado de mi pensamiento, de mi ser, de mi corazón.

—Quizá es tu destino —dijo Bob.

—¿Mi destino? —No entendía—. ¿El caos en el que se ha convertido mi vida esta

última semana es mi destino?

—Hablo de Kazan. A veces pasan estas cosas: en tu mente ves la cara de alguien a quien no conoces, simplemente porque es un aviso del destino que te está advirtiéndote que pronto conocerás a alguien especial, a ese ser que transformará tu vida...

—No creo en esas cosas —le interrumpí.

—No quiero decir que en tu fantasía le vieras a él exactamente, si no a alguien que se le parecía y que cuando conociste a Kazanjian vino a tu mente la visión y juntaste las dos cosas.

—O sea que vi a mi modelo de hombre perfecto y cuando me crucé con Kazan, vi que era la representación de ese modelo y quedé prendado de él...

—Más o menos. Eso es lo que intentaba decirte.

—Pero entonces, ¿cómo explicas que él me conociera y se acercara a mí? Te recuerdo que fue él. Yo no di ningún paso, simplemente me lo encontré.

—No lo sé, Aran. Tú eres un tipo que se hace mirar. Quizá te viera antes, el verano pasado, y con un poco de astucia, preguntando aquí y allí, es fácil saber tu identidad.

—¡Ni que fuera un famoso de la tele!

—De la tele no, pero en el pueblo eres bastante conocido. Una pequeña celebridad local.

—¡Anda ya!

—Eres el pintor de Barcelona y sales en Google. Te conocen. Aunque tú a ellos no.

Me quedé pensativo. Aún me sorprende que, por mi afición, sea un poco conocido y tenga cierto éxito. Me gusta pintar desde que era bien pequeño y lo hago bien, por eso mis padres me matricularon en la escuela de Bellas Artes de Ajax. Aunque yo quería hacer empresariales y alterné esta carrera con la de Bellas Artes. Nunca pensé en dedicarme a la pintura profesionalmente aunque se me daba bien, hacía algunas exposiciones y vendía unos cuantos cuadros. Si lo convierto en un trabajo, dejará de ser algo agradable para transformarse en rutina y con la pintura no quiero que me pase eso. Para mí era, y es, solamente un hobby, un pasatiempo que me llena, que me relaja y que me hace feliz cuando veo que gusta a la gente, que les transmite alguna sensación, aunque no sea exactamente la que yo quería transmitir. Y naturalmente también me gusta cuando recibo alguna buena crítica en los periódicos. Pero no puedo evitar sorprenderme de ser un poco conocido, aunque sea únicamente en los círculos artísticos.

—Puede que tengas razón, Bob. Ahora estaba pensando que, en cuanto creí ver a Kazan en mi fantasía, debería haberlo dibujado para confirmar si es él o no. Pero no lo hice, no le di más importancia, era sólo una fantasía.

—Hubiera estado bien poder comparar. En fin, tienes que presentármelo.

—No sé si volveré a verlo. ¿Y si era el chico del *Beach* y no quiere saber nada más de mí?

—¡Ah, Aran! Estás paranoico. ¿Cómo iba a ser él? Lo hubieras reconocido. Además, si estaba en el *Beach*, iba para lo mismo que tu: follar como un loco. Así que, cuando te vea, que no te venga con remilgos y se escandalice. Si lo hace, es un hipócrita y no vale la pena que pierdas el tiempo con él para nada. Venga, vamos a bañarnos.

Bob tenía razón. Sin darme cuenta me sentí muy cerca de mi vecino y descubrí que, quizá, era el único y verdadero amigo que tenía y no me había comportado nada bien con él. Era un tío genial que se merecía lo mejor del mundo. Estaba enamorado o encaprichado de mí y aún así me daba consejos y ánimos sobre mis amores. Se merecía encontrar a alguien que le quisiera de verdad y que le hiciera totalmente feliz.

Regresamos de la playa a media tarde y como ninguno de los dos habíamos almorzado, nos preparamos una suculenta merienda-cena en casa que se alargó hasta que empezó a caer la tarde y se encendieron todas las luces de Santa Cana. Fue una tarde tan agradable como lo había sido la mañana, charlando, descansando, un poco de siesta y un mucho de tumbados en las hamacas mirando al tendido sin necesidad de hacer nada mientras en la mesa se aburrían los platos y los cubiertos con las sobras de la comida.

—Son casi las diez de la noche —dije mirando el reloj—. Tengo que hacer una cosa si quiero vivir tranquilo en este pueblo lo que queda de verano.

—¿El qué?

—Enfrentarme a la comisión de fiestas y ver cuál es su actitud respecto a mí.

—¿Hoy? ¿Ahora?

—Sí. Se reúnen a las diez en el local social de la parroquia y ya tendría que haber ido hace días a saludarlos. Hoy con más razón aún. Tengo que agarrar el toro por los cuernos.

—Te acompaño.

—No, Bob. Es algo que debo hacer solo.

—De acuerdo, pero si cuando regreses a casa quieres hablar, llámame. Sea la hora que sea.

—Lo haré.

Salí a la calle en dirección a la iglesia con un malestar general en todo el cuerpo. Me notaba los nervios haciendo una juerga bestial en el estómago. No quería estar nervioso, pero no podía evitarlo, aunque intentaría por todos los medios que no se me notara. Entraría, como hacía cada año, saludando a todo el mundo muy cordialmente, besos y encajadas de mano y después ya vería la actitud de la gente. Estaba

convencido de que yo sería el primer tema de conversación de la noche, por eso si llegaba un poco tarde no pasaba nada. No fui directamente al local, di un pequeño rodeo para tomarme un café en el Iris.

Allí estaba Eduardo, como siempre detrás de la barra. Al verme me saludó con una sonrisa y me dio la mano.

—¡Olé tus huevos! —me soltó.

—¿Por qué dices eso? —pregunté como si no supiera de qué iba—. ¿Me pones un café?

—Niño, no sabía esto tuyo pero los tienes bien puestos. Nadie del pueblo se hubiera atrevido a ir allí y dejarse ver.

Dejó la taza de café en la barra delante mío.

—Eduardo, dos cosas. Primera, es mi vida y con ella hago lo que me sale de los cojones. Segunda, no fui allí para exhibirme y si quien me vio lo ha hecho público tiene muy mala leche porque cosas así se las queda uno para sí mismo.

—Di que sí, tío. No te enfades, estoy contigo. Pero creo que te has buscado una serie de problemas innecesarios con toda esta peña...

—¡Que les den por culo! —le interrumpí—. Estoy seguro de que muchos de ellos, tan casados y tan de misa, van al puticlub de la carretera nacional. Pero claro, follarse a una puta hace macho, ¿no? Y follarse un culo o dejarse comer la polla es de maricones, ¿no? ¡Vamos, no me jodan con tanta hipocresía! Mira, Eduardo, desde esta mañana aún no he visto a nadie del pueblo, pero al primero que me diga algo fuera de tono me lo como. No saben con quién han dado y estoy de muy mala leche.

—Aran, yo no soy gay ni entiendo mucho de esas cosas. Soy de pueblo y bastante clásico, conservador o como quieras llamarlo, pero respeto a todas las personas por lo que son y por cómo son, no por con quien se acuestan. Puedes estar seguro de que tienes todo mi apoyo.

—Gracias, Eduardo. Te lo agradezco mucho, porque ahora voy a la comisión de la fiesta mayor y no sé qué voy a encontrarme.

—¡Joder! Si ya te digo que los tienes muy bien puestos. ¿No es mejor que vayas la semana que viene? Nadie se acordará ya de este episodio.

—No. Cuanto antes lo ataje, mejor.

Me despedí de Eduardo y salí del Iris con el sabor amargo del café en la boca y deseando encontrarme a Kazanjian para que me llevara lejos de allí. Pero, por otro lado, también me daba miedo encontrarle y tener que enfrentarme a su mirada, a sus ojos claros por temor a que pudiera leer en ellos un reproche.

La puerta de la sacristía estaba entornada, como siempre que había reunión. Dentro, las luces encendidas y el rumor de voces delataban que la comisión estaba en pleno auge. Respiré hondo, alejé los temores y los nervios de mí, esboqué una falsa sonrisa con la que entré y recorrí el par de metros de pasillo con las manos en los

bolsillos en actitud de seguridad en mí mismo. Me quedé de pie en el dintel de la puerta.

—Buenas noches —saludé.

La sala donde se reunía periódicamente la comisión no era muy grande. El capellán de Santa Cana la cedía gratuitamente y tenía algunos armarios donde poder guardar la documentación sin tener que llevarla arriba y abajo continuamente. En el centro había una gran mesa de reuniones con una docena de sillas a su alrededor. Esa noche más de la mitad de ellas estaban ocupadas. Matías daba voces intentando imponer su criterio. A su lado, Margarita, su mujer, callaba dándole la razón. Las otras personas que había las conocía a todas excepto a un chiquillo joven. Lola, una encantadora psicóloga un poco hippy, con quien sintonizaba muy bien; Lucas, asistente social y un poco pagado de sí mismo; José, el más conservador y respetuoso con todas las tradiciones folclóricas pueblerinas sancaneras; Jorge, dueño de los supermercados más importantes y quien ponía gran parte del dinero para sufragar los gastos de las fiestas; y Juan, arquitecto atolondrado que vivía un poco en su mundo de fantasía.

Cuando saludé se cortaron en seco las conversaciones y todas las miradas se clavaron en mí. Había causado el efecto esperado. No desdibujé la sonrisa de mi rostro y me adelanté hasta la mesa para dar un par de besos a Lola, la única que sabía que no me defraudaría.

—¡Mi niño! Había oído que llegaste. ¿Pero por qué no has venido a saludarme antes? Eres un poco malo.

—He estado muy liado, guapa. ¿Todo bien?

—Muy bien. Tu también, ¿no, pillín?

Di la vuelta a la mesa, sonriendo por el comentario de Lola, para encajar la mano con Juan que me saludó tan normal, seguro que no se había enterado de nada. Jorge me miró un poco raro pero alargó la mano educadamente. Lucas hizo lo mismo. El chico joven no tenía ni idea de quién era yo y se limitó a saludar con la cabeza. Luego besé a Margarita que me puso la mejilla sin hacer el gesto de devolverme el beso y, finalmente, me enfrenté a Matías. La verdad es que me daba mucho apuro estar delante suyo después de que la noche anterior me había visto desnudo, con el rabo tieso enculando a un tío, pero no quise pensar en ello y le alargué la mano. No respondió a mi saludo y me quedé con la mano tendida, esperando. Finalmente me encogí de hombros y me senté en una silla libre.

—¿Cómo tienes la desfachatez de venir aquí? —me soltó Matías.

Su voz denotaba odio y asco a la vez. Pero no me dejaría intimidar. No por él.

—¡Ay! ¿Por qué lo dices? ¿No vengo cada verano a la comisión? ¿Por qué iba a ser diferente este año? —sonreí mirando a Lola buscando una aliada.

—¡Ya sabes por qué lo digo! ¿Cómo te atreves a venir después de lo de anoche?

—¿Qué pasó anoche, Matías? Cuéntamelo porque yo no lo sé —dije con cierto sarcasmo.

—¡Claro que lo sabes! —Gritó desencajado por mi frialdad.

—No, no lo sé y quiero oírlo aquí, delante de todos.

—¿Quieres que te lo diga aquí, en la casa del Señor?

—Si has sido bueno para ir con el chisme por todo el pueblo, serás bueno para decírmelo a la cara, ¿no?

Los otros nos miraban expectantes. Lola intentó decir algo, pero le dirigí una dura mirada que significaba que ahora no era el momento de entrar en la lidia. El chiquillo no entendía nada de lo que sucedía y nos miraba sorprendido.

—Venga, quiero oír por qué no debería haber venido.

—Porqué es una vergüenza que alguien como tú esté en la comisión de las fiestas donde hay niños.

—¿Alguien como yo? ¿Qué pasa, te da miedo llamar las cosas por su nombre? Te da miedo llamarme maricón, ¿eh? Porque es eso de lo que se trata. ¿Es eso, no? ¿No? —insistía forzándolo a decir lo que pensaba en realidad.

—¡Sí, es eso! Los maricones deberíais quedaros en vuestra casa lejos de la gente decente... —escupió rabioso.

—¡Vale! ¡Ya lo ha dicho el señor! —exclamé levantándome de la silla—. ¡Ése es el problema! Pero es tu problema. ¿Y sabes qué te digo? Que te metas tu comisión de fiestas y tu hipocresía por el culo porque tú y yo sabemos quién es el hipócrita y el degenerado, ¿eh? ¿O quieres que me ponga a contar públicamente tus miserias?

Margarita, la mujer de Matías, reaccionó a mi comentario, porque tanto ella como yo sabíamos que su marido era un habitual del prostíbulo de las afueras de Santa Cana, pero no me iba a rebajar a su nivel. Era un farol como amenaza pero sólo pensar que yo podía saber algo y podía hacerlo público, hizo que Matías se hundiera en su silla y se callara mirándome con los ojos llenos de rabia y odio.

—¿De qué está hablando, Matías? —preguntó Margarita en un intento de recuperar la compostura y salvaguardar su reputación.

—¡De nada! —gritó Matías.

—Discúlpame, Margarita, era una forma de hablar, no estoy insinuando nada —ya tenía bastante con lo suyo, no quería echar más leña al fuego y me sabía mal por ella—. En fin, señores, Lola, como veo que aquí no soy bien recibido, me voy y no tengo ninguna intención de volver. Y sí, es cierto el rumor que ha ido haciendo público Matías, ayer me vieron follando con un par de hombres. Soy así, maricón, y estoy muy orgulloso de serlo y a quien no le guste es su problema, no el mío. Además, me lo pasé muy bien.

Hice una pausa teatral para mirarles a todos a los ojos. Los hombres desviaron la mirada, incómodos. Matías había palidecido y le temblaba el labio inferior del miedo

que había pasado y que estuviera a punto de decir en voz alta delante de todo el mundo que era un putero, pero como no lo había hecho, le había descolocado totalmente.

—Bien. Eso es todo. Si queréis saber algo más, preguntadme directamente, no hace falta que vaya nadie cuchicheando a mis espaldas, porque no pienso encerrarme en casa ni en ningún sitio como le gustaría a Matías y a un montón de gente como él. Por ahí no pienso pasar. Estamos en un país libre y todos somos iguales ante la ley. Te guste o no, Matías. En fin, os dejo para que podáis continuar con la reunión, que la fiesta está al caer y tenéis mucho trabajo para hacer. Buenas noches.

Lola me lanzó un beso, me guiñó un ojo y se levantó de su asiento.

—Aran, espera. Si tú te vas, esta comisión ya no tiene interés para mí. Me voy contigo. Aquí os quedáis, atajo de carcamales.

Salimos a la calle a respirar aire limpio y puro. Una vez en la plaza, me temblaban las piernas. Todo yo temblaba como un flan.

—Gracias por tu apoyo, Lola. Ahora necesito tomar algo fuerte, se me ha esfumado la fachada de seguridad y aplomo que he mostrado allí dentro.

Lola se rió y me cogió con fuerza del brazo.

—Vamos al Iris a tomarnos unos whiskys —me propuso—. No sé a quién habrá salido Matías, porque el carcamal de su padre es completamente diferente.

—Sí, cierto, pero tiempo le ha faltado al Mantis para ir con el cotilleo a Elvira y vete tú a saber a quién más. ¿Tú lo sabías?

—Matías se ha encargado de contarle antes de empezar la reunión, pero la verdad es que me había enterado en la carnicería de Asunción.

—¡Joder, es una plaga!

—No. Es un puto pueblo de mente cerrada a pesar de los miles de turistas que pasan cada año por aquí.

—Vayamos a otro sitio. ¡Qué le den al Mantis y a su puto bar!

—Bien. Entonces vamos a La Flaca. Mi otro hogar.

—¿La Flaca? ¿Ese no es un bar de...? ¡Coño, no me jodas! ¡Eres lesbiana!

—Mi niño, maricón mío, tú no eres el único pervertido de este pueblo.

Me reí con ganas y me abracé a ella mientras caminábamos calle arriba formando una extraña pareja.

IX

Entramos en La Flaca acaparando todas las miradas por la extraña pareja que hacíamos. Ella, una mujer entrada en la cincuentena y tan alternativa vistiendo, y yo un chico joven vestido con ropa cara y deportiva. Si no hubiera sido un bar de lesbianas y que todo el mundo parecía conocer a Lola, hubiéramos podido pasar perfectamente por una rica excéntrica y yo su gigoló.

La dueña del bar salió de detrás de la barra y se nos acercó, solícita.

—Lola, mi amor —se besaron en los labios—. No esperaba verte hoy y menos aún tan bien acompañada. ¿Quién es este bomboncito?

—Un buen amigo, Cuca. Pero no te hagas ilusiones, es maricón.

—¡Oh! ¿Eres mariconcito, mi amor? —preguntó mientras me daba un par de besos poniendo su mano en mi cintura y dejándola caer hasta mis nalgas. Me la miré sorprendido pero no dije nada—. Qué lástima, con este culito tan duro. ¡Venga, venga, entrad!

Me dio un cachete en el trasero y nos acompañó hasta una mesa en un rincón del local.

—Aquí estaréis tranquilos. ¿Te traigo lo de siempre, Lola?

—Sí, por favor.

—¿Y tú, mi amorcito?

—Un Bacardí con hielo.

—¡Hum! —me miró fijamente—. Verdaderamente una lástima que seas maricón, con lo guapo que eres y el gusto que tienes.

—Vamos, Cuca. Le estás incomodando.

La mujer soltó una carcajada y se fue detrás de la barra a preparar las bebidas.

—No entiendo nada, Lola. ¿No es éste un bar de lesbianas? —le pregunté aprovechando que por fin nos había dejado solos.

—Sí. Pero eso no quiere decir que la dueña tenga que ser bollera.

La miré sorprendido. Siempre pensé que el dueño de un local gay era, necesariamente, gay.

—El negocio es el negocio. Y éste, a Cuca, le va muy bien —me dijo al ver mi cara de interrogación—. Pero no hemos venido a hablar de ella ni de mí, sino de ti. ¿Se puede saber qué te ha ocurrido este invierno, que has venido tan cambiado?

—¿A qué te refieres?

—¡Vamos, chico! No te conozco mucho pero el verano pasado te vi todos los días con una morenaza de impresión que ya la hubiera querido para mí...

Se interrumpió la conversación cuando Cuca nos trajo las bebidas y las dejó sobre la mesa. Cogí mi vaso y di un sorbo mientras Lola me miraba esperando una respuesta.

—Verás —empecé—, es complicado para mí poner en orden mis ideas y mis sentimientos aún. Es todo demasiado reciente.

Por segunda vez en lo que iba de verano, expliqué todo lo que me había pasado desde que tuve mi bronca con Susana hasta mi experimentación con el sexo en grupo de la noche anterior en el *Beach*. No me dejé nada por contarle ni le escatimé los detalles más íntimos. De vez en cuando me interrumpía para preguntarme algo que yo no había sabido explicar bien o para saber qué sentía en un momento concreto.

Fue una terapia reveladora para mí hablar de ello y ver mi vida como si se tratara de la historia de otra persona. No sé si Lola era una buena psicóloga o no, pero me sentí muy a gusto con ella y las palabras no dejaron de fluir en ningún momento. Al cabo de una hora larga ya lo sabía todo de mí.

Cuando terminé de hablar, me miró, bebió un poco y se arrellanó en su asiento. La imité esperando que dijera alguna cosa.

—¿Quieres saber mi opinión como psicóloga o como amiga?

—Bueno, yo estoy bien. No creo necesitar un psicoanálisis.

—Querido, todos necesitamos psicoanalizarnos de vez en cuando. Pero tienes razón, estás relativamente bien para todo lo que has asumido en tan poco tiempo. Otra persona se hubiera hundido, pero tú no. Tú has aprovechado lo que te ocurre en tu beneficio, no te has dejado apabullar por los acontecimientos y has salido adelante. Y esto dice mucho de ti, de tu salud mental. Y en cuanto a Kazanjian no deja de ser una casualidad. Tu mente creó una fantasía sexual y al ver a Kazan te asustaste porque las fantasías son solo eso, fantasías, y en el momento que las hacemos realidad dejan de serlo y eso nos da miedo por temor a perder nuestra capacidad de imaginar, de autoexcitarnos. Te fijaste en Kazan porque se parecía al chico de tu fantasía, nada más. Y no pienses en los carcamales estúpidos y retrógrados de la comisión. Que no te afecte para nada lo que ha pasado allí. ¡Que se vayan a la mierda!

—Supongo que tienes razón.

—¡Claro que la tengo! Ahora, como amiga, te digo que vivas tu momento lo más intensamente que puedas. Disfruta. No pienses en el futuro. Hoy es hoy y hay que vivirlo sin complicaciones, que pronto llegará el invierno y es demasiado largo... Vive tu vida como has hecho hasta esta noche.

Se calló mirándome fijamente y cogiéndome la mano.

—¡Me das una envidia! —me dijo finalmente.

—¿Envidia? ¿Por qué? —exclamé.

—Porque eres joven, una persona increíblemente interesante y tienes un físico estupendo. Puedes conseguir lo que te propongas y a quien te propongas.

Bajé los ojos sonrojado y empecé a jugar con el vaso.

—¿Sabes? Yo no me veo así. A veces me gustaría tener la autoestima más alta,

creer que puedo conseguirlo, saber cuál es mi camino...

—Pero las cosas te van bien. Tienes un buen trabajo, tienes tu pintura.

—Sí, lo sé. Sin embargo, cuando tengo éxito en algo, pienso que no me lo merezco, que estoy estafando a todo el mundo.

—¡Uy, mi niño! ¿Ves como sí que necesitas un psicoanálisis más profundo? Aquí hay un problema que se tiene que tratar profesionalmente...

—Pero no es éste el lugar ni el momento —le interrumpí.

—No, ciertamente. Quiero que vengas a mi consulta, te haré precio de amigo.

—Lo haré... Después del verano. Como me has dicho, hay que aprovechar el momento y mis inseguridades pueden esperar hasta después de las vacaciones. Ahora vamos a divertirnos. ¿Has visto a esa chica de la barra que no te quita el ojo de encima?

—¿Cuál? —exclamó girándose en dirección.

—¡Pero disimula un poco!

—¡Qué carajo! Ya no tengo edad para ir disimulando y perderme las pocas oportunidades que me brinda la vida.

—Está bien. Es la del vestido azul —le dije riendo.

Lola se atusó el pelo y sonrió a la chica que le devolvió la sonrisa.

—Quizá tienes razón y se ha fijado en mí... —Me susurró como si pudiera oírnos o como si decirlo en voz alta provocara que la chica huyera—. ¿Te importa si me acerco?

—¡No! ¡Ve a por ella! Que no se te escape.

—¿Seguro? Me sabe mal dejarte.

—¡Vete!

Parecía como si, de repente, a Lola le hubiera entrado miedo de ligar. Toda su seguridad se había esfumado. Lentamente se levantó y fue a la barra. La chica al ver que se le acercaba, se incorporó un poco en su asiento y dejó ver una gran sonrisa blanca, acogedora. Empezaron a hablar.

Me dediqué a mi bebida observando el local y los juegos de seducción entre las mujeres. Un juego más discreto pero a la vez más seductor y erótico, más encaminado a conocer mejor a la otra mujer, a saber de ella. Nuestro juego, el de los hombres, es más directo, vamos a por la carne, a disfrutar, a por el sexo, sin importarnos tanto quién hay detrás. Primero follar y luego, si interesa, hablar y conocer un poco la persona con quien hemos follado. Somos más primitivos en ese aspecto.

Lola se giró al poco rato y se acercó guiñándome un ojo. Parecía muy contenta.

—¿Te importa si me voy con ella? —me preguntó.

—Por supuesto que no, Lola.

—Te quiero, mi niño.

—Yo también, Lola —y por primera vez en mucho tiempo, lo dije de verdad, con todo mi sentimiento.

Me besó en los labios, regresó junto la chica del vestido azul y se marcharon cogidas del brazo.

Aún no había salido por la puerta cuando vino corriendo Cuca, la dueña del bar, con la excusa de recoger el vaso vacío.

—Vaya, mi amorcito. Veo que te han dado plantón.

—Bueno, Lola se merece lo mejor.

—Sí, claro. Si tú lo dices. ¿Y seguro que tú eres maricón?

La mujer se estaba haciendo muy pesada y decidí escaparme de La Flaca inmediatamente. Me levanté.

—Estoy muy seguro, señora —recalqué lo de «señora» con toda mi mala leche.

Cuca frunció el ceño y arrugó la boca, pero aún así no se dio por vencida y volvió al ataque.

—¿No quieres que te cure con una noche de pasión? —dijo llevándose una mano al pecho.

—Para que me excitaras haría falta que tuvieras una buena polla y no creo que la tengas —le alargué un billete de veinte euros—. ¿Con esto hay suficiente para pagar las copas?

Cogió el billete bruscamente y salí del bar sin esperar el cambio.

Eran cerca de las dos de la madrugada. No era tarde pero estaba cansado, la noche anterior casi no había dormido y los acontecimientos del día me habían superado. Sin embargo, a pesar del cansancio, pensaba que no podía terminar el día de aquella manera. Me imaginaba a Lola desnudando y besándose con la chica del vestido azul y yo durmiendo cual jubilado. Así que me dirigí hacia el *Beach* a ver que se cocía esa noche.

—No escarmientas. Todo lo que te ha pasado hoy ha sido por culpa de ir a ese bar ¿y ahora pretendes volver? ¡Pues sí! Y que se joda el que no le guste. ¡Qué se jodan todos! —me dije a mí mismo como si tuviera la conciencia dividida entre una angelical y una demoníaca pero mucho más divertida. Ganó mi lado más malo, morboso y perverso.

Cuando llegaba a la entrada del *Beach*, me sobrepasó un chico que llamó al timbre y se coló dentro rápidamente cerrando la puerta sin esperar si yo iba a entrar o no. En el letrero al lado de la puerta miré el *Dress Code* de la noche: *Naked Mask Party*. En pelotas y con máscara. Eso me fastidió mucho. Si bien no me importaba quedarme en calzoncillos en el bar y follar delante de quien estuviera allí, sí que me jodía bastante tener que entrar desnudo y, además, con una máscara. No me apetecía nada ver reducido mi campo de visión por el antifaz y menos aún follar con alguien a quien ni siquiera le iba a ver la cara. Definitivamente esa noche no era para mí.

Mi estómago se quejó y recordé que no había cenado, así que pensé que era mejor dejar las cosas como estaban e irme a casa a comer algo y a descansar, ya tendría muchas más ocasiones para follar, por ejemplo por la mañana en la Fumeta.

Di media vuelta para regresar por el paseo marítimo para respirar el olor del mar en lugar de ir por los callejones estrechos y oscuros del centro histórico. Las calles estaban casi desiertas. La gente aún estaba en los bares y cuando cerraran se desplazarían hasta las discotecas y volverían a llenarse las calles.

De repente, en un callejón bastante oscuro, noté una presencia y me paré en seco. No supe si había sido una sensación o que realmente había alguien cerca de mí, pero cuando me giré estaba solo. Continué andando un poco más rápido, con ganas de alcanzar la luz del paseo donde, seguramente, habría más ambiente.

Lo oí claramente. No era sólo una sensación, ahora era algo físico que hacía ruido al andar. Pasos. Sin detenerme miré por encima de mi hombro. Nadie. ¿Qué me estaba pasando, me estaba volviendo paranoico como decía Bob? Aceleré.

Al girar una calle vi un chico de espaldas, era alto, moreno y vestido todo de negro que se alejaba por la otra esquina a paso rápido. ¿Kazan? Me dije echando a correr hasta la bocacalle para ver como doblaba otra esquina. Maldecí ese laberinto de calles y corrí aún más rápido. Grité su nombre pero no se giró ni se paró. Corrí hasta el final de la calle oyendo únicamente mis propios pasos sobre el asfalto. Le había perdido, se había esfumado misteriosamente. Miré en los portales por si en alguno había una luz abierta que me indicara que había entrado en algún edificio, pero todos estaban en penumbras. Simplemente había desaparecido. Una vez más lo había perdido o me había rehuído.

Llegué a casa con los ánimos por los suelos, no entendía por qué Kazan no había aparecido en todo el día y por la noche, cuando me había parecido verlo, me había ignorado. Necesitaba hablar con él, quería aclarar si él había sido el chico del *Beach* al que había rechazado. Mirándole a los ojos, lo sabría, sin necesidad de palabras.

Pero el día aún no había terminado, me aguardaba una desagradable sorpresa. Cuando llegué a casa, en la puerta, encima del felpudo de la entrada, había un pájaro con la cabeza colgando, muerto. Le habían retorcido el pescuezo. Di un respingo y me apoyé en la pared, asustado. ¿Qué significaba aquello? Era evidente que el animal no había muerto de causas naturales en mi rellano, alguien lo había dejado allí con alguna intención oculta. Pero ¿quién?, ¿y por qué?

Nervioso, bajé a llamar a la puerta de Bob sin percatarme de que eran más de las tres de la madrugada. Abrió enseguida.

—¿Qué te ocurre? Estas muy pálido —exclamó preocupado.

—Hay... Hay un pájaro muerto en mi puerta.

—¿Qué? ¿Un pájaro?

—Alguien lo ha dejado allí. Es una amenaza... Creo.

—¿Una amenaza? ¿Quién iba a amenazarte a ti y por qué? Aran, me estas asustando.

Me había equivocado llamando a Bob, pero en el primer momento no había sabido qué hacer y me había parecido la única opción posible. Sin embargo me daba cuenta de que mi vecino se estaba asustando aún más que yo.

—Quizá sea la broma de unos chiquillos. Solo te he llamado por si has oído algo esta noche.

Intenté serenarme para no hacer la historia más grave, aunque de repente me vino a la memoria el mensaje de móvil que había recibido la noche anterior, había sido un primer aviso, el pájaro el segundo. Saqué el teléfono del bolsillo y busqué en el menú de mensajes recibidos pero no estaba, lo había borrado.

—Joder, Aran. ¿Quién ha podido hacer una cosa así?

—No lo sé, Bob. En fin, no le demos más importancia. Es tarde, mañana lo veré más claro. Buenas noches.

Me giré para irme a casa.

—¡Quédate a pasar la noche! No te quedes solo...

—Gracias, Bob. Solamente me he asustado un poco al encontrarlo pero ya está, ya estoy bien. Prefiero quedarme en casa.

—¿Quieres que vaya yo?

—No, no. Buenas noches.

—¿Seguro?

Me despedí de él dejándolo bastante preocupado y entré en casa. Cogí un trozo de papel de cocina, envolví al pobre animal y lo eché al cubo de la basura no sin antes comprobar si habían dejado alguna nota pero no había nada.

Se me había quitado el hambre y me tumbé en la terraza pensando en todas las posibilidades de quién podía querer asustarme dejándome el cadáver de un animal en la puerta como si se tratara de una película de la mafia. ¿Matías? ¿Kazan? ¿Pero qué motivo podía tener Kazan a no ser que él hubiera sido el chico misterioso del *Beach*? No, no podía ser. Me negaba a creerlo. Si alguien tenía todos los números de la lotería para ser el lunático asesino de pájaros, ese era Matías. Con ese convencimiento pasé del miedo inicial a la ira. Me cabreó que un palurdo como él hubiera podido asustarme y decidí que por la mañana lo aclararía. Le haría tragar el pájaro.

Rescaté el pequeño cuerpo de la basura, lo dejé en el suelo al lado de la puerta y fui a darme un baño caliente intentando relajarme antes de acostarme, si no me sería imposible conciliar el sueño.

Estaba medio dormido en la bañera cuando me despertó el ruido de un cristal rompiéndose. Atontado, no supe si había sido dentro de mi piso o en el de algún vecino. Me incorporé y alargué la mano para mirar la hora en el reloj que había encima del lavabo: las cuatro menos veinte de la madrugada. Hora de salir del agua y

acostarme.

Iba a levantarme cuando se abrió de golpe la puerta del baño y entró un hombre vestido de negro que me empujó y me hundió en el agua. Intenté deshacerme de su mano pero era más fuerte que yo y no podía hacer nada más que patear. Me estaba ahogando. No podía respirar. Le cogí el brazo, era fuerte, musculoso, y a pesar de todos mis esfuerzos, no conseguía hacerle retroceder ni un milímetro. Abrí la boca en un intento de rescatar algo de aire para mis pulmones pero lo único que conseguí fue tragar una gran cantidad de agua. Mi lucha se hacía cada vez más débil. Me faltaba el aire y las fuerzas. Estaba a punto de perder el conocimiento. Si no hacía un último esfuerzo titánico, acabaría conmigo. Di una patada con la esperanza de alcanzarlo pero se perdió en el aire. Quise clavarle las uñas en el brazo y no pasó de un simple araño. Era mi fin. Lo veía claramente. Acabaría mis días ahogado en la bañera de mi casa por un desconocido sin saber por quién ni por qué.

Entonces aflojó la mano y pude sacar la cabeza del agua e intentar conseguir una bocanada de aire que, al entrar por mi garganta, me dolió como si tragara cristales rotos. No podía abrir los ojos, el jabón se me había metido dentro y me picaban. Sin voluntad ni capacidad de reaccionar, me sentí levantado, sacado de la bañera y transportado hasta el dormitorio como si fuera de papel. Me tiró encima de la cama y me quedé quieto, jadeando. Cada respiración me costaba media vida.

Hundí la cara en el cojín cuando noté que me abrían las piernas y me penetraba con algo muy grueso que me desgarraba por dentro. Grité pero ningún sonido salió de mi garganta. Sentía su aliento cálido y fétido detrás de mi oreja. Él vestido, yo desnudo. Él penetrándome, violándome. Yo sin voluntad, sin capacidad para revelarme. Su penetración iba en aumento, cada vez más fuerte, cada vez más adentro. Me susurró algo al oído que no entendí y sacó su polla. Pensé que ya se había terminado todo, que me dejaría en paz, pero no. Cambió la polla por sus dedos y jugueteó con mi agujero, que ya estaba bastante dilatado por la cabalgada a la que me había sometido, y me metió la mano entera, sin concesiones. Sentí un fuego intenso quemarme mi interior y me quedé sin respiración. Pero él no tenía bastante y continuó entrando hasta meter el brazo hasta la altura del codo. No lo veía pero lo notaba. Era una sensación terrible. Abrió la mano y noté sus dedos buscando mi corazón. Ahora entendía por qué no había terminado conmigo en la bañera: me había debilitado y dejado sin capacidad de reacción porque su intención era arrancarme el corazón. Grité con todas mis fuerzas pero el grito se quedó ahogado en la garganta. Quería que saliera, quería liberarme de esa presión, de ese ser que me torturaba. Sin embargo, a pesar de la situación y del dolor que sentía, mi polla empezó a crecer y pensé que moriría como los ahorcados, con una erección y que por la mañana cuando descubrieran mi cuerpo desgarrado y sanguinolento en la cama con la polla dura, no entenderían nada. Imaginé la cara de sorpresa del policía municipal de turno al ver mi

polla erecta y me eché a reír en el mismo momento que me corría salpicándome todo entero de la leche más espesa y abundante que había eyaculado nunca.

Me desperté sudando y gritando, con las sábanas totalmente revueltas. Miré a mi alrededor buscando el hombre que había intentado matarme y me había violado pero estaba solo. Ni rastro de él. Me llevé la mano al culo buscando los inexistentes desgarros y sólo entonces, al no descubrir nada, fui consciente que todo había sido una terrible pesadilla. Sin embargo sobre mi estómago había los restos frescos de mi propio semen.

Había sido muy desagradable, pero aún así me había excitado y me había corrido como cuando era joven y tenía sueños eróticos que me provocaban unas eyaculaciones espectaculares.

Pensé que estaba enfermo, que no podía ser que me hubiera corrido teniendo una pesadilla totalmente opuesta a un sueño erótico, en la que era violado, torturado y casi asesinado. Pero los sueños no los controlo, son los que son y mi cuerpo, dormido, reacciona independientemente de mi voluntad.

Me levanté tambaleándome y cabreado. Estaba convencido de que la pesadilla había sido fruto de los sucesos de la noche anterior. Tenía que solucionar la historia del pájaro y del SMS sin más dilación.

X

Llegué al Iris con una bolsa bajo el brazo en la que llevaba el pájaro muerto, me acerqué a la barra y me senté en un taburete. Allí estaba Eduardo preparando cafés y bocadillos para la clientela más madrugadora, sobretodo gente que trabajaban durante el verano en bancos u oficinas.

—Joder, chico, que mala cara traes. ¿Otra noche movidita? —dijo.

—No. Es que no he dormido bien.

—¿Y por qué no te quedas en cama un rato más? Aún es muy pronto.

—Ni siquiera sé que hora es.

—Pasan algunos minutos de las ocho. ¿Te pongo algo?

—Sí. Un café con leche, gracias.

Fue a la cafetera, me lo preparó y lo dejó delante de mí. Le puse azúcar y tomé un sorbo corto. Me supo a gloria bendita, hacía el café de maravilla. Eduardo continuó trabajando llenando la nevera y controlándome de reojo. Cuando me terminé el café me sentía más recuperado, me había caído muy bien. Ya estaba preparado para enfrentarme a lo que fuera. Dejé las monedas encima de la barra y me dispuse a irme en el momento que apareció Mantis cargando una caja de botellines de cerveza que dejó en el suelo al lado de Eduardo.

—¿Necesitarás otra caja? —le preguntó.

—No, está bien.

—¡Señor Julián! —le dije a Mantis, que así se llamaba en realidad—. Estoy buscando a su hijo Matías, ¿sabe dónde está?

—¿Por qué? ¿Qué quieres de él? —inquirió desconfiado.

—Tengo que hacer unos arreglos en casa y necesito un lampista —mentí.

—Bien —no se lo terminaba de creer pero continuó—. Lo encontrarás en su oficina, creo.

Salí del Iris casi sin despedirme, la oficina de Matías no estaba lejos y quería enfrentarme a él antes que me desapareciera el enfado que aún tenía.

Al levantarme de la cama, si hubiera tenido a ese hijo de punta delante, le hubiera partido la cara. Pero ahora había intentado calmar mi ira porque no estaba tan seguro de que hubiera sido él el del pájaro y no quería meter la pata y montar un espectáculo ridículo.

Entré en el local. La secretaria aún no había llegado y nadie salió a recibirme. Detrás del mostrador de la recepción había una puerta de despacho cerrada y me acerqué. Respiré hondo, apreté el puño y llamé a la puerta entrando sin esperar respuesta.

—¡Qué haces aquí! —gritó Matías al verme, levantándose de la silla.

—Quiero saber si esto es tuyo —dije con fría calma echando el cuerpo del pájaro

sobre la mesa.

—¿Qué broma es ésta? ¡Llévate esta asquerosidad de aquí!

—¿Es tuyo? —insistí.

—¿Qué significa esto?

—¿Es tuyo? —alcé la voz a punto de perder los papeles. Ya había superado mi nivel de autocontrol y empezaba a perder la determinación de calma que me había autoimpuesto.

Matías me miró asustado, casi temblando, su idea tópica del marica sumiso, amanerado y asustadizo se le había desmoronado conmigo y ahora estaba viendo un marica casi agresivo, con la cara roja de ira que no pensaba dejarse avasallar por nadie y menos aún por un homófobo.

—No... No entiendo... ¿Cómo va a ser mío? Es... Es un pájaro muerto.

—Sí, lo es. Alguien me hizo este macabro regalo anoche —dije con un tono de voz más suave—. Sólo dime si tienes algo que ver.

—¡Claro que no! Puedo ser un poco bruto y conservador en mis ideas pero nunca se me ocurriría hacer una cosa así. Soy incapaz de hacer daño a un ser indefenso...

Le miré fijamente sospesando si me decía la verdad. Estaba demasiado asustado para mentir. Tenía razón, por lo poco que lo conocía, podía ser un imbécil rematado pero no lo veía capaz de ir matando pájaros y dejándolos en casa de la gente. Matías era más de dar la cara y decir lo que pensaba sin rodeos, como había hecho durante la sesión de la comisión.

—Está bien, te creo. Siento haberte molestado.

Me giré y salí de la oficina convencido de que, a partir de ese día, mi reputación de persona seria y respetable se había ido totalmente a tomar por culo sin posibilidad de remisión. Incluso, quizá, tendría que plantearme la probabilidad de buscar otro pueblo para pasar los veranos.

Tiré el pájaro en un contenedor de basura y regresé a casa. De repente me sentía demasiado cansado y aún no eran ni las nueve de la mañana. Quería echarme en cama y dormir unas cuantas horas más sin pensar absolutamente en nada.

Me desperté a las dos horas justas de haberme acostado de nuevo, ya más relajado y despejado. Eran casi las doce del mediodía y el calor apretaba fuerte pero aún así me daba pereza levantarme de la cama ni siquiera para poner en marcha el aire acondicionado.

Sonó el móvil. Era Bob. Contesté.

—Dime.

—¿Te despierto?

—No, aunque aún estoy en la cama.

—Subo.

—Ok. Pero abre con tus llaves, no tengo ganas de levantarme.

Un minuto y medio más tarde entraba en mi habitación y se sentaba en la cama, a mi lado.

—¿Qué tal estás? —me preguntó apretándome la rodilla por encima de la sábana.

—Mejor. Mucho mejor, gracias.

—Tienes mala cara, ¿no has dormido?

—Digamos que me he pasado la noche peleándome con las sábanas y que, aunque he dormido, no he descansado nada —dije—. Esta mañana he ido a ver a Matías.

—¿Esta mañana? —preguntó sorprendido.

—Sí, me he levantado temprano y he ido a aclarar si fue él quien me dejó el pájaro después de la bronca en la comisión.

—¿Y? Yo no lo veo capaz de eso. Es demasiado estúpido.

—No, no fue él. Lo cual me lleva al mismo sitio de partida y a preguntarme quién coño me odia tanto para amenazarme como si estuviéramos en El Padrino. ¿Qué será lo próximo, una cabeza de caballo en mi cama?

—Quizá sea solo una broma de mal gusto. Va, no le des más importancia y vayámonos a la playa. Hoy te acompañaré detrás de las rocas, si quieres.

—No sé si me apetece...

—¡Claro que sí!

Y me dejé convencer. El día anterior había sido bastante duro y tenía necesidad de olvidarlo todo sin dilación. De olvidarme de la comisión de las fiestas, de las amenazas en forma de SMS y de cadáveres, y de las habladurías de la gente. Era verano, mis vacaciones, y quería pasarlo bien. Los problemas eran para el trabajo y para Barcelona, no para Santa Cana.

—Hazte un café y otro para mí mientras me pongo el bañador —le pedí a Bob en el mismo momento que me levantaba de la cama y volvía a sonar mi teléfono móvil. Era Lola.

—Hola, mi niño. ¿Cómo estás?

—Buenos días, Lola. Bien, ¿y tú?

—Me supo mal dejarte anoche de aquella manera cuando habíamos salido los dos juntos, pero una ya no tiene edad para dejar escapar las oportunidades que le presenta la vida.

—¿Así que te fue bien ayer?

—Mejor que bien. Ahora mismo, Karen está desayunando en la terraza.

—¡Wow! —grité—. Es genial. Me alegro mucho.

—Yo también... De que no haya huido a primera hora de la mañana en cuanto me ha visto despeinada. Bueno, te dejo, que reclama mi presencia. Un beso, mi niño.

—Otro para ti, cariño. *Ciao*.

Colgué. Al menos a alguien le iban bien las cosas. Me alegraba mucho por Lola.

No es que hubiera tenido nunca una gran relación con ella, nos conocíamos, charlábamos delante de un café a veces, pero poco más. A partir de ahora estaba convencido de que seríamos mucho más amigos que antes.

—¿Quién era? —preguntó Bob.

—Lola, la psicóloga. Quería saber si estoy bien.

—¿Lo ves? Todo el mundo se preocupa por ti.

—Bob, tú y Lola no sois todo el mundo.

—¡Y qué más da! Somos suficientes y te queremos. Venga, ¿estás preparado? Pues nos marchamos. Por cierto, he hecho un par de sándwiches para matar el hambre más tarde...

—¡No me hables de matar! —exclamé riendo mientras me tomaba el segundo café del día.

La playa d'en Fumeta estaba abarrotada de gente: sombrillas y toallas hasta en los rincones más insospechados. Habíamos llegado a una hora en que ya todo el mundo estaba situado en su sitio y no nos habían dejado ni un hueco pequeño donde echar la toalla. Bob y yo nos miramos. Quizá deberíamos saltar las rocas y alejarnos un poco por detrás aunque eso significaría no poder echarnos a tomar el sol tranquilamente porque por aquella zona no hay espacios de arena, sino piedras y rocas.

Robert me dio un codazo y me señaló una pareja de señores ya mayores que empezaban a recoger sus cosas, seguramente volvían al pueblo para almorzar. El sitio estaba bastante alejado del agua pero era mejor eso que nada.

—¿Se marchan? —preguntamos.

Asintieron con la cabeza y nos quedamos a su lado, esperando. Cuando se fueron, dejamos la bolsa, estiramos las toallas, nos desnudamos y fuimos de cabeza a bañarnos. Hacía mucho calor y estábamos sudando bastante. El agua estaba especialmente buena, a una temperatura más que agradable. Bob volvió a la playa al poco rato y aproveché para nadar un poco, hasta la boya. Agradecí el ejercicio físico después de un par de días sin salir a correr ni hacer nada. Me apoyé en la bola amarilla y miré hacia la orilla: parecían hormiguitas lejos de la realidad, de este mundo. Aunque quizá era yo el que estaba fuera de la realidad, en un mundo imaginario, en el que todo se complicaba y se complicaba cada vez más. Mi vida, tan trastornada desde el último día laboral, había cambiado completamente.

Cuando una barca pasó cerca de la boya y me zarandé con el oleaje, pensé que era momento de regresar a la orilla e, incluso tal vez a Barcelona, lejos de las habladurías pueblerinas de Santa Cana, lejos de los pájaros muertos y de Kazanjian, que seguramente no quería saber nada de mí porque hacía tiempo que no daba señales de vida.

Llegué a la playa cansado, pero me encontraba estupendamente bien. Hice unos estiramientos de brazos antes de salir del agua y sacudí la cabeza para liberar el pelo

que me había quedado aplastado por el agua. No, decidí. No regresaría a Barcelona aún y no volvería a tener dudas, ya estaba cansado de pensar «me voy, no me voy». Me quedaría hasta el último día de vacaciones.

Bob estaba sentado y al llegar junto a él se puso a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté.

—¿Tú has visto lo que has hecho?

—¿Qué he hecho? —exclamé sorprendido sin acertar a qué se refería.

—Primero sales del agua cual *sireno* en pelotas y te pones a hacer ejercicios de estiramiento excitando a todo el personal. Luego sacudes la cabeza y salpicas de agua a los tíos babeantes que tienes al lado y te vienes hacia aquí sin ni siquiera mirarlos, dejándolos con la boca abierta.

—Imaginaciones tuyas. No he visto nada de eso —dije sonrojado.

—¿Imaginaciones? ¡Vamos, Aran! ¡Me saca de quicio que seas tan modesto! No me engañas, es imposible que no te des cuenta de las pasiones que levantas a tu paso. Es imposible.

—Bob, de verdad, no hago nada para que me miren... Al menos conscientemente. Ya me lo dijiste el otro día, no vuelvas al mismo tema, que me da vergüenza.

—Ya, seguro —dijo irónicamente.

—Además, hoy no estoy por la labor. He pasado muy mala noche.

No me gustaba. No me gusta ser el centro de atención de todas las miradas y menos aún si me doy cuenta de ello. Si me miran pero no lo veo, que lo hagan, si quieren. Aunque prefiero poder hacer lo que me dé en gana sin tener espectadores todo el día. La belleza física es solo eso, física. Y aunque cuido mi aspecto, intento cuidar aún más mi interior y no lo hago por presumir, sino por sentirme bien conmigo mismo, que es lo más importante que puede hacer una persona. Sí, suena irónico viniendo de mí porque alguien podría opinar que, como tengo un físico atractivo, puedo permitirme el lujo de decir eso. Puede ser, pero es así y no intento ser hipócrita.

En definitiva, que si quería echarme a tomar el sol con toda tranquilidad, el comentario de Bob me hizo estar atento a mi alrededor y mirar a los hombres de la playa y, sobretodo, los que se metían detrás de las rocas, hacia la zona de cruising. Después de dos días sin follar, empecé a notar un cosquilleo en el bajo vientre. Intenté ignorarlo pero fue en aumento y finalmente, nervioso, me incorporé.

—Bob...

—No me lo digas —me cortó—. ¡Eres un putón verbenero! Te vas a las rocas, ¿no?

—Sí.

—¡Joder, tío! Tienes el cerebro en el rabo, pero es que, además, no te das cuenta de lo que tienes delante.

—Ya, Bob. Ya te lo dije: no volveremos a follar. Te prefiero como un amigo para siempre que como un amante temporal.

—Anda, vete y folla como una cerda, cabrón. Ya me lo contarás luego —me guiñó un ojo y me dio un pequeño empujón en la pierna—. Pero vístete primero, recuerda que no tienes que enseñar tus encantos enseguida.

Me reí con ganas mientras me ponía el bañador y las sandalias y me iba detrás de las rocas, atento a las miradas de reojo que me dirigían, fijándome si alguno de esos me interesaba lo bastante y hacer un gesto que se lo diera a entender. Finalmente dejé que el azar fuera el que me brindara la oportunidad de un nuevo ligue.

Fue saltar las primeras rocas y adentrarme por el camino que llevaba a los arbustos cuando me di cuenta que había sido un error estúpido, de película de terror para adolescentes, si quien me había amenazado y provocado las pesadillas quería hacerme daño, le estaba brindando una oportunidad de oro al meterme en un sitio alejado, solitario y escondido. Sin embargo no tenía motivo, de momento, para ponerme nervioso. Nadie me había seguido y tampoco veía a nadie por el camino. El miedo es irracional, una sensación primitiva que te paraliza, por eso me quedé unos minutos cerca de las rocas para evitar que me invadiera totalmente y salir corriendo. Respiré hondo mirando a mí alrededor, no me dejaría ganar por los instintos primigenios. Cuando noté que me tranquilizaba y el pulso volvía a su ritmo normal, decidí que, a pesar de lo que me dictaba la razón, no daría media vuelta, acabaría lo que había ido a hacer y empecé a avanzar despacio por el camino observando cualquier rincón, sobre todo los que quedaban en penumbras a causa de los árboles que formaban una especie de túnel vegetal.

Era raro que no hubiera nadie, quizá era una mala hora para hacer cruising. Pero como siempre hay un roto para un descosido, pronto apareció un chico joven que pasó por mi lado sin siquiera echarme el ojo encima. Me quedé sorprendido. O bien iba buscando algo concreto o era un hetero camino de un improvisado lavabo. O, simplemente, yo no era su tipo. Continué andando.

Tras un recodo, en un claro discreto entre dos altos arbustos, vi unas piernas estiradas sobre la arena y una cabeza que subía y bajaba con ahínco. No pude ver bien quién o cómo eran pero me aparté dejando tranquila a esa pareja. Después de todo, la zona de cruising no estaba tan solitaria como me había parecido al principio a causa del ataque de pánico. Más adelante, sentado sobre un tronco caído, estaba el chico que me había adelantado. Se había bajado el bañador y cuando pasé por su lado, empezó a masturbarse, mirándome. Pero ahora fui yo el que no le hice el menor caso y continué andando.

A los pocos metros me encontré con un hombre que, éste sí, había ido a utilizar los arbustos como lavabo y estaba meando de espaldas al camino. Al pasar por su altura se giró sin dejar de mear y dirigió el chorro hacia mis pies, por suerte sin

alcanzarme.

—¡Vete a la mierda, cerdo! —grité.

Se rió y me dio la espalda continuando con sus cosas. Me alejé de allí. Al poco llegué al cruce de caminos donde la zona empezaba a convertirse en un intrincado laberinto. Miré a uno y otro lado. Todos parecían igual de desiertos. Lo más sensato hubiera sido dar media vuelta y volver junto a Bob, pero no quería darme por vencido tan pronto y menos aún intentar ligar con el primer chico que me había encontrado o con el meón. Tomé el camino de la izquierda, pasé por debajo de unos árboles muy bajos que me obligaron a agacharme y al salir vi un par de chicos de treinta y tantos años que se seguían a cierta distancia, disimuladamente. Me pareció divertido y aminoré mi paso para quedarme a unos metros de ellos. El que abría la comitiva llegó a un pequeño claro y se apoyó en un árbol mirando hacia el camino, esperando la llegada de su perseguidor, que no tardó en producirse. Me paré a unos metros, tras unos arbustos. No quería meterme aún. Se acercaron, intercambiaron algunas palabras que no llegaron a mis oídos y el recién llegado acarició los pezones del otro chico. Era el momento para hacer mi aparición, antes de que llegaran a más.

Me miraron más con curiosidad que con sorpresa. Era evidente que no me habían visto antes. Me acerqué a ellos y les saludé.

—Hola, ¿qué tal? Está tranquila la cosa, ¿no?

—Sí —dijo el más alto y que parecía más joven de los dos, mirándome con lascivia.

—Debe ser por la hora. Estarán comiendo —comenté con la intención que fuera interpretado con segundas intenciones, como así fue.

—Bueno, a eso veníamos nosotros. ¿No? —la pregunta iba dirigida al otro chico.

—Sí —contestó—. ¿Quieres comer con nosotros?

Acabé de acercarme y por toda respuesta llevé mis manos a sus pollas que empezaban a estar morcillonas. El chico que me había invitado, a su vez, metió su mano dentro de mi bañador y me tocó también la verga, que empezaba a crecer.

—Veo que sí —dijo—. Por cierto, me llamo Franc.

—Soy Aran —le estreché la mano.

—Yo Óscar —dijo el más joven—, pero no hemos venido a hacer vida social, ¿no? Yo he venido porque tengo hambre.

Dicho eso bajó el pantalón de Franc, se agachó y se metió su rabo en la boca mientras el otro me besaba. Me liberé del bañador y empecé a masturbarme. A los pocos segundos noté la boca húmeda de Óscar envolver mi polla y tragársela entera. Joder, qué bien la comía el tío. Jugaba con la lengua en mi capullo haciendo ventosa con los labios. Gemí y volvió con Franc. Óscar tenía mejor cuerpo que Franc, sin embargo, éste me atraía más físicamente y me apetecía que fuera él quien me comiera la polla o que dejara que le follara. Se lo insinué al oído mientras le acariciaba las

nalgas y dejaba resbalar un dedo hacia su agujero, pero lo apartó.

—Lo siento, es terreno vedado. No me dejo follar así como así, pero sí que me encantaría comerte el rabo —me susurró.

Se agachó al lado de Óscar, y un rato cada uno, se tragaban mi polla con ganas, dedicándose de tanto en tanto a besarse. Entre los dos lo hacían de maravilla y si continuaban con tanto esmero, no tardaría en acabar y me apetecía follar un buen culo, si no podía ser el de Franc, al menos el de Óscar. Se lo acaricié y como no se quejó, jugué con un dedo en su agujero. No tardó en gemir y cogermela mano para pasársela por las nalgas. Le aparté la cabeza de mi polla y mientras se dedicaba otra vez a comer la de Franc, me situé detrás suyo, me agaché, le abrí las nalgas bien abiertas para descubrir su agujerito sonrosado y se lo lamí. Sabía a sal de mar. El tío se debía haber bañado antes de venir a ligar. Estaba bueno. Un agujero salado y unas nalgas duras y torneadas. Le comí el culo y le oía jadear de placer aumentando la comida de la polla de Franc. De repente se giró.

—¡Fóllame de una puta vez! —gritó.

—No llevo condón.

—¡Joder!

Rebuscó rápidamente en los bolsillos de su pantalón, que estaba abandonado a un lado, en el suelo, y sacó un preservativo que me alargó volviendo a concentrarse en la polla de Franc. Me puse el condón y lo enulé con facilidad después de la lubricación con mi saliva. Tenía el culo prieto y mucha experiencia. Notaba como me apretaba la polla y me la dejaba libre con un simple movimiento del músculo del ano. Mi cabalgada se hizo más intensa y en círculos para darle más placer y creo que lo conseguí por como jadeaba.

—¡Me voy! —gritó Franc en el mismo momento que una explosión de leche blanca salía de su polla justo a tiempo de que Óscar apartara un poco la cara para evitar tragársela pero no lo suficiente para no quedar lleno de su semen.

Me concentré aún más en mi follada y al poco sentí que me excitaba más y el líquido seminal salía de mis huevos y recorría la polla buscando la salida. Me aparté y saqué la polla de su interior. Óscar se giró arrodillándose frente a mí.

—Córrete encima mío —me pidió.

Me quité el condón y apenas tuve tiempo de tocarme la polla que me corrí en su cara y en su pecho mientras se masturbaba y se corría también.

—¡Joder! Qué gustazo, tíos —dijo Óscar sacando un paquete de toallitas húmedas de su pantalón y se limpió, ofreciéndonos. Saqué una, me la pasé por la polla, limpiándomela, y me di cuenta que tenía ganas de ir al lavabo.

—Chicos, voy a mear. Ha sido un placer.

—Esto hay que repetirlo —comentó Franc.

—Joder, sí. Os paso mi teléfono y cuando queráis tenéis a vuestra disposición mi

boca y mi culo —Óscar nos alargó una tarjeta de visita de una empresa inmobiliaria con su nombre y número de teléfono.

—Te mandaré un SMS, así tendrás mi número también —dijo Franc.

—De acuerdo. Yo haré lo mismo —dije acabando de vestirme e intrigado pensando que era un tipo muy raro, a quién se le ocurría ir a follar con tarjetas de visita.

Al apartarme para buscar un rincón más íntimo, porque delante de gente me cuesta una barbaridad mear, me di cuenta de que habíamos tenido un espectador anónimo: un hombre, no sabía decir si joven o viejo porque su cara quedaba en sombras, detrás de unas ramas. Sí que vi, sin embargo, que tenía la polla en la mano y se estaba masturbando. No le di más importancia y me fui un par de metros lejos para orinar.

Cuando regresé al claro ya se habían ido. No se veían por el camino y pensé que se habían dado bastante prisa en desaparecer. Entre los arbustos, el hombre de pelo oscuro aún estaba en el mismo sitio. Se había vestido y, aunque no veía su rostro, sabía que me observaba atentamente.

—¡Eh! ¿Qué miras? Se terminó el espectáculo —grité sin esperar ninguna respuesta, sólo para que dejara de mirarme y se fuera, pero no se movió.

Si quería provocarme no lo conseguiría lo más mínimo. Le di la espalda y retomé el camino de regreso a la playa. A los pocos metros miré por encima del hombro y vi que había empezado a seguirme. En otra ocasión me hubiera parecido muy erótico dejarme perseguir y follar por ese desconocido después de que me hubiera observado follando con otros, pero aquella tarde no, no de aquella manera. El chico o hombre, no sabía decir, al verse descubierto se detuvo en un recodo bajo las sombras de las ramas. Continué andando y un par de minutos después volví a mirar de reojo: todavía me seguía. Me paré para esperar que se acercara o me sobrepasara pero no hizo nada de eso, volvió a ponerse de forma que tuviera el sol a su espalda y yo, deslumbrado, no pudiera verle la cara.

—¿Qué quieres? ¿Quieres follar conmigo o qué? ¡Déjame en paz, no me apetece nada contigo!

Di un paso hacia él y retrocedió en las sombras. Entonces vi brillar un objeto en su mano. De repente tuve un presentimiento terrible y la urgencia de salir de allí cuanto antes. Eché a correr y mis temores se confirmaron cuando empezó a perseguirme.

Corrí todo lo deprisa que pude. Con las chanclas no podía ir más rápido y las tiré hiriéndome los pies con las plantas y las ramitas rotas. Le oía seguirme a cierta distancia, en silencio. Estaba jugando conmigo, sabía que el silencio me pondría más nervioso al no poder descubrir sus intenciones, si era un juego erótico o la persecución de un perturbado. Además, llevaba zapatillas y podía alcanzarme con

rapidez, y sin embargo no lo hacía, me dejaba cierta ventaja. Me sentí como el conejo de un canódromo, pero no me dejaría coger fácilmente. Corrí por el camino, hacia la playa, si llegaba a las rocas estaría salvado. No obstante las rocas no se veían por ningún lado. Ya hacía demasiado rato que escapaba, tenían que estar allí delante y no había nada más que cañizales y arbustos. No me di cuenta de que me había equivocado de camino hasta que llegué a un arroyo. Recordé que desembocaba en el mar entre unos acantilados. Me paré en seco. No llegaría a la Fumeta, donde había cantidad de gente, sino a otra playa casi desierta.

¿Quién era ese hombre, qué quería y por qué no conseguía verle bien la cara?

El miedo se había apoderado de mí y mientras corría me veía a mi mismo descuartizado, por segunda vez en pocas horas de diferencia. Aunque en esta ocasión no era una pesadilla, el peligro era totalmente real. Me perdí en el laberinto de caminos sin saber a dónde ir. A lo lejos oí risas y grité, pero, o no me oyeron o pasaron de mí, porque segundos después se callaron y desaparecieron. Corría. Corría desesperado, seguro que lo que había entrevisto en su mano era un gran cuchillo. Tropecé y caí al suelo. Antes de poder lamentarme ya me había levantado. Dolorido y con una herida sangrante en la rodilla, continué la carrera. Había dejado de jugar, ya no se escondía. Sólo tenía ojos para el cuchillo de su mano que ahora dejaba ver con toda claridad. Me estaba alcanzando. En pocos minutos me tendría en su poder y me asestaría la puñalada mortal sin que yo supiera por qué. Entonces, después de apartarme de la cara unas ramas que me habían golpeado, apareció delante de mí una playa. Sólo tenía que saltar el pequeño acantilado y estaría salvado.

No vi nada, no me fijé en nada, llegué al borde del precipicio y salté con los ojos cerrados. Caí entre las toallas de dos turistas que me insultaron en todos los idiomas posibles. Medio aturdido, me disculpé intentado incorporarme pero el impulso que llevaba y el temblor de piernas que tenía, me impedían ponerme de pie. Supongo que entonces vieron mis heridas y entendieron que no había caído encima suyo para joderles y vinieron a ayudarme. Sé que me sujetaban porque noté sus manos en mis brazos pero yo no les miraba, tenía la mirada fija en lo alto del pequeño acantilado esperando ver, de un momento a otro, la silueta a contraluz de mi perseguidor saltando y clavándome el puñal. Pero nadie apareció y me desplomé sobre la arena.

Los turistas me preguntaron algo en alemán que no entendí y por primera vez les miré. Parecían realmente preocupados por mi estado. Me incorporé un poco e hice una mueca que intentó ser una sonrisa y, en inglés, les agradecí su ayuda.

—¡Aran!

Me giré instantáneamente al oír mi nombre. Era Kazanjian que venía corriendo por la playa gritando mi nombre con cara de preocupación. Se tiró a la arena a mi lado y me cogió por los hombros.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó con urgencia.

Yo no podía articular palabra. No sabía si llorar o ponerme a reír por tener una cara conocida delante y por la tensión acumulada. Pero entonces me asaltó, insistente, una duda turbadora: ¿De dónde había aparecido Kazan y sobretodo, tan rápido?

—Estaba allí bañándome, te he visto saltar y caer rodando —contestó como si me hubiera leído la mente—. ¡Estás herido! Ven, te ayudaré.

¿Bañándose? ¿Había dicho bañándose? Pero su cuerpo, su pelo y su bañador estaban completamente secos. Sin embargo, gotas de sudor perlaban su frente y el vello oscuro de su pecho como si hubiera hecho un esfuerzo.

—¡Eres tú! ¡Suéltame!

Lo veía claramente: su reciente desaparición; la mentira que me acababa de decir; su aparición tan oportuna; su comportamiento siempre tan extraño... y encima no me soltaba.

—Sí, soy yo, Kazan.

—¡Déjame! ¡Eres tú! Ahora lo entiendo todo: el pájaro, el cuchillo...

—¿Qué cuchillo? ¿De qué hablas? —preguntó, y parecía realmente aturdido, no obstante aún me tenía cogido—. ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

—¡Suéltame! —insistí.

Di un tirón y salí corriendo por la playa. No me siguió, se quedó en el mismo sitio que lo había dejado con cara de no entender nada.

Cuando llegué, por fin, junto a Robert, recogí apresuradamente la toalla, la bolsa y la ropa.

—¿Qué pasa? Aran, me estás asustando —casi gritó Bob al verme herido y con un ataque de pánico y de histeria que no me dejaba reaccionar ni pensar con claridad.

—¡Es Kazan, Bob! Él es quien me ha amenazado y el que ha intentado matarme.

—¿Kazan? ¡¿Matarte?! —se levantó de un salto y recogió también sus cosas—. No sé de qué hablas, pero tienes que ir a la policía.

—¡No! La policía no.

Salimos de la playa a toda prisa bajo la mirada atónita de la gente que había a nuestro alrededor. Ni siquiera me había vestido pero no me importaba correr descalzo por las calles de Santa Cana llevando únicamente un bañador corto. Lo único que quería era llegar a casa, encerrarme, hacer la maleta y volver a toda prisa a Barcelona.

Pero aún no se había terminado el día y me esperaba otra desagradable sorpresa.

Al llegar a la portería de nuestro edificio y abrir la puerta, tuve que pararme en el vestíbulo a recuperar el aliento. Me sentía, por fin, a salvo. Bob llegó un par de minutos después, jadeando.

—Joder, tío. Casi no puedo seguirte.

Subimos las escaleras porque no me apetecía encerrarme en el ascensor y cuando llegamos al tercer piso y empezaba el último tramo de escaleras para llegar a la cuarta planta, noté que alguna cosa no iba bien. El olor. Un olor fuerte, dulzón. Subimos los

últimos escalones muy despacio, sin levantar la vista hacia la puerta porque temía ver lo que podía encontrarme. Puse una mano en el pecho de Bob para retenerlo y continué yo solo. Las manchas en el felpudo ya me alertaron. Con la respiración entrecortada, levanté la cabeza y lo vi en el mismo momento que Bob, detrás mío, lanzaba un grito.

En la puerta, clavado con un gran cuchillo de cocina, había un gato negro muerto, sanguinolento y aún caliente.

Bob me tiró del brazo queriendo arrastrarme escaleras abajo pero yo estaba paralizado. La visión de ese pobre animal asesinado vilmente me había dejado petrificado, aunque poco a poco, el miedo, el terror, se fue transformando en ira y rabia. Me deshice de Bob y me acerqué a la puerta tapándome la nariz con el brazo. El olor de la sangre me resultaba insoportable. Cogí el cuchillo y lo arranqué de la puerta. El gato cayó al suelo.

—¿Qué haces? ¡No toques nada! Vamos a llamar a la policía —gritó Bob con el teléfono en la mano temblorosa, marcando el número.

—No. Cuelga. No vamos a llamar a nadie —dije muy sereno por primera vez en muchas horas.

—Pero... pero...

—Bob, tengo mucho más miedo que tu. Esto me supera. Pero si Kazan lo hace para asustarme, no le voy a dar ese gusto.

—¿Por qué te está haciendo esto, precisamente él, que parecía que le gustabas?

—No lo sé, pero lo averiguaré. Aunque no ahora, mañana. Ahora estoy demasiado asustado aún.

—De verdad, Aran, deberías llamar a la policía. Si es capaz de hacer esto a un animal inocente, ¿qué no puede hacerte a ti? Ya te ha perseguido y amenazado con un cuchillo.

Negué con la cabeza.

—Al menos vente a casa. No te quedes aquí.

Volví a negar. La determinación que tenía antes de huir a Barcelona corriendo, había desaparecido. Me quedaría, afrontar la situación y desenmascararía a Kazan o a quien fuera que me hacía esto. Si huía me quedaría el terror metido en el cuerpo para siempre y nunca más sería capaz de volver a Santa Cana o de dormir tranquilo. No, me quedaría.

—Prefiero quedarme en mi casa...

—Entonces me quedo contigo. Me quedaré más tranquilo.

Me encogí de hombros abriendo la puerta del apartamento. De la cocina saqué una bolsa de basura, metí el gato, el cuchillo y el felpudo dentro y se lo di a Bob.

—Por favor, ¿puedes tirar esto en el contenedor? Voy a limpiar la sangre.

—¿Yo solo? ¡Ni lo sueñes!

Le miré fijamente a los ojos y me convencí de que estaba tan o más asustado que yo.

—Bien. Vamos los dos —asentí.

Cerré la puerta con llave y fuimos hasta los contenedores de la esquina. Tiramos la bolsa en uno de ellos mirando a nuestro alrededor por si veíamos alguna cosa extraña o a Kazan y nos volvimos corriendo al edificio cerrando otra vez todas las puertas con llave, pasador y seguro.

XI

Me aseguré de que la puerta del apartamento quedara bien cerrada y, por si acaso, puse una silla detrás. Luego dejé que Bob me curara las heridas que me había hecho en la huida mientras insistía una y otra vez en llamar a la policía, hasta que me cansé y le amenacé con que si me volvía a insinuar una vez más algo relacionado con la policía, la persecución o el gato muerto, lo echaba de casa y tendría que quedarse solo en su piso. La amenaza, un farol por mi parte, surtió efecto, terminó de curarme en silencio y después se echó en una tumbona de la terraza a tomar los últimos rayos de sol de la tarde. Tenerlo cerca me tranquilizaba en parte, aunque lo que realmente me hubiera gustado era estar solo, reflexionar sobre todo lo sucedido e intentar descubrir quién estaba detrás de todo. Pero era incapaz de coordinar un solo pensamiento que fuera válido, aún tenía mis nervios demasiado alterados. Tenía que tranquilizarme como fuera, así que me acerqué al caballete de pintura, destapé el cuadro que había empezado varios días atrás (y que no me gustaba como se estaba resolviendo) y lo tiré, descartado, a un lado. Puse un lienzo nuevo, cogí la paleta, la cargué de pintura roja y deslicé un trazo suave sobre la tela blanca. Mezclé la pintura con marrón y repetí la operación con un trazo más vigoroso y nervioso que atravesaba el lienzo de lado a lado en una diagonal eléctrica, como si fuera un rayo. Ahora había dos líneas, una diagonal desgarrando la tela y una suave y pequeña en un lateral. Alrededor de ellas fui dibujando una serie de círculos concéntricos que iban envolviéndolo todo pero rotos por la diagonal, cada círculo de un color diferente y siempre jugando con las tonalidades del rojo, carmín y ocre. A medida que el cuadro se iba llenando de color y fuerza con la representación de mis sentimientos alterados, mi mente se relajaba y podía pensar con mayor claridad.

Durante las últimas horas, sobre todo con nuestro encuentro después de mi caída por el acantilado, me había obsesionado con que mi acosador era Kazanjian, pero ¿realmente tenía alguna prueba de ello? ¿No se había mostrado realmente preocupado al verme herido en la playa? ¿Y si detrás de todo había otra persona? ¿Pero quién? ¿Quién?! ¿Cómo averiguarlo? Tenía que ver a Kazan, enfrentarme a él y mirarle a los ojos, sus ojos eran sinceros, incapaces de mentir y me dirían si el culpable era él o no. Pero ¿cómo localizarle si ni siquiera sabía la forma de contactar con él? ¡Eduardo! Eduardo, el camarero del Iris era el único que me había dado alguna información sobre Kazan. Quizá supiera cómo podría encontrarlo.

Dejé el lienzo y me precipité al teléfono. Eran más de las ocho de la tarde, Eduardo ya estaría en el Iris trabajando.

Bob levantó la cabeza al oírme trastear por el piso.

—¿Ocurre algo? —preguntó alarmado.

—No, nada, tranquilo. Continúa con lo tuyo.

Después de rebuscar un rato, conseguí encontrar el móvil dentro del bolsillo interior de la bolsa de la playa y marqué el número del bar.

—Cafetería Iris, dígame.

—Eduardo, soy Aran...

—¡Ah! Hola, Aran. ¿Cómo va todo? Tienes que contarme lo que ocurrió la otra noche. Está todo el mundo revolucionado.

—¿Todo el mundo?

—Bueno, ya sabes, Mantis e hijo...

—¡Ah, eso! —le corté—. No tiene más importancia. Pero oye, yo te quería preguntar si tienes el teléfono de Kazanjian.

—¿El chico del que hablamos el otro día, ese de Villaociosa?

—El mismo.

—No, lo siento. Pero si te sirve de algo, creo que vive cerca de la iglesia. ¿Conoces aquel edificio horrible pintado de color naranja que hay en la plaza?

—¿No me dirás que vive allí?

—Jajajajaja. No. Justo en el de al lado, uno de tres pisos de altura. Blanco. Le he visto salir de la portería unas cuantas veces. Supongo que vivirá allí, pero no puedo asegurarlo.

—Bueno, por algún sitio se empieza. Gracias, Eduardo. Te debo una.

—No te preocupes y cuídate.

Colgué el teléfono sin siquiera despedirme, me lo guardé en el bolsillo de las bermudas, me puse unas sandalias y me dirigí a la puerta.

Bob, que había estado atento a todos mis movimientos sin que yo me diera cuenta de ello, me llamó desde la terraza.

—¿Dónde vas?

—¡Tengo que salir ahora mismo!

—¿Con ese loco por ahí suelto? Ni lo sueñes.

—Perdona, bonito, pero ni tú ni nadie va a impedírmelo —le solté.

—¡Vale, vale! ¡No hace falta ponerse borde! Voy contigo.

—Perdóname, Robert, estoy alterado. Aprecio tu interés, pero esto tengo que hacerlo yo solo.

Estaba totalmente decidido y no quería que hubiera interferencias por parte de nadie y llevar a Bob conmigo podría representar la diferencia entre solucionar de una vez por todas el tema de las amenazas o salir pitando, asustados, camino de la policía, con lo cual se eternizaría la solución al problema, aparte de que se haría público y no me apetecía ser aún más la comidilla de Santa Cana.

Robert se quejó e intentó convencerme de que debía acompañarme, pero le di la espalda y abrí la puerta saliendo al rellano sin esperar a que llegara el ascensor. Aún no había bajado ni dos escalones, y mi amigo ya salía detrás mío.

—¡Te he dicho que voy a ir solo! —grité sin detenerme.

—Lo sé, lo sé —apaciguó Bob—. Sólo quería decirte que antes de irte deberías vestirme un poco, ¿no?

Me paré en mitad de la escalera mirándome y me di cuenta de que únicamente vestía las bermudas, además llevaba el torso y la cara llenos de salpicaduras de pintura roja y marrón. Volví al piso y me puse la primera camiseta que pillé, una vieja y sucia, sin preocuparme de adecentarme o, al menos de quitarme un poco de pintura, y salí corriendo a la calle.

Las tiendas aún no habían cerrado y las calles estaban llenas de gente que vagabundeaba después de un día de playa, mirando los escaparates atiborrados de recuerdos a cual más hortera y anacrónico o de camisetas ya descoloridas por el sol que colgaban, año tras año, en unos ganchos en las entradas de los locales junto a un montón de bolsos y bolsas de piel de imitación. Sin embargo yo no era consciente ni de las tiendas, ni de los turistas que me miraban con aprehensión debido a mi mal aspecto, y llegué a la plaza de la Iglesia. No me costó localizar el edificio de siete pisos de color naranja y al lado, como si estuviera fuera de lugar entre el gigante y la iglesia, un bloque de tres pisos de altura. Tenía que ser ése.

Me acerqué despacio, con la mirada fija en la portería mientras la gente que salía de misa se apartaba de mí como si tuviera la peste. No me importaba. Mi atención estaba centrada en la puerta y en la sensación de que me estaba metiendo de lleno en la boca del lobo. Pero no podía echarme atrás. Ahora no. Ya había llegado muy lejos.

Apoyé la mano en el pomo de la puerta y empujé. Estaba abierto. Entré en un estrecho y oscuro vestíbulo. Busqué el interruptor de la luz y la encendí. A la derecha estaban los buzones. Tres. No sería difícil. En el correspondiente al tercer piso, escrito con bolígrafo negro y con una caligrafía muy cuidada, un nombre. Sólo uno, el que me interesaba: Kazanjian.

Volví a darle al interruptor de la luz y ascendí por la escalera con el corazón latiéndome a mil por hora, a punto de salirse del pecho. Hasta el segundo piso subí corriendo de dos y de tres en tres escalones. Del segundo al tercero ya fui más despacio. Me sudaban las manos y el bigote. Llegué al piso y me planté delante de la única puerta del rellano sin saber qué hacer. Toda mi determinación se había esfumado en cuestión de segundos. ¿Qué le diría en cuanto lo tuviera frente a mí? ¿Que dejara de acosarme? ¿Que ya sabía que era él quien me dejaba animales muertos en casa? ¿Y si estaba equivocado? No me atrevía a pulsar el timbre. Dejé mi dedo apoyado al lado del interruptor durante más de dos minutos.

Se apagó la luz y di un respingo al mismo tiempo que, debido al susto, apreté el botón que hizo sonar una campanilla en el interior de la vivienda. Estaba a oscuras, sin aliento, esperando. Un minuto. Dos. Tres. Nada. Me puse aún más nervioso y volví a llamar, esta vez voluntariamente. Esperé. Un minuto. Dos. Tres. Nada. No

había nadie en casa, o no quería abrirme.

Volví a encender la luz de la escalera y apoyé la cabeza en la puerta intentando escuchar algún ruido en su interior. Nada. El silencio más absoluto. Kazan no estaba en casa. Me aparté de la puerta, a punto para irme, derrotado, cuando noté que me había ensuciado con un líquido espeso que había en la madera del marco. Me limpié con un pañuelo de papel.

Se apagó la luz. Volví a darle al interruptor para descubrir, horrorizado, que el pañuelo estaba rojo. Miré la puerta. Pequeñas manchas, que no había visto antes, la salpicaban a la altura de la cabeza. Sangre. También había manchas en la pared y en el felpudo, del mismo tipo que las que habían quedado en mi casa después de encontrar el gato clavado en la puerta.

Golpeé la madera con los puños gritando el nombre de Kazan convencido ya de que él no era mi acosador y que podría estar en el mismo peligro que yo, o quizá más. Pero el por qué era algo que aún se me escapaba y que tardaría en entender.

Mis gritos hicieron que una voz, proveniente del piso de abajo, preguntara qué pasaba. Me asomé por la barandilla y vi una mujer mayor con cara de fastidio.

—¿Ocurre algo, joven?

—¡Señora! ¿Sabe dónde está Kazan?

—¿Es amigo suyo?

—Sí señora. Por Dios, ¿dónde está, lo sabe?

Bajé las escaleras corriendo y la pobre mujer, asustada, se recluyó tras la puerta de su piso sin cerrarla del todo, pero a punto de hacerlo si el hombre que tenía delante se ponía peligroso, ya que parecía fuera de sus casillas. Intenté calmarme, necesitaba la información y asustando a la mujer no conseguiría nada.

—Señora, es muy importante que lo encuentre. Me haría un favor muy grande si me dijera dónde ha ido.

—¿Y cómo sé yo que no has sido tú quien le ha dejado la rata muerta? —dijo casi cerrando la puerta.

—¿Le han dejado una rata muerta? ¡Dios! ¡Necesito encontrarle! Por favor, dígame dónde ha ido. Es mi amigo y puede estar en peligro. ¡Tengo que ayudarlo! —exclamé.

Cómo habían cambiado las cosas en pocos minutos. Había pasado de creerle culpable a saber que era tan víctima como yo y ese convencimiento no me dejó pensar con claridad y darme cuenta de que si le amenazaban igual que a mí era porque alguien que nos conocía a los dos nos quería algún mal.

La mujer me miró fijamente a los ojos y debió de convencerse de que decía la verdad porque abrió un poco más la puerta.

—Ha ido a la policía, o al menos eso me ha dicho...

—¿A qué se refiere?

—Que creo que me ha mentido para tranquilizarme y que ha ido a buscar a quien le ha dejado ese asqueroso bicho muerto.

—¿Kazan sabe quién ha sido?

—Eso no lo sé yo. Lo siento, joven. Me lo he encontrado en la escalera cuando salía con la rata en la mano y no me ha dicho nada más.

—Da igual. Muchas gracias, señora. Ha sido usted muy amable.

—¿Pero qué está pasando? ¿Se ha metido en algún lío?

Me giré sin responder y bajé las escaleras corriendo. La cosa se complicaba más de lo que deseaba. Kazan también estaba siendo amenazado, pero ¿por quién? ¿A quién teníamos en común? ¿Eduardo? ¿Robert?

Salí a la calle sin saber qué dirección tomar. Según la mujer, le había mentido al decir que iba a la policía. Aunque quizá solo había sido su percepción y sí que había ido realmente. No podía saberlo sin acercarme a la comisaría. Además tampoco tenía ninguna otra pista mejor para seguir.

Llegué a la comisaría acalorado, sudado y sucio de pintura, por eso no me extrañó que el policía municipal que había en la recepción me mirara por encima de sus gafas con mala cara. Me apoyé en el mostrador para recuperar el aliento mirando hacia el interior de las oficinas por si veía a Kazan en alguna mesa poniendo la denuncia, pero dentro no había nadie más que un par de administrativas y un policía de uniforme concentrado detrás de una pantalla de ordenador.

—¿Qué desea? —me preguntó el policía en tono seco.

—Verá. Estoy buscando un amigo mío que ha venido esta tarde a poner una denuncia.

—No puedo dar información de quién ha venido y quién no.

—Por favor, es muy importante que lo encuentre.

—También es importante que la gente no aparque en los reservados para minusválidos.

—¡No me toque los coj...! —Exclamé—. ¿Y si le doy mi NIE, mis datos, lo que sea, para que vea que soy legal, me lo dirá? —continué intentado tranquilizarme.

Esta vez me miró con cara de muy pocos amigos y se levantó lentamente para ponerse a mi altura. Clavó sus ojos en mí sin pestañear, y mientras yo le aguantaba, a su vez, la mirada, me llevé la mano al bolsillo trasero de las bermudas para sacar la cartera, pero descubrí, nervioso, que no la llevaba. Había olvidado cogerla antes de salir de casa y ahora podía ser un extranjero indocumentado en una comisaría de policía enfrentándome de malas maneras a un agente. La cosa podía acabar con una estancia regalada en el calabozo.

—Perdone, estoy muy nervioso. Es muy importante que lo encuentre —dije respirando hondo teatralmente para que viera claramente que estaba apenado por mi arrebatado de ira.

El policía se creyó mi disculpa o hizo ver que se la creía y se relajó lo justo para permitirse cierto acercamiento.

—Yo lo conozco. ¿Usted no es ese pintor catalán de Barcelona que veranea en el pueblo? —preguntó.

—Canadiense. Pero sí, soy ese pintor —agradecí mentalmente que, a pesar de ser un municipio turístico que en verano cuadruplicaba su población, no dejaba de ser un pueblo pequeño en el que todo el mundo se conocía.

—¡Hum! Debería calmar sus arrebatos y vestirse decentemente.

—Lo haré, perdone.

Se sentó de nuevo, calmosamente, colocándose bien las gafas.

—Esta tarde no ha venido nadie a poner ninguna denuncia. De hecho no ha venido nadie excepto usted. Ha sido una tarde tranquila.

La señora había tenido razón en su presentimiento. Kazan no había ido a la comisaría a denunciar nada. Entonces, ¿dónde estabas, Kazan?

—Gracias, agente. Ha sido usted muy amable. Disculpe mi comportamiento de antes, no volverá a ocurrir. Buenas tardes.

Salí de la comisaría abatido y sin saber a dónde ir ni qué hacer.

Al pasar delante del Iris (eso también era lo bueno, o lo malo, del pueblo, que no había grandes distancias y pasabas una y otra vez por delante de los mismos sitios), decidí entrar a beber alguna cosa, estaba sediento, y también aprovecharía para agradecer a Eduardo su ayuda, aunque no me hubiera servido de mucho y de paso intentaría descartarlo como sospechoso.

No había mucha clientela a esa hora en el Iris, un par de viejales del pueblo y una pareja de turistas despistados o que querían empaparse del folclorismo local alejado de los locales para turistas sin pretensiones.

Eduardo, al verme, salió de la barra y acudió hasta mí, preocupado. Me sorprendió su reacción, pero al verme reflejado en el espejo de detrás de la barra, lo entendí.

—¿Qué te ha pasado? Pareces un pordiosero —me soltó.

—Hombre, gracias por el cumplido. La verdad es que he salido de casa corriendo y no me di cuenta que llevaba puesta la ropa que me pongo cuando pinto. Lo sé, voy hecho un desastre pero ahora eso no me preocupa en absoluto. Ponme una tónica, por favor.

Me senté en un taburete y me bebí el primer vaso del refresco de un trago.

—¿Has encontrado al de Villaociosa?

—No, y estoy muy asustado... Puede que esté en peligro y yo también...

—¿Pero...?

Su cara mostró sorpresa y una gran preocupación. No podía decir que Eduardo era un amigo, nos habíamos conocido ese mismo verano y nuestra relación no había

pasado de camarero a cliente pero desde el primer día habíamos conectado bien y sentía que podía confiar en él. Por eso lo descarté enseguida como sospechoso, igual que Robert, y le conté con todo detalle los acontecimientos que me habían pasado los últimos días. Acontecimientos que se sumaban a la extraña aparición de Kazan en mi vida, al descubrimiento de mi sexualidad y al rechazo por parte de unos cuantos tarados homófobos. Cuando acabé mi historia, Eduardo me miró atentamente.

—Sólo puedo decirte que nunca olvidarás este verano, chico —me dijo apoyando su mano en mi hombro—. Y que si necesitas mi ayuda que cuentes con ella, a la hora que sea. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Gracias.

—¡Oye! —Exclamó de repente—. ¿Y si ha ido a buscarte a tu casa?

—¿Quién?

—Kazan-no-sé-qué-más.

—No sabe dónde vivo.

—Tampoco sabía tu nombre y sin embargo te llamó por él, según dices.

Quizá tenía razón. Cabía esa posibilidad y tampoco tenía ninguna otra idea. Eduardo insistió en acompañarme a casa, solamente le tenía que dar dos minutos para que encontrara un sustituto. Me negué prometiéndole que le pondría al día de todo lo que sucediera. Salí corriendo del Iris sintiendo la mirada desaprobadora de los dos viejos.

Mi apartamento no estaba lejos y, aunque podía haber llamado antes a Bob para preguntarle si alguien había ido a casa, no se me ocurrió hasta que al girar la primera esquina, mi móvil sonó insistentemente. Descolgué sin mirar el número de quién llamaba.

—¿A quién buscas con tanta insistencia por las calles, eh, maricón de mierda?

Me paré tan en seco que trastabillé yo solo. El corazón me dio un vuelco y me empezaron a temblar las manos y las piernas. Tuve que apoyarme en una pared para no caer.

—¿Quién...? ¿Quién eres? —pregunté intentando identificar la voz que había al otro lado de la línea y que me había hablado en un tono lleno de desprecio, rayando casi el odio. No tenía ni idea de quién podía ser, pero de lo único que estaba seguro era de que esa voz no pertenecía a Kazanjian ni a Eduardo ni a Robert.

El tío, fuera quien fuera, rió a carcajadas, pero no tenía nada de divertido ni de gracioso.

—Ya no te gusta tanto el verano, ¿verdad?

—¿¡Quién cojones eres!? ¡Déjame en paz! —exclamé a gritos.

—Soy tu pesadilla, chuloputas, comepollas. No, no pongas esa cara, ya sabes quién soy.

Giré sobre mi mismo mirando a mi alrededor desesperado. ¡El perturbado me

estaba viendo! Corrí por la calle, hacia la plaza, con el auricular pegado a la oreja intentando identificar a alguien con un teléfono en la mano que pudiera ser él, pero había un montón de gente hablando por teléfono y todos me parecían sospechosos, aunque fueran mujeres. Me paré en mitad de la plaza mirando hacia todas partes, incluso en las ventanas y balcones, buscándolo. Nada. Estaba bien escondido o en realidad se estaba marcando un farol y no me veía.

—¿Dónde estás? ¡Hijo de puta! ¡No te escondas!

—Ya me verás. Todo a su tiempo. El juego está a punto de empezar. Prepárate para vivir tu peor pesadilla —me amenazó suavemente pero con la contundencia de quien está decidido a llevar a término su amenaza.

—¡Vete a la mierda, cabrón!

Colgué el teléfono y estuve a punto de estrellarlo contra una pared en un estallido de rabia mal contenida mientras sentía todas las miradas fijas en mí, pero necesitaba el aparato. Llamé a Bob que me contestó a la primera señal.

—¡Aran! ¡Te estaba llamando pero tu teléfono no contesta!

—Bob...

—¡Aran, está aquí! ¡Está llamando a la puerta, pero no me atrevo a abrir!

—¿Quién? ¿Quién está llamando a la puerta?

—Dice que es Kazanjian, pero no lo sé, nunca he hablado con él... Ni siquiera sé qué cara tiene...

—Bob. Kazan no me dejó el gato muerto... Es otra persona pero aún no sé quién.

—¿Le abro?

—¡No! Dile que se espere en el rellano y no abras hasta que yo llegue. Debemos asegurarnos de que es él y no el loco que nos persigue. ¡En tres minutos estoy allí!

—Vale, vale, te espero.

Corté la comunicación, me puse el teléfono en el bolsillo y salí todo lo aprisa que pude hacia el apartamento. No estaba lejos, pero en ese momento me pareció que tardaba una eternidad en llegar.

Por fin vi mi calle y el portal. Tuve que agarrarme a la puerta para no pasarme de largo debido al ímpetu que llevaba. Entré en tromba al vestíbulo y subí los escalones de cuatro en cuatro hasta llegar a mi piso. No había nadie. ¿Qué estaba pasando? Habían pasado un par de minutos desde que había colgado a Bob, no podía ser que Kazan hubiera desaparecido ya. Pero... ¿y si no era él?

Acabé de subir los últimos escalones a poco a poco cuando se apagó la luz de la escalera. Me quedé unos segundos quieto bajo el leve resplandor de la luz de emergencia. Me pareció oír pies arrastrándose pero quizá eran imaginaciones mías debido al estado de tensión en que me encontraba, así que me precipité hasta el interruptor y le di a la luz. No tuve tiempo de más. Algo o alguien me cogió por los hombros y, antes de poder reaccionar, me vi empujado por las escaleras. Caí rodando,

golpeándome las piernas, la espalda, la cabeza, los brazos contra la pared, contra el granito del suelo y contra la barandilla de hierro. No podía hacer nada para evitar seguir rodando. A duras penas podía cubrirme la cabeza con los brazos para protegerme un poco, pero fue tan rápido que de pronto me estrellé contra la pared del rellano del piso de abajo. El dolor que sentí fue brutal. Oí crujidos de huesos y pensé que me los había roto todos, pero al menos había parado de rodar por las escaleras y creí que ya todo había terminado. Entonces oí en directo la risa de perturbado, que había escuchado minutos antes por teléfono y vi aparecer en lo alto del tramo de escaleras una figura alta, oscura. Intenté incorporarme, pero punzadas de dolor recorrieron todo mi cuerpo y no pude. El esfuerzo hizo que se me nublara la vista y sintiera un sudor frío que me paralizaba.

—No. Ahora no. No puedes perder el conocimiento... No puedes —me dije a mí mismo.

Sin embargo notaba como me fallaban las fuerzas y estaba a punto de desmayarme, con lo que dejaba camino libre a mi acosador y casi asesino a terminar el trabajo que había empezando tirándome por las escaleras. No podía hacer nada, ni la rabia más intensa que sentía me mantenía consciente y me sentí sucumbir.

No llegué a perder el conocimiento del todo porque escuché puertas que se abrían, gritos y golpes. Al poco se hizo el silencio y me sentí zarandeado por los hombros. Entreabrí los ojos. Kazan estaba delante mío. Le miré entre neblinas y le vi vestido de oscuro y pensando que había sido quien me había tirado escaleras abajo, luché con las pocas fuerzas que me quedaban para huir de él. Después de todo ha sido Kazan, pensé. Me había engañado desde el primer día jugando a un juego del que yo no conocía las reglas y del que era un jugador pasivo, involuntario. Pero no me vencería tan fácilmente, si quería acabar conmigo se lo podría difícil y si no podía escapar, al menos me defendería tanto como pudiera.

Estaba en cuclillas y me tenía cogido por los hombros, sacudiéndome. Su cara estaba a pocos centímetros de la mía y me decía algo que yo no lograba entender. Me deshice de su abrazo y alargué las manos apartándole de mí con más decisión que fuerza. Kazan trastabilló y se levantó antes de caer.

—¡Aran! —Exclamó—. ¿Qué haces?

Me incorporé con gran esfuerzo y me senté en el suelo mirándole fijamente. Kazan ponía cara de no entender nada.

—¿Por qué...? —le interrogué con un hilo de voz.

No pudo contestarme, en ese instante hubo una explosión y la escalera se iluminó con un potente estallido de luz. Kazan se estremeció, dejó escapar un aullido mientras un reguero de sangre bajaba por su hombro, caía al suelo y una bala se incrustaba en la pared a escasos centímetros de mi cara.

Ahora el que no entendía nada era yo. Miré hacia lo alto de la escalera, de donde

había procedido el disparo. Se había apagado la luz de nuevo pero había la suficiente para ver la silueta de un hombre con una pistola humeante en la mano, apuntándome y preparado para usarla de nuevo.

—¿No me reconoces? —preguntó el extraño al mismo tiempo que accionaba el interruptor de la luz.

Al principio no supe quién era, me encontraba demasiado aturdido, pero al poco le reconocí.

—¿David?

—Vaya ¡Pero si puedes recordar mi nombre y todo! Esto sí que ha sido una sorpresa.

—No entiendo...

—¿No entiendes? —Exclamó—. ¡Qué vas a entender tú! Los tíos buenos como tú sólo entendéis de vosotros mismos, sois incapaces de ver más allá de vuestro rabo o de vuestro culo. Egoístas que sólo tenéis ojos para follar con tíos como vosotros... ¿Y dónde quedamos nosotros, lo que no estamos tan buenos ni tenemos un cuerpo diez, los que no somos tan expertos folladores como vosotros o que no tenemos un rabo espectacular...? Pero yo... Yo también tengo sentimientos, ¿sabes? Y no puedes rechazarme como lo hiciste en el bar. No. Sólo te pedía que fueras mi amigo... Pero no. Tú no. Tú eres demasiado perfecto para hacerte amigo de un mierda como yo, ¿verdad?

—David...

—¡Cállate! Estoy cansado de tantos rechazos, de tanta represión en mi vida, cansado de los tíos como tú... Iba a jugar más contigo, meterte un poco más el miedo en ese cuerpo tan perfecto, pero ya estoy hartito, voy a terminar de una vez... — Levantó la pistola.

Kazan se incorporó a toda velocidad subiendo las escaleras como un rayo. David, que le creía inconsciente y fuera de combate, no esperaba esa reacción y no tuvo tiempo de repeler el ataque. De un salto, Kazan cayó sobre él derribándole y se enzarzaron en una lucha. Kazan le cogió la mano con la que sujetaba la pistola para evitar que pudiera usarla de nuevo, pero David tenía mucha fuerza, la fuerza de un loco, y además Kazan estaba herido y sólo disponía de una mano para atacar y defenderse.

Despacio, sujetándome en la barandilla e ignorando el dolor que sentía en la pierna, me puse en pie. Tenía que ayudar a Kazan. En ese momento se abrió la puerta de mi apartamento y un Robert aterrado asomó la cara.

—¡Bob! ¡Llama a la policía! —grité.

—¡Ya lo hice!

Acabó de abrir la puerta, llevaba un bate de béisbol en la mano a punto para usarlo pero no conocía a ninguno de los dos hombres que luchaban en el rellano y no

sabía de quién debía defenderse.

Sonó otro disparo que fue a parar al techo. Bob soltó el bate y se encerró en el piso. Por décimas de segundo, David y Kazan se quedaron quietos, estudiándose, pero David fue más rápido en reaccionar al disparo accidental y le propinó un golpe en la cara con la culata de la pistola. Kazan gritó y empezó a salirle mucha sangre de la nariz.

Arrastrando la pierna, había conseguido llegar a mi rellano sin que me vieran. Kazan estaba medio aturdido y ya casi no podía luchar con David. Me colé entre ellos y la pared y recogí el bate de béisbol olvidado por Bob. Lo cogí con las dos manos dispuesto a golpear la cabeza de David cuando éste, con un gesto inesperado, propinó un puñetazo en la nariz maltrecha de Kazan que le hizo rebotar la cabeza contra el suelo y quedar inconsciente. Después levantó la pistola, me miró con ojos de ira y disparó.

Supe que estaba perdido antes de sentir un ardor extremo en mi estómago. Dejé caer el bate y caí de rodillas. David tenía una sonrisa triunfal dibujada en el rostro, pero de repente se transformó en una mueca extraña, mezcla de sorpresa y de terror. Yo me estaba apretando la herida intentando desesperadamente que no se me escapara la vida junto con la sangre que perdía y no entendí qué había pasado hasta que vi el arpón salir por el pecho de David, justo a la altura del corazón. Cayó al suelo a escasos centímetros de mí, muerto. Detrás suyo, en un último aliento de vida, distinguí la figura de Bob con mi antigua y olvidada pistola submarina de arpones en la mano.

No recuerdo nada más. El mundo se había convertido en frío y oscuridad.

XII

Siempre había oído que cuando mueres, ves pasar toda tu vida como si fuera una película y ves a tus seres queridos, los que han muerto antes que tú, que vienen a buscarte para ayudarte en tu recorrido a la nueva vida eterna, en tu búsqueda de la luz. Todo aquello del túnel y la luz. Yo no. Yo no vi nada de eso, ni túneles, ni luces, ni familiares, ni a Cristo tendiéndome la mano... Nada. Oscuridad total y sobre todo frío, mucho frío.

Recuerdo que cuando noté que la vida se me escapaba por la herida del estómago, era muy consciente de que me moría irremediablemente pero aún así fui incapaz de tener un último pensamiento hacia mis padres o de pronunciar mis últimas palabras, las que la gente, a través de Bob, recordaría de mí. En cambio pensé en los titulares de los periódicos del día siguiente: «Crimen pasional entre homosexuales»; «¿Ajuste de cuentas?»; «Dos gays se matan por causas desconocidas», etc. Y me cabreeé. Me fui hacia las tinieblas del más allá o lo que hubiera después de la muerte, cabreado, jodido y echando pestes de todo y de todos. Luego me envolvió un frío inhumano y la nada más absoluta. Hasta que poco a poco empecé a escuchar ruidos a mí alrededor y a ser consciente de nuevo.

Al principio no podía entender dónde me encontraba. Si en el momento de mi muerte lo único que sentí fue que desaparecía el mundo de mí alrededor y que más allá no había nada, ¿qué eran esos ruidos? Intenté abrir los ojos pero no podía, así que desistí de cualquier esfuerzo absurdo y me dejé ir de nuevo. Si Dios o Jesús o Alá o Buda o quien fuera que existiera me venía a buscar, pues perfecto, y si no, pues descubriría que absolutamente todas las religiones estaban equivocadas y no había nada de nada después de la muerte. Ninguna vida eterna, ningún paraíso, ningún infierno.

Al cabo de un tiempo, no sabría decir si horas, días, meses o años, los ruidos volvieron y con ellos un leve resplandor que me hería los ojos aunque los tuviera cerrados.

Pero no fue hasta que me empezó a doler todo el cuerpo otra vez que no fui consciente de que estaba vivo porque si, una vez muerto, existía ese dolor tan intenso, la eternidad era una putada muy jodida.

El convencimiento de mi resurrección me llegó del exterior, por una suave caricia en el dorso de mi mano y una voz susurrante. Hice un esfuerzo supremo y, sacando fuerzas de flaquezas, conseguí la gran proeza de abrir los párpados. A mi lado estaba Kazan que, al ver que le miraba, empezó a llorar y huyó corriendo. Segundos después la cara de un hombre canoso se acercaba a la mía con una linterna en la mano enfocándome directamente a las retinas. Entrecerré los ojos y el desconocido sonrió.

—Es buena señal, reacciona bien a la luz, pero el peligro aún no ha pasado —

escuché que decía.

Kazan estaba de pie detrás del médico sin atreverse a mover e intentado aguantarse las lágrimas, sin conseguirlo. Llevaba un brazo en cabestrillo y un oscuro hematoma le cubría la nariz y parte del ojo derecho.

Quise incorporarme, pero me dolía todo el cuerpo y abandoné el intento hundiéndome en la almohada. Sin duda, por el color de las paredes, los pitidos de las máquinas y el olor a medicinas, me encontraba en un hospital. Lo confirmé al ver una aguja clavada en mi mano con el tubo del goteo. Entonces empezaron a llegarme flashes de todo lo que había pasado y por qué me encontraba en una cama de hospital al borde de la muerte. Kazan había luchado por mí, para salvarme, había venido en mi ayuda y había resultado también herido.

—Lo... lo siento... —balbuceé mirando sus heridas.

Me costaba un gran esfuerzo poder hablar y la voz me salía entrecortada.

—Estoy bien, Aran. En unos pocos días, el hematoma habrá desaparecido y el brazo estará como nuevo... Ahora lo único que importa es que te restablezcas del todo y vuelvas a dar guerra en este pueblucho.

—¿David...?

Kazan movió la cabeza de lado a lado, negando.

—No te preocupes por él, ya no nos molestará nunca más.

Recordé el disparo, el ardor que sentí en el estómago y los últimos momentos antes de perder el conocimiento, con la cara desencajada de David precipitándose sin vida hacia el suelo. Respiré hondo y cerré los ojos. Me encontraba muy cansado, terriblemente cansado. Necesitaba dormir.

No sé cuantas horas estuve inconsciente, sólo sé que en mis sueños siempre aparecía Kazan a mi lado, hablándome, acariciándome la mano... Cuando me desperté de nuevo el sol entraba por la ventana y estaba solo en la habitación. Me sentía algo más fuerte y me incorporé un poco en la cama. A lo lejos, por la ventana, la visión del mar de un azul intenso, profundo, me reconfortó. A mi lado, sobre una butaca situada junto a la cama, había un grueso libro, unas gafas y un paquete de pañuelos de papel. Nada de aquello era mío. Alargué la mano y cogí el libro. «Olvidado rey Gudú», de Ana María Matute. Lo abrí por la primera página y vi mi firma estampada, como siempre hago con todos mis libros. Hacía mucho tiempo que había leído ese libro y no recordaba que lo tuviera en Santa Cana, sin embargo así debía de ser si alguien lo había utilizado para pasar las largas horas de vigía en el hospital. Supuse que había sido Bob. Sin embargo, cuando se abrió la puerta y apareció Kazan lo vi claro y supe que todos mis sueños habían sido reales, que Kazan había estado a mi lado todas las horas de inconsciencia, de desvarío.

Llevaba un café en la mano y al verme incorporado casi se le cae al suelo. Sonrió con una preciosa sonrisa, grande y blanca. Dejó el café sobre la mesilla y se abalanzó

sobre la cama abrazándome muy fuerte, llorando.

—¡Has vuelto! ¡Has vuelto! —Repetía una y otra vez.

—Kazan... Kazan, por favor... ¡Me estás ahogando!

Se separó un poco y me miró. Me secó delicadamente la cara, que se me había mojado con sus lágrimas.

—He tenido tanto miedo por ti... —me dijo—. Lo siento... Siento todo lo que ocurrió.

—No pudiste hacer nada... Soy yo quien debo pedirte perdón... Perdón por haber dudado de ti.

Kazan se levantó de la cama y se fue hasta la ventana mirando la playa. Estuvo callado unos minutos y finalmente se giró para encararse conmigo.

—Roberto me lo contó todo. Aran, tenías razones para dudar de mí. No te fui sincero. Quise comportarme de forma misteriosa, jugar contigo, aún sabiendo las consecuencias que podía comportar.

—No te entiendo.

—Verás —se acercó de nuevo a mi lado—. El primer día que te vi fue en la playa, el verano pasado. Yo estaba tomando el sol cuando llegaste con una morena espectacular y os pusisteis a pocos metros de mí. Al principio, por cómo hablabas con ella, pensé que eras un hetero chulopiscinas creído de ti mismo, pero luego hiciste un gesto que me llegó al corazón y caí enamorado como un tonto...

Recordaba la chica, Teresa, una madrileña que había conocido en Santa Cana con la que pasé tres días antes de que regresara a la capital. Pero no recordaba casi nada de lo que había hecho con ella excepto las tres noches de sexo en mi apartamento.

—¿Qué gesto? —pregunté intrigado.

—Fue una tontería. Ella se había ido al agua y tú te habías quedado en la arena cuando pasó por tu lado un matrimonio anciano. A la mujer le voló el pañuelo de cabeza y te levantaste rápidamente para recogerlo, y en lugar de dárselo, se lo pusiste delicadamente. Ella se sonrojó y tú le sonreíste. Fue una sonrisa tan dulce, tan tierna, que no pude resistirme y me puse a llorar. Lloré porque me había enamorado y creía que nunca podría conseguirte porque eras hetero. Sin embargo cuando te giraste para echarte de nuevo en la toalla, me viste y al verme llorar pusiste cara de sorpresa y de preocupación. En ese mismo momento me di cuenta de que estaba equivocado, que eras gay aunque tú no lo supieras. No me preguntes por qué, pero lo supe, quizá por tu forma de mirarme o, simplemente, por cómo le pusiste el pañuelo a la señora, no lo sé. Pero sí sé que no pude aguantar tus ojos azules sobre mí y me fui corriendo al agua.

—Kazan... —dije alargando los brazos para que se acercara más.

—No, Aran, aún no he terminado... Se acabó el verano y no te volví a ver. Al marcharme de Santa Cana y durante el invierno quise olvidarte pero no pude...

Cuando te vi este año me di cuenta enseguida de que se había producido un cambio importante en ti, pero que aún lo estabas experimentando. Y confirmé mis sospechas al verte entrar en la zona de cruising.

—Necesitaba reafirmar mi identidad sexual.

—Lo sé. Por eso quise acercarme a ti despacio, creando una atmósfera misteriosa a mí alrededor. Si jugaba bien mis cartas, mi presencia se te haría enigmática y quizá con un poco de suerte conseguiría que te sintieras tan atraído por mí como yo lo estaba, estoy, por ti.

—Pues las jugaste muy bien... —Kazan sonrió, avergonzado—. Pero aún me debes la explicación de cómo te apareciste en mis fantasías, si no te conocía... —le pedí.

—¡Ya me habías visto! En la playa. Quizá mi imagen te debió quedar grabada en el subconsciente y la recuperaste cuando aceptaste tu homosexualidad. No lo sé.

—Y cómo explicas que cada vez que te veía me encontraba mal.

—¡En eso sí que no tengo nada que ver! Nervios, estrés provocados por tantos acontecimientos y tan rápidos pasados en tu vida...

—Y yo pensando que eras una especie de ángel aparecido, alguien sobrenatural —reí.

—No, de carne y hueso, no hay nada de extraordinario en mi vida... Pero siento que la cosa no acabara como esperaba...

—Te equivocas —le dije mirándole fijamente a los ojos—. En seguida me sentí atraído por ti y creo que toda la promiscuidad que he tenido este verano ha sido porque, en el fondo, te estaba buscando desde que vi tu imagen en mi mente en el baño de mi casa en Barcelona... Creo que yo también estoy enamorado de ti.

No lo supe hasta que lo dije. Fue en ese momento que sentí como mi corazón latía con fuerza y que amaba a Kazanjian como nunca había querido a nadie, que quería compartir el resto de mi vida con él.

Kazan me abrazó y me besó. Fue un beso tierno, dulce. No intenso ni apasionado, sino un beso de amor. Había luchado, me había defendido y había puesto en peligro su propia vida por mí. Las lágrimas llenaron mis ojos y le agarré con fuerza, necesitaba sentirle lo más cerca posible de mí, tenerlo a mi lado, tocarlo, que no se separara jamás de mí.

—Tenía tanto miedo de perderte —me susurró al oído.

—Estoy aquí, Kazan. No me has perdido, al contrario.

Me besó en el cuello.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, Kazan.

—¡Dios! ¡Qué bonito! ¡Me voy a poner a llorar de la emoción!

Robert había aparecido por la puerta de la habitación con un enorme ramo de

flores en la mano.

—Esto... Si acaso ya vuelvo en otro momento...

—Anda, pasa, tonto —le dije mientras Kazan se incorporaba y se sentaba en la butaca mientras Bob le substituía en el abrazo.

—¡Joder, Aran! ¡No vuelvas a asustarme de esta forma!

—Bob, creo que debo darte las gracias. Te debo la vida...

—Sí, eso dicen. Pero no me lo recuerdes. Lo que pasó es una experiencia que quiero borrar de mi vida.

—¿Cómo estás tú? —le pregunté.

—Bueno, lo superaré... En cuanto deje atrás el juicio.

—¿Juicio? —me sorprendí.

A pesar de la alegría desbordante de Robert, ese era un tema duro para él y le costaba hablar sobre ello. Fue Kazan quien lo contó mientras ponía las flores en una botella de plástico cortada por la mitad.

—Aunque está claro que fue en defensa propia y estamos nosotros como testigos, además de las pruebas balísticas y de todas las pruebas recogidas por la policía en la investigación contra David, su familia ha puesto una denuncia. Pero no te preocupes, Aran, lo policía nos ha dicho que lo más probable es que el juez, a la vista de las pruebas, la desestime y no lleguemos siquiera a juicio.

—Me parece increíble después de lo que hizo. ¡Intentó matarnos!

—Era su hijo, hay que entenderlos.

—¿Y quién nos entiende a nosotros? —exclamó Robert—. El tío estaba como una regadera. Era un loco que no aceptaba su homosexualidad por culpa de unos padres que le tenían reprimido y casi no le permitían salir de casa. No, no les entiendo, ni quiero hacerlo. Lo que le pasó a su hijo fue culpa suya. Es a ellos a quienes habría que juzgar por la muerte de su hijo, ¡joder!

—Cálmate, Bob. No pensemos más en ello. Por cierto... —dije pensativo.

Acababa de darme cuenta de un pequeño detalle que había dicho Kazan y que al principio me había pasado por alto.

—Kazan, has dicho que la policía ha reunido bastantes pruebas sobre el caso.

—Sí.

—Las pruebas no se reúnen en un solo día, a veces ni en dos o tres...

—No.

—¿Cuánto tiempo llevo en el hospital inconsciente?

Kazanjan y Robert intercambiaron una mirada y luego me miraron.

—Dos semanas.

—¡Jo-der! ¡Dos semanas! ¿Qué me he perdido?

—Tuvieron que operarte a vida o muerte... Luego estuviste en la UCI unos días en un coma inducido... Mejor te lo explicará el médico.

Me quedé callado mirando al frente, a la pared blanca, intentando asimilar toda la información que me habían suministrado en tan poco tiempo. De repente me sentí muy cansado y cerré los ojos recostándome en la cama. Kazan puso su mano sobre la mía y se acercó para decirme en un susurro:

—Aran, te dejamos solo un rato. Vamos a ver al médico para decirle que venga a verte. Descansa, cariño.

Asentí con la cabeza y me quedé dormido inmediatamente. Supongo que vino el médico o alguna enfermera para hacerme un reconocimiento o lo que fuera. Cuando me desperté de nuevo, era de noche. Miré el reloj de pulsera y marcaba las cinco y cincuenta y dos, evidentemente de la mañana. Por la ventana se perfilaba en el horizonte un rayo de luz anaranjado que anunciaba la inminente salida del sol. A mi lado, dormido en la butaca, estaba Kazan. Estuve un rato observándole: su pelo negro, su piel pálida, su cuerpo ágil. Aún tenía el ojo amoratado y el brazo en cabestrillo, y se le veía tan desamparado como un muñeco de trapo olvidado sobre una butaca. Respiraba relajadamente e imaginé que, quizá, era la primera noche desde el accidente que dormía tranquilo después de comprobar que, por fin, me estaba recuperando. Sentí como mi corazón se aceleraba y me hubiera gustado abrazarlo con fuerza para sentirlo real y que no se me escapara como una imagen en el aire. Me daba cuenta de que me había enamorado como nunca en mi vida y que por nada del mundo quería perderle, que quería compartir cada segundo de todos mis días con él, tenerlo siempre a mi lado.

Aún estaba contemplándole cuando abrió los ojos y al verme despierto, sonrió. Le devolví la sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada. Pensaba que soy muy feliz y, aunque pueda parecer absurdo, estoy agradecido a todo lo ocurrido porque te ha traído a mi vida.

—Me hubiera gustado llegar a ti sin que tuvieras que pasar por todo esto —dijo señalando la habitación del hospital.

—No me importa, Kazan. No me importa haber estado a punto de morir si esto te ha llevado hasta mí. Me has hecho sentir cosas que nunca pensé que sentiría por nadie. Kazan, te quiero mucho.

—Yo también te quiero.

Se incorporó de la butaca para darme un cálido beso en los labios y buscar con su lengua la mía y unirnos como si fuéramos uno solo, pero la magia del momento se rompió cuando entró la enfermera con gran escándalo.

—¡Buenos días, guapos! ¿Qué tal está hoy mi niño?

—Buenos días, Olga —la saludé—. Mucho mejor, creo. Con ganas de ir a casa.

—¡Bueno, bueno, bueno! Aún faltan unos días para eso. Poquitos, pero aún unos cuantos.

—¿Cuántos, más o menos? —preguntó Kazan.

—¿Qué, ansioso por tener a tu chico otra vez en casa?

Kazan asintió con la cabeza, ruborizado, y me reí.

—Eso lo dirá el médico, pero viendo cómo evoluciona de bien, podría arriesgarme y decir que en una semana máximo, ya le podrán dar el alta —continuó la enfermera—. Y ahora, si no te importa, tengo que curar las heridas de tu novio.

¡Una semana más de hospital! Empezaba a estar bien hartito. Pero había dicho «novio» refiriéndose a mí y esa palabra me sonó extraña y dulce a la vez y me quitó todas las penas. «Novio» me asustaba un poco, pero me sonaba a gloria bendita.

—Bien. Voy al servicio y a la cafetería a desayunar un poco. Vendré enseguida —dijo Kazan.

—Tranquilo, no voy a moverme de aquí —bromeé.

—¡O sí! —anunció la enfermera—. Hoy empezaremos a caminar por el pasillo. ¡Ya está bien de tanta cama!

Una novedad, al menos. Por fin dejaría de ver solamente las cuatro paredes de la habitación. Kazan salió y la enfermera procedió a quitarme los vendajes del estómago y a limpiarme la herida. Fue la primera vez que la vi. No sé exactamente qué esperaba, imaginaba una lesión abierta y supurante pero lo único que había era una cicatriz limpia con unos cuantos puntos por dónde me habían extraído la bala. Sólo un pequeño punto se veía más rojo y con peor aspecto, era donde me habían puesto un drenaje los primeros días después de la operación.

—Se ve bien, ¿no? —pregunté.

—Está fantástica, cariño. Sólo falta que cicatrice también todo lo que hay por dentro y a casa a dar guerra de nuevo.

Sonreí y pensé que en poco tiempo dejaría toda esta pesadilla muy atrás y empezaría una nueva vida al lado de Kazan. Cerré los ojos y dejé que Olga terminara de limpiar, poner un nuevo vendaje y cambiar el gotero.

XIII

Miraba absorto mi reflejo en el cristal de la ventana de mi despacho situado en la planta 25 de un alto edificio de mi ciudad de adopción, Barcelona. Pero, contrariamente a tres meses atrás, esta vez no pensaba en las vacaciones, sino en mi retorno, en el hecho de que me sentía enjaulado en esa inmensa torre de cristal y en que mi vida nunca más sería la misma después del verano que había vivido y en el que casi había muerto.

Oí un carraspeo detrás mío. A través de la ventana vi la silueta de Marga sentada en la silla de delante de mi mesa, mirándome. Me giré despacio y sonreí.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Perfectamente —mentí.

—No tendrías que haber vuelto tan pronto a trabajar, unos días más de reposo después de dejar el hospital te habrían ido de maravilla.

—Gracias por pensar en mí, Marga, pero necesitaba volver a mi vida habitual, a la rutina, después de todo lo que pasó...

—Lo entiendo.

Me senté con decisión delante de las tres pantallas del ordenador donde tenía el diseño en el que estaba trabajando. Di una palmada y junté las manos haciendo crujir los dedos.

—Ha sido un breve momento de nostalgia. ¿Querías algo en particular?

—No... Bueno, sí. Martín te buscaba pero le he dicho que estabas reunido.

—¿Qué quería?

—Nada, tocar las narices, como siempre.

—Marga, que es nuestro jefe. Y se portó muy bien con lo de mi «accidente». Además, se tragó la mentira de que no pude ir a Canadá por la huelga de controladores y que por eso fui al apartamento de Santa Cana.

—Cierto. Lo tenías bien preocupado. En fin, que yo ya me voy para casa.

—¿Ya es la hora? Bien, pues hasta mañana, Marga.

En lugar de irse se quedó de pie a mi lado, en silencio. Al final se decidió a hablar.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo al puerto?

—Gracias, pero prefiero ir para casa. Estoy cansado —me señalé el estómago que, a veces, aún me dolía—. Otro día, ¿ok?

—De acuerdo, otro día.

Salió de mi despacho y me quedé mirando las pantallas del ordenador sin ver, en realidad lo que allí había. Mi mente había viajado en el espacio y en el tiempo y me vi de nuevo en la fría y blanca habitación del hospital de Santa Cana, en las cuatro semanas que me pasé allí.

Cuando fui consciente de mi situación física y que había tenido la gran suerte de que la bala no había tocado ningún órgano vital, empecé a recuperarme rápidamente después de las semanas pasadas en coma. También gracias a la ayuda y buen humor de Bob y de Lola, que estaban a todas horas en el hospital, distrayéndome. Y a Eduardo, que vino a verme cada vez que Mantis le dejaba un rato libre.

Me contaron que lo sucedido había causado una gran conmoción en el pueblo y que había salido incluso en los periódicos de ámbito nacional con las más diversas y absurdas teorías, desde ajuste de cuentas, hasta crimen pasional, tal y cómo había previsto. El único periódico que hizo un trabajo de investigación excelente explicando la realidad y dejando de lado el morbo de un suceso con dos heridos y un muerto, y el que siempre provoca en la sociedad el tema de la homosexualidad (y más cuando está relacionada con un crimen), fue el periódico local de Alicante que, por suerte, era el más leído de Santa Cana. La verdad triunfó sobre el amarillismo de cierta prensa.

La fiesta mayor no fue suspendida. Se hizo una mención en el Ayuntamiento a lo sucedido y durante el pregón se guardó un minuto de silencio por David, a pesar de todo. En cambio la comisión de fiestas me dedicó un concierto como agradecimiento a mi labor en ella durante varios años.

Poco después de terminarse la fiesta, vino Matías a visitarme. Me sorprendió mucho cuando se abrió la puerta de la habitación y asomó su cara con timidez, incluso con miedo, y me pidió permiso para entrar. Se lo di más por curiosidad que por ganas de verle y entró. Se quedó a un metro de los pies de la cama y desde allí, con la cabeza gacha, se disculpó por su comportamiento y, aunque confesó no entender la homosexualidad, dijo que empezaba a respetarla o, como mínimo, a respetar a las personas que tenían otra orientación sexual a la tradicionalmente establecida. Lola no había sido ajena a esta transformación y amplitud de miras de Matías.

El día antes de salir del hospital vino el comisario de policía para notificarme que la familia de David había retirado la denuncia que había interpuesto contra nosotros y que se habían marchado del pueblo después de vender su piso. Me hubiera gustado que las cosas hubieran sido distintas, incluso poder hablar con ellos antes de marcharse, pero su vergüenza al descubrir el trastorno de su hijo pudo más que ellos y se fueron una noche sin que nadie los viera. En Santa Cana quedó la tumba de su hijo.

No sé qué me llevó, al día siguiente de mi salida del hospital, a ir al cementerio y ver la sencilla lápida negra con una única inscripción en letras blancas del nombre, David, y la fecha de nacimiento y muerte. Tenía sólo veintiún años. Tan joven... Sentí una opresión en el pecho y me puse a llorar. Estuve llorando sin poder parar casi media hora, pero no creo que llorara por David, sino por mí mismo, por todo lo

vivido. Fue como liberar la tensión acumulada de las últimas semanas y, sobretodo, porque la tarde anterior Kazan se había marchado a su pueblo. Me encontraba terriblemente solo, abandonado.

Al regresar del cementerio, hice la maleta y dejé el apartamento arreglado para pasar otro invierno cerrado, y a la mañana siguiente, a pesar de las protestas de Bob, Lola y Eduardo, me subí al coche y regresé a Barcelona. Como le había dicho a Marga, necesitaba volver a la rutina, a mi vida habitual, lo más rápidamente posible y dejar atrás la pesadilla del final del verano.

Incapaz de concentrarme en el trabajo, cerré las pantallas del ordenador, cogí la chaqueta y cerré el despacho. Tenía ganas de llegar a casa y relajarme con un buen baño en una bañera llena de espuma.

Barcelona hacía tiempo que había dejado atrás la pesadez del verano y una brisa suave proveniente del mar barría la ciudad refrescando el ambiente. Todo había vuelto a la normalidad, al menos aparentemente. Infinidad de coches abarrotaban las calles y los peatones iban rápidamente a sus destinos sin darse cuenta de a quién tenían a su alrededor.

Llegué media hora después de salir de la oficina. Dejé la chaqueta sobre el sofá, pasé por la cocina a beber un par de vasos de agua fresca y luego fui al baño a llenar la bañera con agua templada. Mientras tanto me quité los zapatos y los calcetines y los tiré en un rincón de la habitación. Me desabroché los pantalones, los dejé sobre la silla y volví a entrar al lavabo a cerrar el grifo, la bañera ya casi estaba llena. Eché sales y gel de baño y empecé a desabrocharme la camisa delante del espejo. Me miré. Aunque no quería recordar el accidente, ver mi cuerpo desnudo, evitaba que lo olvidara. Las cuatro semanas en cama me había hecho perder peso y masa muscular y aún no podía ir al gimnasio a hacer mis rutinas para ponerme en forma. Además, ahí estaba también la cicatriz grabada, como a fuego, en mi piel. Ya estaba totalmente curada y su aspecto era muy bueno, casi podía pasar inadvertida a cualquiera, excepto a mí. Pasé los dedos por encima notando la piel rugosa y sensible. Suspiré apesadumbrado.

Me quité el bóxer y me sumergí en la bañera, cabeza y todo. En el silencio de debajo del agua, encontré un poco de la paz que buscaba. Necesitaba relajarme, dejar todo atrás, no pensar nada y empezar de nuevo, como un libro en blanco que aún ha de empezar a escribirse. Liberé un poco de aire de mis pulmones y juguetonas burbujas se escaparon hasta la superficie. Aguantaría hasta que me quedara totalmente sin aire y saldría renacido.

De pronto noté una mano que me sujetaba por los hombros y, asustado, sintiendo que me faltaba el aire, luche por salir a la superficie. Fue sólo un instante de pánico porque, seguidamente la mano bajó por mi pecho, acariciándome. Calmado, cerré los ojos y me dejé llevar por la sensación de esa mano cálida sobre mi piel mojada. Me

incorporé un poco y la mano continuó su descenso por mi estómago, por mi cintura, se enredó con mi vello púbico, jugó con mi polla y continuó por la cara interna de mis muslos. Suspiré negándome a abrir los ojos.

Alguien entró en la bañera y se acercó besándome suavemente en los labios. Le rodeé con mis brazos y correspondí a su beso buscando su lengua, jugando con ella, sintiendo el sabor de su saliva mezclarse con la mía. La excitación me fue subiendo desde el bajo vientre y noté una fuerte erección. Él también la notó, me cogió por las piernas y tiró de ellas para que me quedara más tendido en la bañera. Ahora sólo mi cabeza salía fuera del agua. No veía lo que hacía, no quería verlo, solo quería sentir su presencia cerca de mí, como en un sueño. Tenía miedo de que si abría los ojos la magia se esfumaría y me vería solo en el baño. Me dejé llevar.

La presión que sentí a continuación me hizo jadear: se había sentado sobre mi introduciéndose mi pene en el ano. Mientras me abrazaba y besaba, se movía arriba y abajo. Sentía el calor de su cuerpo, el palpitar de su interior, su fuerza, su ternura. Sus jadeos ahogados por mis besos me excitaban aún más. Lo abracé y lo atraje hacia mí, necesitaba sentirlo muy cerca, lo más cerca posible. Aunque ya estuviera dentro de él, necesitaba tenerlo aún más cerca, sentir su piel, su olor, su sabor. Noté que ya no podía aguantarme más, que mi interior estaba a punto de ebullición y me dejé ir con espasmos de placer inundando su interior con mi ser. Abrí los ojos y por lo que vi que había en el agua, él también se había corrido. Me miraba fijamente con la respiración agitada y una sonrisa en los labios. Sonreí y le besé suavemente. Notaba el pulso acelerado y una sensación extraña, como una opresión, en el bajo vientre que en seguida identifiqué como un sentimiento muy intenso hacia él. Le abracé tan fuerte como pude para que no se escapara nunca más de mi vida. Allí en ese mismo cuarto de baño le había visto reflejado en el espejo por primera vez hacía ya una eternidad. En ese momento, había sido un sueño, una fantasía, una ilusión, un simple reflejo de mi mente proveniente de los oscuros rincones de mi memoria. Pero ahora era real, estaba allí, a mi lado, abrazándome, y acababa de hacer el amor con él porque con él el sexo había dejado de ser sexo, de ser algo únicamente carnal para convertirse en una experiencia más espiritual, más etérea, más dulce, más relajada y al mismo tiempo pasional e intensa.

Mi vida había cambiado para siempre. Nunca más volvería a sentirme perdido, a sentirme solo, porque lo tenía a mi lado recorriendo el camino de la vida, los dos juntos.

—¿Qué te pasa? Me vas a partir en dos si me abrazas tan fuerte —dijo divertido.

—Nada. Es simplemente que... que soy muy feliz de que estés aquí, compartiendo mi vida... Te quiero, Kazan.

—Yo también te quiero mucho, Aran, no lo olvides nunca.

—No lo haré.